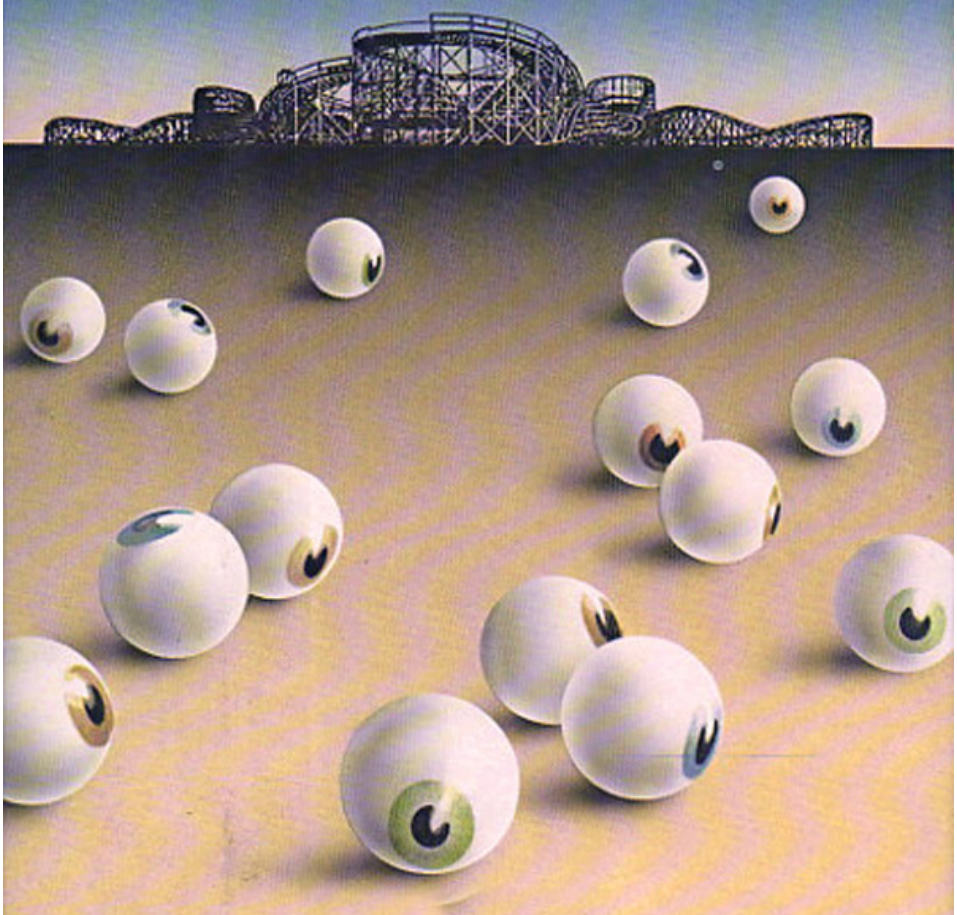
REMEDIO PARA MELANCÓLICOS



RAY BRADBURY

Colección de 22 relatos en los que Bradbury demuestra una vez más su maestría al crear personajes y situaciones con rápidas pinceladas y dar un giro fantástico a las situaciones más cotidianas: setas siniestras que crecen en sótano; el primer encuentro de una familia con los marcianos; un traje maravilloso que cambia a todos los que lo visten; un gran artista dibujando en las arenas de la playa; el regalo de Navidad más maravilloso que puede tener un niño…

Ray Bradbury

Remedio para melancólicos

ePub r1.0
Hechadelluvia 18.06.14

Título original: *A medicine for melancholy*
Ray Bradbury, 1960
Traducción: Matilde Horne y F. Abelenda

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.1

A mi padre,
cuyo amor, muy tarde en la vida,
sorprendió a su hijo.
Y a Bernard Berenson y Nicky Mariano,
que me dieron un mundo nuevo.

Introducción

Los relatos de Bradbury son la obra de un poeta que conoce admirablemente el poder evocador de las palabras, y las imágenes. La prosa de Bradbury es poesía cristalizada, refinada, aprehendida en su esencia humana. Ilumina y vivifica intensamente todo lo que nombra; los colores, los perfumes, los sonidos, las formas son objeto de una maravillosa mutación y concurren a su vez a crear una ilusión de vida. Las palabras dan nacimiento a planetas, arenas, máquinas, a seres que se encarnan ante nuestros propios ojos. Los personajes de Bradbury hablan con la espontaneidad, la simplicidad de los hombres verdaderos… asumen la complejidad, la riqueza interior de los hombres aunque pertenezcan a civilizaciones marcianas náufragas del pasado o al dominio del futuro.

Ch. Dobzynski.

En una estación de buen tiempo

George y Alice Smith bajaron del tren en Biarritz un mediodía de verano y antes que pasase una hora ya habían ido del hotel a la playa, se habían metido en el mar y habían salido a tostarse en la arena.

Al ver a George Smith quemándose allí, tendido, abierto de brazos y piernas, uno hubiera pensado que era sólo un turista que había sido traído en avión, fresco, congelado como una lechuga, y que pronto sería trasbordado. Pero aquí estaba un hombre que amaba el arte más que la vida misma.

—Vaya… —suspiró George Smith.

Otra onza de transpiración se le escurrió por el pecho. Evapora el agua corriente de Ohio, pensó, y luego bebe el mejor *bordeaux*. Deposita en tu sangre rico sedimento francés, ¡y verás con ojos nativos!

¿Por qué? ¿Por qué comer, respirar, beber todo francés? Porque así, con el tiempo, empezaría a entender realmente el genio de un hombre.

Se le movieron los labios, formando una palabra.

—¿George? —Su mujer asomó sobre él—. Sé lo que pensabas. Puedo leerte los labios.

George Smith no se movió, esperando.

—¿Y?

—Picasso —dijo Alice.

George Smith se estremeció. Algún día ella aprendería a pronunciar ese nombre.

—Por favor —dijo Alice—. Descansa. Sé que oíste el rumor esta mañana, pero tendrías que verte los ojos…, ese tic otra vez. Bueno;

Picasso está aquí, en la costa, a pocos kilómetros, visitando a unos amigos en una aldea de pescadores. Pero tienes que olvidarlo o te arruinarás las vacaciones.

—Desearía no haber oído nunca ese rumor —confesó George Smith.

—Si por lo menos te gustaran otros pintores —dijo Alice.

¿Otros? Sí, había otros. Podía desayunarse satisfactoriamente con las peras otoñales y las ciruelas de medianoche de las naturalezas muertas de Caravaggio. Para el almuerzo: esos girasoles de Van Gogh, retorcidos, chorreando fuego, esas flores que un ciego podría leer pasando rápidamente los dedos chamuscados por la tela en llamas. ¿Pero el gran banquete? ¿Los cuadros que le reservaba a su paladar? Allí, cubriendo el horizonte, como un Neptuno naciente, coronado de algas, alabastro, y coral, y blandiendo pinceles como tridentes en los puños de uñas de cuerno, y con una cola de pez suficientemente grande como para derramar lloviznas de verano sobre todo Gibraltar… ¿quién, si no el creador de *Mujer delante de un espejo* y *Guernica*?

—Alice —dijo George Smith pacientemente—, ¿cómo explicártelo? Viniendo en el tren pensé: Señor, ¡es todo territorio de Picasso!

¿Pero era así realmente?, se preguntó. El cielo, la tierra, la gente, los ruborosos ladrillos rosados aquí, los balcones de espirales de hierro azul eléctrico allá, una mandolina madura como una fruta en las manos de mil huellas digitales de algún hombre, jirones de carteleras que volaban como *confeti* en los vientos nocturnos…, ¿cuánto era Picasso, cuánto George Smith que miraba fijamente alrededor con apasionados ojos picassianos? Renunció a una respuesta. Aquel viejo había destilado trementinas y aceite de linaza tan enteramente a través de George Smith que los líquidos le habían modelado el ser, todo período azul a la caída de la tarde, todo período rosa a la hora del alba.

—He estado pensando —dijo George Smith en voz alta—, si ahorramos dinero…

—Nunca tendremos cinco mil dólares.

—Ya sé —dijo George serenamente—. Pero es hermoso pensar que podemos reunirlos un día. ¿No sería magnífico ir a verlo y

decirle: «Pablo, ¡aquí tienes cinco mil! Danos el mar, la arena, aquel cielo, o cualquier cosa vieja que se te ocurra, y seremos felices…»?

Pasó un rato y Alice le tocó el brazo.

—Sería mejor, me parece, que ahora te metieras en el agua —dijo.

—Sí —dijo él—. Sería mejor.

Un fuego blanco subió derramándose cuando George Smith cortó el agua.

A la tarde, George Smith salió del mar y entró en el mar con los vastos y rebosantes movimientos de la gente ya sofocada, ya fresca, que al fin, al declinar el sol, con colores de langosta, de gallinas de Guinea y de pollos asados en los cuerpos, regresó trabajosamente a sus hoteles de tortas de bodas.

La playa fue un desierto de innumerables kilómetros y kilómetros. Sólo quedaron dos personas. Una era George Smith, con la toalla al hombro, preparado para un último acto de devoción.

Lejos en la costa otro hombre más bajo, cuadrado de hombros, caminaba a solas en el día tranquilo. Estaba muy tostado, el sol le había teñido casi de color caoba la afeitada cabeza, y los ojos claros le brillaban como agua en la cara.

El tablado de la playa estaba armado; pocos minutos más y los dos hombres se encontrarían. Otra vez el Destino arreglaba las escalas de los sobresaltos y las sorpresas, las partidas y las llegadas. Y entretanto los dos caminantes solitarios no pensaban un solo instante en coincidencias, en esa corriente sumergida que se demora junto al codo de un hombre en toda multitud en toda ciudad. Ni consideraban que si un hombre se atreve a sumergirse en esa corriente sale con una maravilla en cada mano. Como la mayoría, se encogían de hombros ante tales locuras y se mantenían bien lejos de la orilla, no fuera que el Destino los arrastrara.

El desconocido estaba solo. Mirando alrededor vio su soledad, vio el agua de la hermosa bahía, vio el sol que se deslizaba por los últimos colores, y luego, volviéndose a medias, descubrió en la arena un pequeño objeto de madera. No era más que el delgado palito de un exquisito helado de limón, fundido hacía mucho tiempo. Sonriendo, recogió el palito. Con otra mirada alrededor,

para confirmar su soledad, el hombre se agachó de nuevo, y sosteniendo suavemente el palito, con leves movimientos de la mano, se puso a hacer eso que sabía hacer mejor que ninguna otra cosa en el mundo.

Se puso a dibujar increíbles figuras en la arena.

Trazó una figura, y luego se adelantó, y todavía con los ojos bajos, totalmente fijos en su trabajo ahora, dibujó una segunda y una tercera figura, y luego una cuarta y una quinta y una sexta.

George Smith venía imprimiendo sus pisadas en la línea de la costa y miraba aquí, miraba allá, y de pronto vio al hombre. George Smith, acercándose, vio que el hombre, muy quemado por el sol, estaba inclinado hacia delante. Más cerca aún, y ya se veía qué hacía el hombre. George Smith rió entre dientes. Por supuesto, por supuesto… Solo en la playa este hombre —¿De qué edad? ¿Sesenta y cinco? ¿Setenta?— hacía monigotes y garabatos. ¡Cómo volaba la arena! ¡Cómo los disparatados retratos se confundían en la playa! Cómo…

George Smith dio otro paso y se detuvo, muy quieto.

El desconocido dibujaba y dibujaba, y no parecía sentir que alguien estuviese detrás de él y del mundo de sus dibujos en la arena. Estaba ahora tan profundamente hechizado por su creación solitaria que si unas bombas de profundidad hubieran estallado en la bahía, la mano volante no se le hubiera detenido, ni él hubiese vuelto la cabeza.

George Smith miró la arena y luego de un rato, mirando, se puso a temblar.

Pues allí en la arena lisa había figuras de leones griegos y chivos mediterráneos y doncellas de carnes de arena como polvo de oro y sátiros que tocaban cuernos tallados y niños que bailaban derramando flores a lo largo y a lo ancho de la playa con corderos que brincaban detrás y músicos que se precipitaban a sus arpas y sus liras, y unicornios que llevaban a jóvenes a prados, bosques, templos en ruinas y volcanes lejanos. A lo largo de la costa, en una línea ininterrumpida, la mano, el punzón de madera de este hombre que se inclinaba hacia delante, febril, goteando sudor, iba y venía en curvas y cintas, enlazaba encima y arriba, adentro, afuera, hilvanaba, susurraba, se detenía, se apresuraba luego como si esta

móvil bacanal debiera florecer del todo antes que el mar apagara el sol. Veinte, treinta metros o más de ninfas y criadas y fuentes de verano manaron en desenredados jeroglíficos. Y a la luz moribunda la arena tenía un color de cobre fundido donde ahora se había grabado un mensaje que cualquier hombre de cualquier tiempo podría leer y saborear a lo largo de los años. Todo giraba y se posaba en su propio viento y su propia gravedad. Ahora los pies danzantes teñidos de sangre de uvas de las hijas de los viñateros exprimían vino, ahora mares humeantes daban nacimiento a monstruos acuñados como monedas, mientras que cometas florecidas esparcían perfume en nubes que se llevaba el viento… ahora… ahora…

El artista se detuvo.

George Smith dio un paso atrás, apartándose.

El artista alzó los ojos, sorprendido, pues no esperaba encontrar a alguien tan cerca. Luego, inmóvil, se quedó mirando de George Smith a sus propias creaciones, extendidas como pisadas ociosas camino abajo. Sonrió al fin y se encogió de hombros como diciendo: Mira lo que he hecho, ¿has visto qué niño? Me perdonarás, ¿no es cierto? Un día u otro todos hacemos tonterías… ¿Tú también quizá? Así que permítele esto a un viejo loco, ¿eh? ¡Bien! ¡Bien!

Pero George Smith no hacía más que mirar al hombrecito de piel oscurecida por el sol y ojos claros y penetrantes, y al fin se dijo a sí mismo el nombre del viejo, una vez, en un susurro.

Los dos hombres estuvieron así quizá otros cinco segundos. George Smith con los ojos clavados en el friso de arena, y el artista observando a George Smith con divertida curiosidad. George Smith abrió la boca, la cerró, alargó la mano, la recogió. Dio un paso adelante hacia los dibujos, dio un paso atrás. Luego se movió a lo largo de la línea de figuras como un hombre que contempla una preciosa serie de mármoles de alguna antigua ruina caídos en la costa. No parpadeaba. La mano deseaba tocar, pero no se atrevía a tocar. George Smith quería correr, pero no corría.

Miró de pronto hacia el hotel. ¡Corre, sí! ¡Corre! ¿Qué? ¿Traer una pala, excavar, salvar un pedazo de esta arena que se desmenuza demasiado? ¿Encontrar un albañil, arrastrarlo aquí de prisa con un poco de yeso para sacar un molde de un frágil trozo? No, no. Tonto,

tonto. ¿O…? Los ojos de George Smith se volvieron chispeando hacia su ventana en el hotel. ¡La cámara! Rápido, tómala, tráela, y corre a lo largo de la costa, y *clic, clic*, y cambia la película, y *clic*, hasta que…

George Smith se volvió hacia el sol, que le ardió débilmente en la cara. Los ojos de George Smith fueron dos llamas pequeñas. El sol estaba hundiéndose en el mar, y mientras él miraba desapareció del todo en unos pocos segundos.

El artista se había acercado y ahora contemplaba la cara de George Smith con mucha simpatía, como si estuviese leyéndole todos los pensamientos. Ahora asentía con breves movimientos de cabeza. Ahora el palito de helado se le había caído casualmente de los dedos. Ahora decía buenas noches, buenas noches. Ahora se iba, caminando playa abajo, hacia el sur.

George Smith se quedó mirándolo. Pasó un minuto, y luego hizo lo único que podía hacer. Partió del principio del fantástico friso de sátiros y faunos y doncellas que se bañaban en vino, y de unicornios, y de jóvenes flautistas, y caminó lentamente por la playa. Hizo un largo camino mirando la bacanal que corría libremente. Y cuando llegó al fin de los animales y los hombres, se volvió y caminó de vuelta en la otra dirección con los ojos bajos como si hubiese perdido algo y no supiese bien dónde podía encontrarlo. Siguió así hasta que no hubo más luz en el cielo o en la arena.

George Smith se sentó a cenar.

—Llegas tarde —dijo su mujer—. Tuve que bajar sola. Estaba hambrienta.

—No importa.

—¿Nada interesante en tu paseo?

—No.

—Estás raro, George. ¿Te alejaste mucho nadando y casi te ahogas? Te lo veo en la cara. Te alejaste demasiado de la costa, ¿no es cierto?

—Sí —dijo George Smith.

—Bueno —dijo Alice, mirándolo con atención—. No lo hagas otra vez. Vamos, ¿qué quieres comer?

George Smith volvió la cabeza y cerró los ojos un momento:

—Escucha.

Alice escuchó.

—No oigo nada —dijo.

—¿No oyes nada?

—No. ¿Qué es?

—Sólo la marea —dijo George Smith al cabo de un rato, sentado a la mesa, con los ojos todavía cerrados—. Sólo la marea que sube.

El dragón

La noche soplaba en el escaso pasto del páramo. No había ningún otro movimiento. Desde hacía años, en el casco del cielo, inmenso y tenebroso, no volaba ningún pájaro. Tiempo atrás, se habían desmoronado algunos pedruscos convirtiéndose en polvo. Ahora, sólo la noche temblaba en el alma de los dos hombres, encorvados en el desierto, junto a la hoguera solitaria; la oscuridad les latía calladamente en las venas, les golpeaba silenciosamente en las muñecas y en las sienes.

Las luces del fuego subían y bajaban por los rostros despavoridos y se volcaban en los ojos como jirones anaranjados. Cada uno de los hombres espiaba la respiración débil y fría y los parpadeos de lagarto del otro. Al fin, uno de ellos atizó el fuego con la espada.

—¡No, idiota, nos delatarás!

—¡Qué importa! —dijo el otro hombre—. El dragón puede olernos a kilómetros de distancia. Dios, hace frío. Quisiera estar en el castillo.

—Es la muerte, no el sueño, lo que buscamos…

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡El dragón nunca entra en el pueblo!

—¡Cállate, tonto! Devora a los hombres que viajan solos desde nuestro pueblo al pueblo vecino.

—¡Que se los devore y que nos deje llegar a casa!

—¡Espera, escucha!

Los dos hombres se quedaron quietos.

Aguardaron largo tiempo, pero sólo sintieron el temblor nervioso de la piel de los caballos, como tamboriles de terciopelo negro que repicaban en las argollas de plata de los estribos, suavemente, suavemente.

—Ah… —el segundo hombre suspiró—. Qué tierra de pesadillas. Todo sucede aquí. Alguien apaga el Sol; es de noche. Y entonces, y entonces, ¡oh, Dios, escucha! Dicen que este dragón tiene ojos de fuego y un aliento de gas blanquecino; se le ve arder a través de los páramos oscuros. Corre echando rayos y azufre, quemando el pasto. Las ovejas aterradas, enloquecen y mueren. Las mujeres dan a luz criaturas monstruosas. La furia del dragón es tan inmensa que los muros de las torres se conmueven y vuelven al polvo. Las víctimas, a la salida del Sol, aparecen dispersas aquí y allá, sobre los cerros. ¿Cuántos caballeros, pregunto yo, habrán perseguido a este monstruo y habrán fracasado, como fracasaremos también nosotros?

—¡Suficiente, te digo!

—¡Más que suficiente! Aquí, en esta desolación, ni siquiera sé en que año estamos.

—Novecientos años después de Navidad.

—No, no —murmuró el segundo hombre con los ojos cerrados —. En este páramo no hay Tiempo, hay sólo Eternidad. Pienso a veces que si volviéramos atrás, el pueblo habría desaparecido, la gente no habría nacido todavía, las cosas estarían cambiadas, los castillos no tallados aún en las rocas, los maderos no cortados aún en los bosques; no preguntes cómo sé; el páramo sabe y me lo dice. Y aquí estamos los dos, solos, en la comarca del dragón de fuego. ¡Que Dios nos ampare!

—¡Si tienes miedo, ponte tu armadura!

—¿Para qué? El dragón sale de la nada; no sabemos dónde vive. Se desvanece en la niebla; quién sabe a dónde va. Ay, vistamos nuestra armadura, moriremos ataviados.

Enfundado a medias en el corselete de plata, el segundo hombre se detuvo y volvió la cabeza.

En el extremo de la oscura campiña, henchido de noche y de nada, en el corazón mismo del páramo, sopló una ráfaga arrastrando ese polvo de los relojes que usaban polvo para contar el tiempo. En el corazón del viento nuevo había soles negros y un millón de hojas carbonizadas, caídas de un árbol otoñal, más allá del horizonte. Era un viento que fundía paisajes, modelaba los huesos como cera blanda, enturbiaba y espesaba la sangre,

depositándola como barro en el cerebro. El viento era mil almas moribundas, siempre confusas y en tránsito, una bruma en una niebla de la oscuridad; y el sitio no era sitio para el hombre y no había año ni hora, sino sólo dos hombres en un vacío sin rostro de heladas súbitas, tempestades y truenos blancos que se movían por detrás de un cristal verde; el inmenso ventanal descendente, el relámpago. Una ráfaga de lluvia anegó la hierba; todo se desvaneció y no hubo más que un susurro sin aliento y los dos hombres que aguardaban a solas con su propio ardor, en un tiempo frío.

—Mira… —murmuró el primer hombre—. Oh, mira, allá.

A kilómetros de distancia, precipitándose, un cántico y un rugido: el dragón.

Los hombres vistieron las armaduras y montaron los caballos en silencio. Un monstruoso ronquido quebró la medianoche desierta y el dragón, rugiendo, se acercó y se acercó todavía más. La deslumbrante mirilla amarilla apareció de pronto en lo alto de un cerro y, en seguida, desplegando un cuerpo oscuro, lejano, impreciso, pasó por encima del cerro y se hundió en un valle.

—¡Pronto!

Espolearon las cabalgaduras hasta un claro.

—¡Pasará por aquí!

Los guanteletes empuñaron las lanzas y las viseras cayeron sobre los ojos de los caballos.

—¡Señor!

—Sí; invoquemos su nombre.

En ese instante, el dragón rodeó un cerro. El monstruoso ojo ambarino se clavó en los hombres, iluminando las armaduras con destellos y resplandores bermejos. Hubo un terrible alarido quejumbroso y, con ímpetu demoledor, la bestia prosiguió su carrera.

—¡Dios misericordioso!

La lanza golpeó bajo el ojo amarillo sin párpado y el hombre voló por el aire. El dragón se le abalanzó, lo derribó, lo aplastó y el monstruo negro lanzó al otro jinete a unos treinta metros de distancia, contra la pared de una roca. Gimiendo, gimiendo siempre, el dragón pasó, vociferando, todo fuego alrededor y debajo: un sol rosado, amarillo, naranja, con plumones suaves de

humo enceguecedor.

—¿Viste? —gritó una voz—. ¿No te lo había dicho?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Un caballero con armadura! ¡Lo atropellamos!

—¿Vas a detenerte?

—Me detuve una vez; no encontré nada. No me gusta detenerme en este páramo. Me pone la carne de gallina. No sé que siento.

—Pero atropellamos *algo*.

El tren silbó un buen rato; el hombre no se movió. Una ráfaga de humo dividió la niebla.

—Llegaremos a Stokely a horario. Más carbón, ¿eh, Fred?

Un nuevo silbido, que desprendió el rocío del cielo desierto. El tren nocturno, de fuego y furia, entró en un barranco, trepó por una ladera y se perdió a lo lejos sobre la tierra helada, hacia el norte, desapareciendo para siempre y dejando un humo negro y un vapor que pocos minutos después se disolvieron en el aire quieto.

Remedio para melancólicos

—Busquen ustedes unas sanguijuelas, sángrenla —dijo el doctor Gimp.

—Si ya no le queda sangre —se quejó la señora Wilkes—. Oh, doctor, ¿qué mal aqueja a nuestra Camillia?

—Camillia no se siente bien.

—¿Sí, sí?

El buen doctor frunció el ceño.

—Camillia está decaída.

—¿Qué más, qué más?

—Camillia es la llama trémula de una bujía, y no me equivoco.

—Ah, doctor Gimp —protestó el señor Wilkes—. Se despide diciendo lo que dijimos nosotros cuando usted llegó.

—¡No, más, más! Denle estas píldoras al alba, al mediodía y a la puesta de sol. ¡Un remedio soberano!

—Condenación. Camillia está harta de remedios soberanos.

—Vamos, vamos. Un chelín y me vuelvo escaleras abajo.

—¡Baje pues, y haga subir al Demonio!

El señor Wilkes puso una moneda en la mano del buen doctor.

El médico, jadeando, aspirando rapé, estornudando, se lanzó a las bulliciosas calles de Londres, en una húmeda mañana de la primavera de 1762.

El señor y la señora Wilkes se volvieron hacia el lecho donde yacía la dulce Camillia, pálida, delgada, sí, pero no por eso menos hermosa, de inmensos y húmedos ojos lilas, la cabellera un río de oro sobre la almohada.

—Oh —Camillia sollozaba casi—. ¿Qué será de mí? Desde que llegó la primavera, tres semanas atrás, soy un fantasma en el espejo:

me doy miedo. Pensar que moriré sin haber cumplido veinte años.

—Niña —dijo la madre—, ¿qué te duele?

—Los brazos, las piernas, el pecho, la cabeza. Cuántos doctores, ¿seis? Todos me dieron vuelta como una chuleta en un asador. Basta ya. Por Dios, déjenme morir intacta.

—Qué mal terrible, qué mal misterioso —dijo la madre—. Oh, señor Wilkes, hagamos algo.

—¿Qué? —preguntó el señor Wilkes, enojado—. ¡Olvídate del médico, el boticario, el cura, ¡y amén! Me han vaciado el bolsillo. Qué quieres, ¿que corra a la calle y traiga al barrendero?

—Sí —dijo una voz.

Los tres se volvieron, asombrados.

—¡Cómo!

Se habían olvidado totalmente de Jamie, el hermano menor de Camillia. Asomado a una ventana distante, se escarbaba los dientes, y contemplaba la llovizna y el bullicio de la ciudad.

—Hace cuatrocientos años —dijo Jamie. con calma se ensayó, y con éxito. No llamemos al barrendero, no, no. Alcen a Camillia, con cama y todo, llévenla abajo y déjenla en la calle, junto a la puerta.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—En una hora desfilan mil personas por la puerta. —Los ojos le brincaban a Jamie mientras contaba—. En un día, pasan veinte mil personas a la carrera, cojeando o cabalgando. Todos verán a mi hermana enferma, todos le contarán los dientes, le tirarán de las orejas, y todos, todos, sí, ofrecerán un remedio soberano. Y uno de esos remedios puede ser el que ella necesita.

—Ah —dijo el señor Wilkes, perplejo.

—Padre —dijo Jamie sin aliento—. ¿Conociste alguna vez a un hombre que no creyera ser el autor de la *Materia Médica*? Este ungüento verde para el ardor de garganta, aquella cataplasma de grasa de buey para la gangrena o la hinchazón. Pues bien, ¡hay diez mil boticarios que se nos escapan, toda una sabiduría que se nos pierde!

—Jamie, hijo, eres increíble.

—¡Cállate! —dijo la señora Wilkes—. Ninguna hija mía será puesta en exhibición en esta ni en ninguna calle…

—¡Vamos, mujer! —dijo el señor Wilkes—. Camillia se derrite

como un copo de nieve y dudas en sacarla de este cuarto caldeado. Jamie, ¡levanta la cama!

La señora Wilkes se volvió hacia su hija.

—¿Camillia?

—Me da lo mismo morir a la intemperie —dijo Camillia— donde la brisa fresca me acariciará los bucles cuando yo…

—¡Tonterías! —dijo el padre—. No te morirás. Jamie, ¡arriba! ¡Ajá! ¡Eso es! ¡Quítate del paso, mujer! Arriba, hijo, *¡más alto*!

—Oh —exclamó débilmente Camillia—. Estoy volando, volando…

De pronto, un cielo azul se abrió sobre Londres. La población, sorprendida, se precipitó a la calle, deseosa de ver, hacer, comprar alguna cosa. Los ciegos cantaban, los perros bailoteaban, los payasos cabriolaban, los niños dibujaban rayuelas y se arrojaban pelotas como si fuera tiempo de carnaval.

En medio de todo este bullicio, tambaleándose, con las caras encendidas, Jamie y el señor Wilkes trasportaban a Camillia, que navegaba como una papisa allá arriba, en la cama-berlina, con los ojos cerrados, orando.

—¡Cuidado! —gritó la señora Wilkes—. ¡Ah, está muerta! No. Allí. Bájenla suavemente…

Por fin la cama quedó apoyada contra el frente de la casa, de modo que el río de humanidad que pasaba por allí pudiese ver a Camillia, una muñeca Bartolemy grande y pálida, puesta al sol como un trofeo.

—Trae pluma, tinta y papel, muchacho —dijo el padre—. Tomaré nota de los síntomas y de los remedios. Los estudiaremos a la noche. Ahora…

Pero ya un hombre entre la multitud contemplaba a Camillia con mirada penetrante.

—¡Está enferma! —dijo.

—Ah —dijo el señor Wilkes, alegremente—. Ya empieza. La pluma, hijo. Listo. ¡Adelante, señor!

—No se siente bien. —El hombre frunció el ceño—. Está decaída…

—No se siente bien… Está decaída… —escribió el señor Wilkes,

y de pronto se detuvo—. ¿Señor? —Lo miró con desconfianza—. ¿Es usted médico?

—Sí, señor.

—¡Me *pareció* haber oído esas palabras! Jamie, toma mi bastón, ¡échalo de aquí! ¡Fuera, señor, fuera!

Ya el hombre se alejaba blasfemando, terriblemente exasperado.

—No se siente bien, y está decaída… ¡bah! —imitó el señor Wilkes, y se detuvo. Pues ahora una mujer, alta y delgada como un espectro recién salido de la tumba, señalaba con un dedo a Camillia Wilkes.

—Vapores —entonó.

—Vapores —escribió el señor Wilkes, satisfecho.

—Fluido pulmonar —canturreó la mujer.

—¡Fluido pulmonar! —escribió el señor Wilkes, radiante—. Bueno, esto está mejor.

—Necesita un remedio para la melancolía —dijo la mujer débilmente—. ¿Hay en esta casa *tierra de momias* para hacer una pócima? Las mejores momias son las egipcias, árabes, hirasfatas, libias, todas muy útiles para los trastornos magnéticos. Pregunten por mí, la Gitana, en Flodden Road. Vendo piedra perejil, incienso macho…

—Flodden Road, piedra perejil… ¡más despacio, mujer!

—Opobálsamo, valeriana póntica…

—¡Aguarda, mujer! ¡Opobálsamo, sí! ¡Que no se vaya, Jamie!

Pero la mujer se escabulló, nombrando medicamentos.

Una muchacha de no más de diecisiete años, se acercó y observó a Camillia Wilkes.

—Está…

—¡Un momento! —El señor Wilkes escribía febrilmente—. Trastornos magnéticos, valeriana póntica. ¡Diantre! Bueno, niña, ya. ¿Qué ves en el rostro de mi hija? La miras fijamente, respiras apenas. ¿Bueno?

—Está… —La extraña joven escudriñó profundamente los ojos de Camillia y balbuceó—: Sufre de… de…

—¡Dílo de una vez!

—Sufre de… de… ¡oh!

Y la joven, con una última mirada de honda simpatía, se perdió

en la multitud.

—¡Niña tonta!

—No, papá —murmuró Camillia, con los ojos muy abiertos—. Nada tonta. *Veía. Sabía.* Oh, Jamie, corre a buscarla, ¡dile que te explique!

—¡No, no ofreció nada! En cambio la gitana, ¡mira su lista!

—Ya sé, papá.

Camillia, más pálida que nunca, cerró los ojos.

Alguien carraspeó.

Un carnicero, de delantal ensangrentado como un campo de batalla, se atusaba el mostacho fiero.

—He visto vacas con esa mirada —dijo—. Las curé con aguardiente y tres huevos frescos. En invierno yo mismo me curo con este elixir…

—¡Mi hija no es una vaca, señor! —El señor Wilkes dejó caer la pluma—. ¡Tampoco es carnicero, y estamos en primavera! ¡Apártese, señor! ¡Hay gente que espera!

Y en verdad, ahora una inmensa multitud, atraída por los otros, clamaba queriendo aconsejar una pócima favorita, o recomendar un sitio campestre donde llovía menos y había más sol que en toda Inglaterra o el Sur de Francia. Ancianos y ancianas, doctos como todos los viejos, se atropellaban unos a otros en una confusión de bastones, en falanges de muletas y de báculos.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó, alarmada, la señora Wilkes—. ¡Aplastarán a mi hija como una cereza tierna!

—¡Fuera de aquí!

Jamie tomó los báculos y muletas y los lanzó por encima de la multitud, que se alejó en busca de los miembros perdidos.

—Padre, me desmayo, me desmayo —musitó Camillia.

—¡Padre! —exclamó Jamie—. Sólo hay un medio de impedir este tumulto. ¡Cobrarles! ¡Que paguen por opinar sobre esta dolencia!

—Jamie, ¡tú sí que eres mi hijo! Pronto, muchacho, ¡pinta un letrero! ¡Escuchen, señoras y señores! ¡Dos peniques! ¡A la cola, por favor, formen fila! Dos peniques por cada consejo. Muestren el dinero, ¡así! Eso es. Usted, señor. Usted, señora. Y usted, señor. ¡Y ahora la pluma! ¡Comencemos!

El gentío bullía como un mar encrespado. Camillia abrió un ojo y volvió a desmayarse.

Crepúsculo, las calles casi desiertas, sólo algunos vagabundos. Se oyó un tintineo familiar y los párpados de Camillia temblaron como alas de mariposa.

—¡Trescientos noventa y nueve, cuatrocientos peniques!

El señor Wilkes echó en la alforja la última moneda de plata.

—¡Listo!

—Tendré un coche fúnebre hermoso y negro —dijo la joven pálida.

—¡Cállate! ¿Quién pudo imaginar, oh familia mía, que tanta gente, doscientos, pagaría por darnos su opinión?

—Sí —dijo la señora Wilkes—. Esposas, maridos, hijos, todos hacen oídos sordos, nadie escucha a nadie. Por eso pagan de buen grado a quien los escucha. Pobrecitos, todos creyeron hoy que ellos y sólo ellos conocían la angina, la hidropesía, el muermo, sabían distinguir la baba de la urticaria. Y así hoy somos ricos, y doscientas personas se sienten felices, luego de haber descargado frente a nuestra puerta toda su ciencia médica.

—Cielos, costó trabajo alejarlos. Al fin se fueron, mordisqueando como cachorros.

—Lee la lista, padre —dijo Jamie—. De las doscientas medicinas, ¿cuál será la verdadera?

—No importa —murmuró Camillia, suspirando—. Oscurece ya, y esos nombres me revuelven el estómago. Quisiera ir arriba.

—Sí, querida. ¡Jamie, ayúdame!

—Por favor —dijo una voz.

Los hombres, que ya se encorvaban, se irguieron para mirar.

El que había hablado era un barrendero de apariencia y estatura ordinarias, de cara de hollín, y en medio de la cara dos ojos azules y traslúcidos y la hendedura blanca de una sonrisa de marfil. De las mangas, de los pantalones, cada vez que se movía, o hablaba con voz serena, o gesticulaba, brotaba una nube de polvo.

—No pude llegar antes a causa del gentío —dijo el hombre, que tenía en las manos una gorra sucia—. Iba ya para casa, y decidí venir. ¿He de pagar?

—No, barrendero, no es necesario —dijo Camillia.

—Espera… —protestó el señor Wilkes.

Pero Camillia lo miró dulcemente y el señor Wilkes calló.

—Gracias, señora. —La sonrisa del barrendero resplandeció como un rayo de sol en el crepúsculo—. Tengo un solo consejo.

Miraba a Camillia. Camillia lo miraba.

—¿No es hoy la noche de San Bosco, señor, señora?

—¿Quién lo sabe? ¡*Yo* no, señor! —dijo el señor Wilkes.

—Yo creo que es la noche de San Bosco, señor. Y además, es noche de plenilunio. Pues bien —prosiguió el barrendero humildemente, sin poder apartar la mirada de la hermosa joven enferma—, tienen que dejar a la hija de ustedes a la luz de esta luna creciente.

—¡A la intemperie y a la luz de la luna! —exclamó la señora Wilkes.

—¿No vuelve lunáticos a los hombres? —preguntó Jamie.

—Perdón, señor. —El barrendero hizo una reverencia—. Pero la luna llena cura a todos los animales enfermos, ya sean humanos o simples bestias del campo. El plenilunio es un color sereno, una caricia reposada, y modela delicadamente el espíritu, y también el cuerpo.

—Pero ¿y si llueve? —dijo la madre, inquieta.

—Lo juro —prosiguió rápidamente el barrendero—. Mi hermana padecía de esta misma desmayada palidez. Una noche de primavera la dejamos como una maceta de lirios, a la luz de la luna. Ahora vive en Sussex, verdadero espejo de salud recobrada.

—¡Salud recobrada! ¡Plenilunio! Y no nos costará un solo penique de los cuatrocientos que nos dieron hoy, madre, Jamie, Camillia.

—¡No! —dijo la señora Wilkes—. No lo permitiré.

—Madre —dijo Camillia, mirando ansiosamente al barrendero.

El barrendero de cara tiznada contemplaba a Camillia, y su sonrisa era como una cimitarra en la oscuridad.

—Madre —dijo Camillia—. Es un presentimiento. La luna me curará, sí, sí.

La madre suspiró.

—Éste no es mi día, ni mi noche. Déjame besarte por última vez,

entonces. Así.

Y la madre entró en la casa.

El barrendero se alejaba ahora, haciendo corteses reverencias.

—Toda la noche, entonces, recuérdenlo, a la luz de la luna, y que nadie la moleste hasta el alba. Que duerma usted bien, señorita. Sueñe, y sueñe lo mejor. Buenas noches.

El hollín se desvaneció en el hollín; el hombre desapareció.

El señor Wilkes y Jamie besaron la frente de Camillia.

—Padre, Jamie —dijo la joven—. No hay por qué preocuparse.

Camillia quedó sola, mirando fijamente a lo lejos.

Allá, en la oscuridad, parecía que una sonrisa titilaba, se apagaba, y se encendía otra vez, y luego se perdía en una esquina.

Camillia aguardó a que saliera la luna.

La noche en Londres, voces soñolientas en las tabernas, portazos, despedidas de borrachos, tañidos de relojes. Camillia vio una gata que se deslizaba como una mujer envuelta en pieles; vio a una mujer que se deslizaba como una gata, sabias las dos, silenciosas, egipcias, oliendo a especias. Cada cuarto de hora llegaba desde la casa una voz:

—¿Estás bien, hija?

—Sí, padre.

—¿Camillia?

—Madre, Jamie, estoy muy bien.

Y al fin:

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Se apagaron las últimas luces. La ciudad dormía.

La luna se asomó.

Y a medida que la luna subía, los ojos de Camillia se agrandaban y miraban las alamedas, los patios, las calles, hasta que por fin, a media noche, la luna iluminó a Camillia, y la muchacha fue como una figura de mármol sobre una tumba antigua.

Un movimiento en la oscuridad. Camillia aguzó el oído.

Una suave melodía brotaba del aire.

Un hombre esperaba en la calle sombría.

Camillia contuvo el aliento.

El hombre avanzó hacia la luz de la luna, tañendo suavemente un laúd. Era un hombre bien vestido, de rostro hermoso, y, al menos ahora, solemne.

—Un trovador —dijo en voz alta Camillia.

El hombre, con un dedo sobre los labios, se acercó silenciosamente, y se detuvo pronto junto al lecho.

—¿Qué hace aquí, señor, a estas horas? —preguntó la joven. No sabía por qué, pero no tenía miedo.

—Un amigo me envió a ayudarte.

El hombre rozó las cuerdas del laúd, que canturrearon dulcemente. Era hermoso, en verdad, envuelto en aquella luz de plata.

—Eso no puede ser —dijo Camillia—. Me dijeron que *la luna* me curaría.

—Y lo hará, doncella.

—¿Qué canciones canta usted?

—Canciones de noches de primavera, de dolores y males sin nombre. ¿Quieres que nombre tu mal, doncella?

—Si lo sabe…

—Ante todo, los síntomas: fiebres violentas, fríos súbitos, pulso rápido y luego lento, arranques de cólera, luego una calma dulcísima, accesos de ebriedad luego de beber agua de pozo, vértigos cuando te tocan *así*, nada más…

El hombre rozó la muñeca de Camillia, que cayó en un delicioso abandono.

—Depresiones, arrebatos —prosiguió el hombre—. Sueños…

—¡Basta! —exclamó Camillia, fascinada—. Me conoce usted al dedillo. Nombre mi mal, ¡ahora!

—Lo haré. —El hombre apoyó los labios en la palma de la mano de Camillia, y la joven se estremeció violentamente—. Tu mal se llama Camillia Wilkes.

—Qué extraño. —Camillia tembló, y en los ojos le brilló un fuego de lilas—. ¿De modo que soy mi propia dolencia? ¡Qué daño me hago! Ahora mismo, sienta mi corazón.

—Lo siento, sí.

—Los brazos, las piernas, arden con el calor del verano.

—Sí. Me queman los dedos.

—Y ahora, al viento nocturno, mire cómo tiemblo, ¡de frío! Me muero, me muero, ¡lo juro!

—No dejaré que te mueras —dijo el hombre en voz baja.

—¿Es usted un doctor, entonces?

—No, soy sólo tu médico, tu médico vulgar y común, como esa otra persona que hoy adivinó tu mal. La muchacha que iba a nombrarlo y se perdió en la multitud.

—Sí. Vi en sus ojos que ella sabía. Pero ahora me castañetean los dientes. Y no tengo manta con que cubrirme.

—Déjame sitio, por favor. Así. Así. Veamos: dos brazos, dos piernas, cabeza y cuerpo. ¡Estoy todo aquí!

—Pero, señor…

—Para sacarte el frío de la noche, claro está.

—Oh, ¡si es como un hogar! Pero señor, señor, ¿no lo *conozco*? ¿Cómo se llama usted?

La cabeza del hombre se alzó rápidamente y echó una sombra sobre la cabeza de la joven. En el rostro del hombre resplandecían los ojos azules y cristalinos y la hendidura de marfil de la sonrisa.

—Bueno, Bosco, por supuesto —dijo.

—¿No es ése el nombre de un santo?

—Dentro de una hora me llamarás así, sin duda.

Acercó la cabeza. Y entonces, en el hollín de la sombra, Camillia, llorando de alegría, reconoció al barrendero.

—Oh, ¡el mundo da vueltas! ¡Me siento morir! ¡El remedio, dulce doctor, o todo se habrá perdido!

—El remedio —dijo el hombre—. Y el remedio es *este*…

En alguna parte, los gallos cantaban. Un zapato, lanzado desde una ventana, pasó por encima de ellos y golpeó una cerca. Después todo fue silencio, y luna…

—Chist…

El alba. El señor y la señora Wilkes bajaron en puntillas las escaleras y espiaron la calle.

—Muerta de frío, después de una noche terrible, ¡estoy segura!

—¡No, mujer, mira! ¡Vive! Tiene rosas en las mejillas. No, más que rosas. Duraznos, ¡cerezas! Mírala cómo resplandece, ¡toda blanca y rosada! Nuestra dulce Camillia, viva y hermosa, sana una

vez más.

Padre y madre se inclinaron junto al lecho de la joven dormida.

—Sonríe, está soñando. ¿Qué dice?

—El remedio —suspiró la joven—, el remedio soberano.

—¿Cómo, cómo?

La joven volvió a sonreír, en sueños, con una blanca sonrisa.

—Un remedio —murmuró—, ¡un remedio para la melancolía!

Camillia abrió los ojos.

—Oh, ¡madre! ¡Padre!

—¡Hija! ¡Niña! ¡Ven arriba!

—No. —Camillia les tomó las manos, tiernamente—. ¿Madre? ¿Padre?

—¿Sí?

—Nadie nos verá. El sol asoma apenas. Por favor, bailemos juntos.

Resistiéndose, celebrando no sabían qué, los padres bailaron.

El fin del comienzo

Detuvo en medio del jardín la cortadora de césped, pues sintió en ese momento que se había puesto el sol y ya aparecían las estrellas. El césped recién cortado que le había llovido sobre la cara y el cuerpo moría dulcemente. Sí, allí estaban las estrellas, pálidas al principio, pero encendiéndose en el cielo claro y desierto. Oyó que la puerta de alambre se cerraba de pronto, y sintió que su mujer lo observaba como él observaba la noche.

—Es casi la hora —dijo ella.

El hombre asintió, en silencio; no necesitaba consultar el reloj. En seguida se sintió muy viejo, y luego muy joven, muy frío, y después muy caliente, y ya de un modo, y ya de otro. De pronto estaba a muchos kilómetros de distancia. Era su propio hijo que hablaba seriamente, moviéndose y ocultándose así los golpeteos del corazón y los terrores que sentía otra vez enfundado en el nuevo uniforme, mientras examinaba los víveres, los frascos de oxígeno, el casco de presión, el traje del espacio, y se volvía como todos los hombres de la Tierra a contemplar el cielo que se poblaba rápidamente, esa noche.

Luego, en seguida, era otra vez el padre de su hijo, y tenía las manos en el mango de la cortadora de césped.

Su mujer lo llamó.

—Ven a sentarte aquí, en el porche.

—Tengo que moverme.

La mujer bajó los escalones y cruzó el jardín.

—No te preocupes por Robert. No le pasará nada.

—Pero es todo tan nuevo —se oyó decir el padre—. No se hizo nunca. Piénsalo: un cohete tripulado por un hombre que sube esta

noche a construir la primera estación del espacio. Santo Dios, no es posible, no existe, no hay cohete, no hay campo de pruebas, no hay nadie que cuente los segundos, no hay técnicos. En verdad, yo tampoco tengo un hijo llamado Bob. Todo esto es demasiado para mí.

—Entonces, ¿qué haces aquí, afuera, mirando?

El hombre sacudió la cabeza.

—Bueno, esta mañana, un poco tarde, mientras iba a la oficina, oí que alguien se reía a carcajadas. Me sorprendió, de modo que me detuve en medio de la calle. Era yo quien se reía. ¿Por qué? Porque sabía al fin lo que Bob iba a hacer esta noche; al fin lo creía. Devoto, es una palabra que nunca uso, pero así fue como me sentí, allí, inmóvil en medio de todo aquel tránsito. Después, a media tarde, me sorprendí tarareando. Tú conoces la canción: *Una rueda en otra rueda. Un camino en medio del aire*. Me reí otra vez. La estación del espacio, por supuesto, pensé. La rueda de rayos huecos donde Bob vivirá seis u ocho meses, y que después llegará a la luna. De vuelta en casa, recordé otra estrofa de la canción. *La fe mueve la ruedita. La gracia de Dios mueve la rueda*. ¡Tenía ganas de saltar, de gritar, de arder en llamas!

La mujer le tocó el brazo.

—Si nos vamos a quedar afuera, por lo menos estemos cómodos.

Llevaron dos mecedoras hasta el centro del jardín y se sentaron, en silencio, mientras las estrellas nacían de la oscuridad en pálidos añicos de cristal de roca, esparcidos de horizonte a horizonte.

—Vaya —dijo al fin la mujer—. Es como esperar los fuegos de artificio de Sisley Field, todos los años.

—Hay más gente, esta noche…

—No puedo dejar de pensarlo: mil millones de personas observando el cielo en este mismo momento, abriendo la boca todas a la vez.

Aguardaron, sintiendo que la tierra se movía bajo las sillas.

—¿Qué hora es?

—Las ocho menos once minutos.

—Siempre tan exacto; debes de tener un reloj en la cabeza.

—Esta noche no puedo equivocarme. Te lo podré decir un

segundo antes del lanzamiento. ¡Mira! El aviso: faltan diez minutos.

En el cielo occidental se abrieron cuatro llamaradas carmesíes, vacilaron en el aire sobre el desierto, y luego se hundieron extinguiéndose silenciosamente sobre la tierra.

En la nueva oscuridad, el marido y la mujer no se mecieron en sus sillas.

Al cabo de un rato, el hombre dijo:

—Faltan ocho minutos.

Otra pausa.

—Siete minutos.

Esta vez la pausa pareció más larga.

—Seis…

La mujer, con la cabeza echada hacia atrás, escudriñó las estrellas más próximas y murmuró:

—¿Por qué?

Cerró los ojos.

—¿Por qué los cohetes? ¿Por qué esta noche? ¿Por qué todo? Me gustaría saberlo.

El hombre estudió el rostro de su mujer, pálido a la vasta luz pulverizada de la Vía Láctea. Sintió el latido de una respuesta, pero esperó a que ella continuara.

—Quiero decir, ¿no es como antes, cuando la gente preguntaba por qué los hombres escalaban el monte Everest y ellos decían: «Porque está aquí»? Nunca lo entendí. Para mí no era una respuesta.

Cinco minutos, pensó él. El tictac del tiempo… El reloj pulsera… una rueda en otra rueda… Una ruedita movida por… una rueda movida por… un camino en medio de… ¡Cuatro minutos! Ahora: los hombres acomodados en el cohete, la colmena, los tableros iluminados…

Los labios del hombre se movieron.

—Esto en realidad es el fin del comienzo. La Edad de Piedra, la Edad de Bronce, la Edad de Hierro; de ahora en adelante todas serán para nosotros el nombre único de un tiempo en que caminábamos por la tierra y oíamos a la mañana el canto de los pájaros y llorábamos de envidia. La llamaremos, tal vez, la Edad de la Tierra, o acaso la Era de la Gravedad. Durante millones de años

luchamos contra la gravedad. Cuando éramos amebas y peces tratábamos de salir del mar sin que la gravedad nos destruyese. Una vez seguros sobre la playa, tratamos de mantenernos de pie sin que la gravedad nos rompiera ese nuevo invento, la columna vertebral. Procurábamos entonces caminar sin tambalearnos, y correr sin caernos. Durante mil millones de años la gravedad nos obligó a vivir enclaustrados, se burló de nosotros con el viento y las nubes, las mariposas y las langostas. Por eso es tan terrible lo de esta noche… Es el fin de la antigua gravedad del hombre, la era que nos recordará siempre al hombre viejo. Ignoro desde cuándo contarán las eras, si desde los persas, que imaginaron tapices volantes, o desde los chinos, que celebraban cumpleaños y años nuevos con cometas y cohetes voladores, o desde un minuto cero, un increíble segundo de la próxima hora. Pero hemos llegado al fin de mil millones de años de prueba, al fin de algo largo, y para nosotros, los humanos, honroso, de todos modos.

Tres minutos… dos minutos cincuenta y nueve segundos… dos minutos cincuenta y ocho segundos…

—Pero —dijo la mujer— todavía no sé por qué.

Dos minutos, pensó el hombre. *¿Listo? ¿Listo? ¿Listo*? A la distancia la voz de la radio, anunció. *¡Listo! ¡Listo! ¡Listo*! Las rápidas, débiles respuestas desde el susurrante cohete. *¡Control! ¡Control! ¡Control*!

Esta noche, pensó el hombre, aun cuando fracasemos esta primera vez, enviaremos una segunda y una tercera nave e iremos a todos los planetas, y más tarde a todas las estrellas. Y avanzaremos todavía más hasta que las palabras importantes, como inmortal y eterno, cobren sentido. Palabras importantes, sí, eso es lo que queremos. Continuidad. Desde que nuestras lenguas se movieron por vez primera en nuestras bocas, hemos estado preguntando: ¿Qué significa todo esto? Ninguna otra pregunta tenía sentido. Respirábamos el aliento de la muerte. Pero si desembarcamos en diez mil mundos que giran alrededor de diez mil soles desconocidos, la pregunta se desvanecerá. El hombre será infinito y eterno, así como el espacio es infinito y eterno. El hombre perdurará, como perdura el espacio. Los individuos morirán como siempre, pero nuestra historia se extenderá tanto, que ya no

necesitaremos escudriñar el futuro, sabiendo que sobreviviremos mientras haya tiempo. Conoceremos la seguridad, y por lo tanto la respuesta que tanto buscamos. Agraciados con el don de la vida, lo menos que podremos hacer es preservar el don de lo infinito. Una meta digna de nuestro esfuerzo.

Las mecedoras seguían susurrando dulcemente en el césped.

Un minuto.

—Un minuto —dijo en voz alta.

—¡Oh!

—Espero que Bob…

Estará perfectamente…

—Oh, Dios, protégelo…

Treinta segundos.

—Atención ahora.

Quince, diez, cinco…

—¡Atención!

Cuatro, tres, dos, uno.

—¡Allí! ¡Allí! ¡Oh, allí, allí!

Los dos gritaban. Los dos se pusieron de pie. Las sillas cayeron hacia atrás, sobre el césped. El hombre y la mujer vacilaron, se buscaron las manos procurando aferrarse, sostenerse. Vieron el color deslumbrante del cielo, y, diez segundos después, la gran cometa ascendente que quemaba el aire, apagaba las estrellas y se lanzaba en un vuelo de llamas para trasformarse en una nueva estrella en la profusión renacida de la Vía Láctea. El hombre y la mujer se abrazaron como si hubiesen tropezado con el borde de un increíble acantilado, sobre un abismo hondo y sombrío que parecía insondable. Mirando el cielo, se oyeron sollozar y gritar. Pasó un rato, y al fin hablaron.

—Partió, ¿verdad?

—Sí…

—Todo está bien, ¿verdad?

—Sí… sí.

—¿No cayó?

—No, no, todo está bien. Bob está bien, todo está bien.

Se separaron.

El hombre tocó con la mano el rostro de ella, y se miró los dedos

húmedos.

—Maldición —dijo—. Maldición.

Aguardaron otros cinco, otros diez minutos hasta que la oscuridad les dolió en las cabezas y en las retinas como un millón de granos de sal ardiente. Cerraron los ojos.

—Bueno —dijo ella—. Entremos ahora.

El hombre no podía moverse. La mano se le movió buscando el mango de la cortadora de césped. Vio lo que la mano acababa de hacer y dijo:

—Todavía me falta algo…

—Pero no podrás ver.

—Lo suficiente —dijo el hombre—. Tengo que terminar. Después nos sentaremos un rato en el porche, antes de ir a dormir.

Ayudó a su mujer a poner las sillas en el porche, y la sentó, y luego volvió al jardín y apoyó las manos en la barra de la cortadora de césped. La cortadora de césped. Una rueda dentro de otra rueda. Una simple máquina que uno sujeta con las manos, y que avanza con un empujón y un repiqueteo mientras uno camina detrás con una callada filosofía. Un chasquido, y luego un silencio cálido. Una rueda que gira, y luego las suaves pisadas del pensamiento.

Tengo mil millones de años de edad, se dijo, tengo un minuto. Mido un centímetro, no, diez mil kilómetros de altura. Miro hacia abajo y no alcanzo a verme los pies, tan distantes están, tan lejos se han ido.

Empujó la cortadora de césped. El césped saltó como una lluvia y cayó suavemente a su alrededor; el hombre se regocijó, saboreó las briznas y sintió que era toda la humanidad bañándose, finalmente, en la fuente de la vida.

Recordó entonces, otra vez, la canción de las ruedas y la fe y la gracia de Dios que ascendían en medio del cielo donde aquella estrella única, entre un millón de estrellas fijas, se atrevía a moverse, a seguir avanzando.

Terminó de cortar el césped.

El maravilloso traje de helado de crema

Era un crepúsculo de estío en la ciudad, y a la entrada del silencioso salón de billar tres jóvenes mexicanos aspiraban el aire tibio y observaban el mundo. A ratos hablaban y a ratos no decían nada, y miraban pasar los automóviles que se deslizaban como panteras negras por el asfalto caliente, o los trolleys que llegaban como una tormenta, sembrando rayos, y se perdían en silencio.

—Ah —suspiró al fin Martínez. Era el más joven y el más sutilmente triste de los tres—. Es una noche maravillosa, ¿eh? Maravillosa.

Miraba afuera, y el mundo se le acercaba, se alejaba, se acercaba otra vez. La gente pasaba a su lado y de pronto aparecía en la vereda de enfrente. Los edificios que se alzaban a cinco kilómetros de distancia se le venían encima, de pronto. Pero todo —la gente, los automóviles, los edificios— estaba casi siempre allá, en la frontera del mundo, intocable. En esa callada y calurosa noche de verano, Martínez tenía la cara fría.

—En noches así uno desea… muchas cosas.

—Desear —dijo el segundo hombre, Villanazul, un hombre que en su cuarto vociferaba libros pero que en la calle hablaba sólo en murmullos—, desear es el pasatiempo inútil de los desocupados.

—¿Desocupados? —exclamó Vamenos, el barbudo—. ¡Óiganlo! ¡No tenemos trabajo ni dinero!

—Así es —dijo Martínez—, y no tenemos amigos.

—Cierto. —Villanazul echó una mirada a la plaza verde donde las palmeras oscilaban al suave viento nocturno—. ¿Sabes qué deseo yo? Quisiera ir a esa plaza y hablar entre los hombres de negocios que se reúnen ahí de noche y charlan de cosas serias. Pero

con esta ropa, y pobre como soy, ¿quién me escucharía? Bueno, Martínez, nos tenemos a nosotros. La amistad de los pobres es amistad verdadera. Nosotros…

Pero en ese momento pasaba un mexicano joven y apuesto, de bigotito; colgada de cada uno de sus brazos reía una mujer.

—*¡Madre mía*! —Martínez se golpeó la frente—. ¿Con qué derecho tiene ése dos amigas?

Lleva un traje blanco de verano, nuevo y elegante. —Vamenos se mascó la uña negra del pulgar—. Parece un hombre listo.

Martínez se inclinó para observar a las tres personas que se alejaban y luego miró la casa de enfrente: una hermosa muchacha estaba asomada a una ventana del cuarto piso; el viento le agitaba levemente la cabellera oscura. Había estado siempre allí, es decir, desde hacía seis semanas. Martínez había meneado la cabeza, había alzado la mano, le había sonreído, guiñándole un ojo, y aun la había saludado con una reverencia, en la acera, en el portal, en el parque, en las calles. También ahora apartó la mano de la cintura y movió los dedos. Pero la hermosa joven se limitó a dejar que el viento le agitara el pelo oscuro. Martínez no existía. No era nada, nada.

—*¡Madre mía*!

Miró a la distancia, calle abajo, donde el hombre y sus dos amigas daban vuelta la esquina.

—¡Ay, si al menos uno tuviese un traje! ¡Si estuviese bien vestido, no necesitaría dinero!

—No sé si sugerirte —dijo Villanazul— que lo veas a Gómez. Desde hace un mes habla como loco de un traje nuevo. Yo le digo que sí para que me deje en paz. ¡Ese Gómez!

—Amigo —dijo una voz calmosa.

Todos se volvieron, perplejos.

—¡Gómez!

Sonriendo de un modo raro, Gómez sacó del bolsillo una cinta amarilla delgada e interminable que flotaba y ondulaba en la brisa estival.

—Gómez —preguntó Martínez—. ¿Qué haces con esa cinta métrica?

Gómez lo miró, radiante.

—Mido esqueletos de personas.

—¡Esqueletos!

—Aguarda. —Gómez miró de soslayo a Martínez—. *¡Caramba*! ¿Dónde estuviste hasta ahora? Empezaré contigo.

Martínez dejó que le midieran y palparan los brazos y piernas, y le rodearan el pecho.

—¡Quieto! —dijo Gómez—. Brazo… perfecto. Pierna… pecho… ¡perfectos! ¡Aprobado! ¡Venga esa mano!

Estrujó la mano de Martínez. De pronto, se interrumpió.

—Aguarda. ¿Tienes… diez dólares?

—¡Yo tengo! —Vamenos sacudió unos billetes sucios—. ¡Mídeme, Gómez!

—Todo lo que me queda son nueve dólares con noventa. —Martínez se vació los bolsillos—. ¿Alcanza para un traje nuevo? ¿Y por qué?

—¿Por qué? Porque tienes el esqueleto que hace falta, por eso.

—*Señor Gómez*, yo apenas lo conozco…

—¿Apenas me conoces? ¡Vas a vivir conmigo! ¡Síganme!

Gómez se perdió en el salón de billar. Martínez, con el moderado Villanazul a la zaga, y empujado por un ansioso Vamenos, se encontró de pronto en el interior.

—¡Domínguez! —dijo Gómez.

Domínguez, junto a un teléfono de pared, los saludó con un guiño. Una voz femenina chillaba en el receptor.

—¡Manulo! —llamó Gómez.

Manulo dio media vuelta empinando una botella de vino.

Gómez señaló a Martínez:

—¡Nuestro quinto voluntario!

—Tengo una cita, no me molestes —dijo Domínguez, pero se interrumpió y el receptor se le escurrió de entre los dedos.

La libretita negra de nombres hermosos y de números volvió rápidamente al bolsillo.

—Gómez, ¿quiere decir que…?

—¡Sí, sí! ¡Tu dinero ahora! *¡Ándale*!

La voz de la mujer siseaba todavía en el oscilante receptor.

Domínguez le echó una mirada inquieta.

Manulo examinó la botella vacía que tenía en la mano y el

letrero luminoso del bar de enfrente.

De mala gana, los dos hombres depositaron diez dólares sobre el tapete verde del billar.

Villanazul, sorprendido, hizo lo mismo, y también Gómez, dándole un codazo a Martínez.

Martínez contó otra vez sus arrugados billetes y sus níqueles. Gómez blandió los billetes como una escalera real.

—¡Cincuenta dólares! ¡El traje cuesta sesenta! ¡Nos faltan sólo diez dólares!

—Espera —dijo Martínez—. Gómez, ¿sólo un traje? ¿*Uno*?

—¡*Uno*! —Gómez levantó un dedo—. Un maravilloso traje blanco de color de helado de crema. ¡Blanco, blanco como la luna de agosto!

Pero ¿quién será el dueño de ese único traje?

—¡Yo! —dijo Manulo.

—¡Yo! —dijo Domínguez.

—¡Yo! —dijo Villanazul.

—¡Yo! —exclamó Gómez—. ¡Y *tú*, Martínez! ¡Vamos, hombres, adelante! ¡En fila!

Villanazul, Manulo, Domínguez y Gómez corrieron a plantar sus espaldas contra la pared del salón de billar.

—¡Martínez, tú también, del otro lado, a la fila! ¡Y ahora, Vamenos, pon el taco de billar por encima de nuestras cabezas!

—¡Bueno, Gómez, bueno!

Martínez, en la fila, sintió sobre la cabeza el roce del taco de billar y se inclinó para ver.

—¡Ah! —susurró.

Vamenos, sonriendo, deslizó el taco sobre las cinco cabezas. El taco se movió en una línea horizontal, sin subidas ni bajadas.

—¡Todos tenemos la misma estatura! —dijo Martínez.

—¡Exactamente!

Los hombres se rieron.

Gómez corrió por la fila, tocando a los hombres aquí y allá con la cinta métrica amarilla, y todos rieron a carcajadas.

—¡Claro! —dijo Gómez—. Tardé un mes, cuatro semanas, en encontrar a cuatro de mi estatura y mi forma, un mes entero corriendo de un lado a otro, midiendo. A veces, es claro, encontraba

esqueletos de un metro setenta, pero tenían demasiada carne sobre los huesos, o poca. Los huesos de las piernas eran demasiado largos, o los de los brazos demasiado cortos. ¡Diantre, cuántos huesos! ¡Realmente! Pero ahora somos cinco, con hombros, pechos, cinturas y brazos iguales, y en cuanto al peso… ¡Soldados!

Manulo, Domínguez, Villanazul, Gómez y por último Martínez subieron a la balanza que echaba cartoncitos impresos, mientras Vamenos, sonriendo siempre, alimentaba la balanza con monedas. Martínez, emocionado, leyó las tarjetas:

—Setenta y cinco kilos… setenta y seis… setenta y cuatro y medio… setenta y cuatro… setenta y siete… un milagro.

—No —dijo sencillamente Villanazul—. Gómez.

Todos le sonrieron a aquel genio que ahora los abrazaba.

—¿No es fantástico? —preguntó—. Todos la misma estatura, todos el mismo sueño: el traje. Ahora sí que estaremos elegantes al menos una noche por semana, ¿eh?

—Hace años que no estoy elegante —dijo Martínez—. Las muchachas se escapan.

—No se escaparán más —dijo Gómez—. Se quedarán pasmadas cuando te vean con el traje blanco de helado de crema.

—Gómez —dijo Villanazul—. Una sola pregunta.

—Es claro, *compadre*.

—Cuando tengamos ese lindo traje blanco de helado de crema, ¿no te lo pondrás una noche y te tomarás el ómnibus y te irás a vivir a El Paso todo un año, no es cierto?

—Villanazul, Villanazul, ¿cómo se te ocurre?

—Mis ojos ven y mi lengua se mueve —dijo Villanazul—. ¿Qué pasó con las tómbolas *Todo el mundo gana* que tú organizabas y donde no ganaba nadie? ¿Y con la campaña aquella de carne y frijoles en conserva? Al fin te quedaste debiendo el alquiler de una oficina de dos por cuatro.

—Errores de un niño que ha crecido —dijo Gómez—. ¡Basta! Hace tanto calor que alguien puede adelantarse y comprar ese traje. ¡Está hecho para nosotros y nos espera a todos en el escaparate de *Sastrerías La Luz del Sol*, del señor Shumway! Tenemos cincuenta dólares. Sólo nos falta un esqueleto.

Martínez vio que los hombres escudriñaban la sala de billar, y

miró también, salteándose a Vamenos, y volviendo luego de mala gana, a examinar la camisa sucia, y los dedos manchados de nicotina.

—¡Yo! —Estalló al fin Vamenos—. Mi esqueleto, mídelo. Sí, tengo las manos y los brazos demasiado grandes de tanto cavar zanjas, pero…

En ese instante Martínez oyó afuera la risa del hombre de antes, del hombre terrible de las dos muchachas.

En el salón de billares la angustia se movió como la sombra de una nube de verano sobre los rostros de los otros hombres.

Vamenos subió lentamente a la balanza y puso una moneda. Cerrando los ojos musitó una oración:

—*Madre mía*, te ruego…

La balanza rechinó y arrojó el cartoncito. Vamenos abrió los ojos.

—¡Miren! ¡Setenta y cinco kilos! ¡Otro milagro!

Los hombres miraron la mano derecha de Vamenos y la tarjeta; y la izquierda y el sucio billete de diez dólares.

Gómez se tambaleó, traspirando, se enjugó los labios. Enseguida, de un manotazo, tomó el dinero.

—¡A la sastrería! ¡El traje! *¡Vamos*!

Gritando, todos se precipitaron fuera del salón.

La voz de la mujer chirriaba aún en el teléfono abandonado. Martínez, rezagado, extendió la mano y cortó la voz. En el silencio, meneó la cabeza.

—¡Dios, qué sueño! Seis hombres —dijo—, ¡un traje! ¿Qué saldrá de todo esto? ¿Locura? ¿Libertinaje? ¿Crimen? Pero yo soy hombre de Dios. ¡Gómez, espérame!

Martínez era joven y echó a correr.

El señor Shumway, de *Sastrerías La Luz del Sol*, que armaba en ese momento una percha para corbatas, hizo una pausa a la entrada de la tienda. Algo había cambiado en el aire de la calle.

—Leo —le murmuró al ayudante—. Mira…

Un hombre, Gómez, pasó frente a la puerta, espiando hacia adentro. Dos hombres más, Manulo y Domínguez, corrieron detrás, vueltos también hacia la tienda. Y luego otros tres, Villanazul,

Martínez y Vamenos, miraron adelantando los hombros.

El señor Shumway tragó saliva.

—Leo —dijo—, llama a la policía.

De pronto, seis hombres en la puerta.

Apretujado entre los otros, sintiendo un nudo en el estómago, y fiebre en la cara, Martínez miró a Leo con una sonrisa desencajada. Leo soltó el teléfono.

—Miren —musitó Martínez, con los ojos muy abiertos—. Qué traje magnífico.

—No —Manulo acarició una solapa—. ¡Éste!

—¡Hay un solo traje en el mundo! —dijo Gómez fríamente—. Señor Shumway, el traje blanco crema, talle treinta y cuatro. Estaba en la vidriera hace apenas una hora. No me diga que lo vendió…

—¿Si lo vendí? —suspiró el señor Shumway—. No, no, en el probador. Está todavía en el maniquí.

Martínez no supo si se movió arrastrando a los demás o si los otros se movieron arrastrándolo a él. De pronto se movieron todos.

El señor Shumway, corriendo de un lado a otro, trató de adelantarse a los hombres.

—Por aquí, caballeros. ¿Quién de ustedes?…

—¡Todos para uno, uno para todos! —se oyó decir Martínez, y se echó a reír—. ¡Lo probaremos todos!

—¿Todos?

El señor Shumway se aferró al cortinado de la cabina, sintiendo que la tienda se inclinaba como un barco en la cresta de una ola.

Miró a los hombres.

Eso es, pensó Martínez, mire nuestras sonrisas. Ahora, mire los esqueletos detrás de las sonrisas. Mida aquí, allí, arriba, abajo, sí, ¿ve usted?

El señor Shumway vio. Asintió en silencio. Se encogió de hombros.

—¡Todos! —Corrió el cortinado—. Aquí está. Si lo llevan, les regalo el maniquí.

Martínez espió el interior de la cabina, y los otros espiaron también.

Allí estaba el traje.

Y era blanco, blanquísimo.

Martínez no podía respirar. No quería respirar. No era necesario. Tenía miedo de que el aliento fundiera el traje. Bastaba mirarlo.

Al fin, sin embargo, lanzó un profundo suspiro tembloroso y exclamó, en un murmullo:

—*¡Ay, ay, caramba*!

—Se me van los ojos —balbuceó Gómez.

—Señor Shumway. —Martínez oyó el susurro de Leo—. Vender el traje, ¿no será acaso un precedente peligroso? Quiero decir, ¿qué pasaría si todos compraran un solo traje para seis personas?

—Leo —dijo el señor Shumway—, ¿un solo traje de cincuenta y nueve dólares y tantas personas felices a la vez? ¿Oíste eso antes?

—Alas de ángeles —murmuró Martínez—. Alas de ángeles blancos.

Martínez notó que el señor Shumway miraba por encima del hombro al interior de la cabina. La luz pálida se le reflejaba en los ojos.

—¿Sabes una cosa, Leo? —dijo respetuosamente—. Esto es más que un traje, ¡es todo un cortejo!

Silbando, gritando, Gómez corrió hasta el descanso del tercer piso y se volvió a saludar a los demás que se tambaleaban y se reían, y tuvieron que sentarse en los peldaños.

—Esta noche —exclamó Gómez—. Esta noche se mudan todos conmigo, ¿eh? Así ahorraremos en alquiler y en ropas, ¿eh? Claro. Martínez, ¿tienes el traje?

—¿Si lo tengo?

Martínez alzó la caja envuelta en papel blanco.

—¡De nosotros, para nosotros! ¡Ay, ay!

—Vamenos, ¿tienes el maniquí?

—¡Aquí está!

Vamenos, mascando un viejo cigarro, esparciendo chispas, tropezó. El maniquí se le resbaló de las manos, se volvió, dio dos vueltas, y cayó escaleras abajo.

—¡Vamenos! ¡Idiota! ¡Torpe!

Le arrebataron el maniquí. Sorprendido, Vamenos miró alrededor como si hubiese perdido algo.

Manulo chasqueó los dedos.

—¡Eh, Vamenos! ¡Tenemos que festejarlo! ¡Trae un poco de vino!

Vamenos se lanzó escaleras abajo, en un torbellino de chispas.

Los otros entraron en el cuarto con el traje. Martínez se quedó en el pasillo, escudriñando el rostro de Gómez.

—Gómez, pareces enfermo.

—Lo estoy —dijo Gómez—. ¿Pues, qué he hecho? —Señaló con la cabeza las sombras que se movían en el cuarto alrededor del maniquí—. Elijo a Domínguez, un demonio con las mujeres. Bueno. Elijo a Manulo, que bebe, sí, pero que canta como una muchacha, ¿eh? Bueno. Villanazul lee libros. Tú, tú te lavas las orejas. ¿Y qué hago después? ¿Puedo esperar? ¡No! ¡Necesito comprar el traje! Y entonces, el último hombre que elijo es un maldito imbécil que tiene derecho a usar *mi* traje. —Se detuvo, confuso—. Que va a usar *nuestro* traje una noche por semana, que se caerá o se meterá bajo la lluvia con el traje puesto. ¿Por qué, por qué, por qué lo hice?

—Gómez —murmuró desde la pieza Villanazul—. El traje está listo. Ven y mira. Alumbra tanto como tu lámpara.

Gómez y Martínez entraron en la habitación.

Allí, sobre el maniquí, en el centro del cuarto, estaba el fantasma fosforescente, de milagrosas llamas blancas, de solapas increíbles, corte perfecto, ojales nítidos. Allí, de pie, con las mejillas iluminadas por el resplandor blanco del traje, Martínez sintió de pronto que estaba en la iglesia. ¡Blanco! ¡Blanquísimo! Era tan blanco como el más blanco de los helados de vainilla, como las botellas de leche en los pasillos del alba. Blanco como una nube de invierno a la luz de la luna. Viéndolo, en esa noche de verano, en la habitación caldeada, la respiración de todos era casi visible. Cerró los ojos, y vio el traje grabado en los párpados. Supo de qué color serían sus sueños esa noche.

—Blanco… —murmuró Villanazul—. Blanco como la nieve en la cumbre de la montaña del pueblo, la montaña que llaman La Durmiente.

—Dilo otra vez —dijo Gómez.

Villanazul, orgulloso pero humilde, repitió feliz el tributo.

—… blanco como la nieve de la montaña…

—¡Estoy de vuelta!

Los hombres sorprendidos, se volvieron rápidamente. Vamenos estaba en la puerta, con botellas de vino en las manos.

—¡Una fiesta! ¡Y aquí! Ahora, dínos, Gómez, ¿quién será el primero en ponerse el traje, esta noche? ¿Yo?

—¡Es demasiado tarde! —dijo Gómez.

—¡Tarde! ¡Si sólo son las nueve y cuarto!

—¿Tarde? —repitieron los demás, boquiabiertos. Gómez se apartó de los hombres que miraban el traje y se acercó a la ventana.

Después de todo, pensó Martínez, la noche era, afuera y abajo, una hermosa noche de sábado de un mes de verano, y en la oscuridad serena y cálida las mujeres flotaban como flores en un río sereno. Los hombres murmuraron, quejándose.

—Gómez, una idea. —Villanazul chupó el lápiz y dibujó en un cuaderno—. Tú usarás el traje de nueve y media a diez, Manulo hasta las diez y media, Domínguez hasta las once, yo hasta las once y media, Martínez hasta medianoche y…

—¿Por qué yo el último? —preguntó Vamenos, enfurruñado.

Martínez pensó rápidamente y sonrió.

—Amigo, después de medianoche es la *mejor* hora.

—Ajá —dijo Vamenos—, es cierto. No lo había pensado. Magnífico.

Gómez suspiró.

—Muy bien. Media hora cada uno. Pero de ahora en adelante, recuérdenlo, cada uno de nosotros usará el traje una vez por semana. Los domingos, tiraremos suertes a ver quién usa el traje una noche más.

—¡Yo! —rió Vamenos—. ¡Yo tengo suerte!

Gómez se aferró con fuerza a Martínez.

—Gómez —dijo Martínez—, tú primero. Vístete.

Gómez no podía apartar los ojos del desacreditado Vamenos. Al fin, impulsivamente, se sacó la camisa de un tirón, por encima de la cabeza.

—Ay —gimió—. Ay, ay, ay…

Un susurro de tela almidonada… la camisa limpia.

—¡Ay! …

Qué limpias se sentían las ropas nuevas, pensó Martínez, alcanzándole la chaqueta. Sonaban a limpio, olían a limpio.

Un susurro… los pantalones… la corbata, un susurro… los tiradores. Un susurro… y Martínez suelta la chaqueta, que cae sobre los hombros.

—*¡Olé*!

Gómez se volvió como un matador en magnífico traje de luces.

—*¡Olé*, Gómez, *olé*!

Gómez hizo una reverencia y dejó el cuarto.

Martínez clavó los ojos en el reloj. A las diez en punto oyó que alguien andaba por el pasillo como si se hubiese olvidado a dónde debía ir. Martínez abrió la puerta y miró.

Allí estaba Gómez, extraviado.

Parece enfermo, pensó Martínez. No, azorado, sorprendido, conmovido, muchas cosas a la vez.

—Gómez, es aquí.

Gómez se volvió y entró.

—Oh, amigos, amigos —dijo. ¡Amigos, qué experiencia! ¡Este traje! ¡Este traje!

—¡Cuéntanos, Gómez! —dijo Martínez.

—¡No puedo, cómo podría decirlo!

Alzó los ojos al cielo, con los brazos abiertos, las palmas extendidas.

—*Cuéntanos*, Gómez.

—No tengo palabras, no tengo palabras. Ya lo verás, tú mismo. Sí, tienes que ver…

Gómez calló un rato meneando la cabeza. Al fin recordó que todos estaban allí, mirándolo.

—¿Quién es el próximo? ¿Manulo?

Manulo, que estaba en calzoncillos, saltó al frente: —¡Listo!

Todos se reían, gritaban, silbaban.

Manulo, vestido, fue hacia la puerta. Estuvo ausente veintinueve minutos y treinta segundos. Entró tomándose del picaporte, tocando las paredes, palpándose los codos, palmeándose las mejillas.

—¡Oh, dejen que les cuente! —exclamó—. Compadres, fui al bar, saben, a tomar un trago. Pero no, no entré en el bar, ¿me oyen? No bebí. Porque cuando salí de aquí empecé a reírme y a cantar. ¿Por qué, por qué? Yo me escuchaba y me preguntaba: ¿por qué? El traje me hacía sentir mejor que el vino. El traje me emborrachó, me

emborrachó. Entonces fui a la *Refritería Guadalajara* y toqué la guitarra, ¡y canté cuatro canciones! ¡El traje, ah, el traje!

Domínguez, el próximo, salió al mundo y regresó del mundo.

¡La libretita negra de teléfonos!, pensó Martínez. ¡La tenía en la mano cuando se fue! ¡Ahora, vuelve con las manos vacías! ¿Qué? ¿Qué?

—Yo iba por la calle —dijo Domínguez, abriendo los ojos y viéndolo todo otra vez—, iba por la calle y una mujer me llamó. «¿Domínguez, eres *tú*?». Otra dijo: «¿Domínguez? No, Quetzalcoatl, el Gran Dios Blanco que viene de Oriente», ¿lo oyen? Y de pronto no quise ir con seis mujeres ni con ocho, no. Una, pensé. ¡Una! Y a ésa, ¿quién adivina lo que le dije? «Quiero que seas mía. ¡Cásate conmigo!» *¡Caramba*! Este traje es peligroso. ¡Pero no importa! ¡Estoy vivo, vivo! Gómez, ¿te pasó a ti lo mismo?

Gómez, todavía confundido por los sucesos de la noche, sacudió la cabeza.

—No, no puedo hablar. Es demasiado. Más tarde. ¿Villanazul…?

Villanazul, tímidamente, se adelantó.

Villanazul, tímidamente, salió del cuarto.

Villanazul, tímidamente, regresó.

—Imagínense —dijo sin mirarlos, mirando el piso, hablándole al piso—. La Plaza Verde, un grupo de comerciantes maduros, reunidos bajo las estrellas, que hablan, asienten, hablan. Ahora, uno de ellos murmura. Todos se vuelven y miran. Se apartan, y una luz incandescente y blanca se abre camino quemando el hielo con sus rayos. En el centro de la luz, esta persona. Tomo aliento. Me tiembla el estómago como una gelatina. Apenas me sale la voz al principio, pero luego hablo, firmemente. ¿Y qué digo? Digo: «Amigos, ¿conocen el *Sartor Resartus* de Carlyle? En ese libro se explica la Filosofía del Traje…»

Por fin, le llegó el turno a Martínez, y el traje lo llevó flotando a la oscuridad.

Dio cuatro vueltas a la manzana. Se detuvo cuatro veces bajo los porches del inquilinato, y miró hacia arriba, a la ventana donde estaba encendida la luz; una sombra se movía, la hermosa joven estaba allí, no estaba allí había desaparecido, y a la quinta vez estaba en el porche de arriba, arrastrada por el calor estival,

respirando el aire más fresco. Miró rápidamente hacia abajo. Movió la mano.

Al principio, Martínez pensó que ella le hacía señas. Se sintió como una explosión blanca que había encandilado a la joven. Pero ella no le hacía señas. Seguía moviendo la mano, y un instante después un par de anteojos de aros oscuros se le posó sobre la nariz. Luego miró a Martínez.

Ajá, pensó Martínez, ¡era eso! Bueno. Hasta un ciego tiene que ver este traje. La miró y sonrió. No tenía por qué hacerle señas. Al fin ella le sonrió también. Luego, como Martínez no sabía qué otra cosa hacer, y como no podía desembarazarse de la sonrisa que se le había prendido a las mejillas, se abalanzó, casi a la carrera, y llegó a la esquina, sintiendo detrás los ojos de la joven. Cuando miró otra vez, la muchacha se había quitado los lentes y observaba ahora con una mirada miope lo que no podía ser para ella más que una móvil burbuja de luz en plena oscuridad. Y entonces, por si acaso, Martínez dio otra vuelta a la manzana, en una ciudad que de pronto era tan hermosa que uno tenía ganas de llorar, de reír, y de llorar otra vez.

Regresó, distraído, entornando los ojos; y viéndolo en la puerta, los otros no reconocieron a Martínez. Se vieron a ellos mismos volviendo. En aquel momento, sintieron que algo les había pasado a todos.

—¡Llegas atrasado! —gritó Vamenos, pero se interrumpió.

Nadie podía romper el encanto.

—Que alguien me lo diga —pidió Martínez—. ¿Quién soy?

Lentamente, caminó por la habitación.

Sí, pensó, sí, es el traje, sí, tenía que ser el traje y todos ellos reunidos en aquella sastrería en la hermosa noche de sábado, y luego aquí, riéndose y sintiéndose borrachos sin haber bebido, como lo había dicho el mismo Manulo, a medida que pasaba la noche y cada uno se deslizaba en los pantalones y se apoyaba, balanceándose, en los otros, y la felicidad crecía y era más cálida y más hermosa mientras los hombres iban saliendo y el próximo tomaba su sitio en el traje hasta que ahora allí estaba Martínez, espléndido y blanco como alguien que da órdenes, calla y se aparta.

—Martínez, nos prestaron tres espejos mientras estabas afuera.

¡Mira!

Los espejos reflejaban tres Martínez y los ecos y memorias de quienes se habían puesto el traje, y habían conocido el mundo brillante dentro de la tela. Ahora, en los espejos relucientes, Martínez vio la enormidad de esa cosa que todos estaban viviendo, y se le humedecieron los ojos. Los otros parpadeaban. Martínez tocó los espejos. Los espejos se movieron. Vio entonces un millar, un millón de Martínez vestidos con armaduras blancas que marchaban hacia la eternidad, reflejados, una y otra vez, para siempre, indomables, e infinitos.

Martínez sostuvo en el aire la chaqueta blanca. Los demás, en éxtasis, no reconocieron en el primer momento la mano sucia que se tendió a tomar la chaqueta. En seguida:

—¡Vamenos!

—¡Cochino!

—¡No te lavaste! —gritó Gómez—. ¡Ni siquiera te afeitaste, mientras esperabas! ¡*Compadre*, el baño!

—¡El baño! —dijeron todos.

—¡No! —Vamenos se sacudió—. ¡El aire de la noche! ¡Me muero!

A empellones, gritando, lo arrastraron por el pasillo.

Y allí estaba Vamenos, afeitado, peinado, con las uñas limpias, increíble en el traje blanco.

Los otros lo miraban hoscamente, con el ceño fruncido.

¿No era verdad, acaso, pensó Martínez, que cuando Vamenos iba de un lado a otro, los torrentes se movían en los montes? Si pasaba por debajo de las ventanas, la gente escupía, arrojaba basura, o algo peor. Y ahora esta noche, esta misma noche, se pasearía bajo diez mil ventanas abiertas de par en par, junto a los balcones, por las alamedas. De pronto, el mundo era sólo un zumbido de moscas. Y aquí estaba Vamenos, una torta de cumpleaños recién decorada.

—Se te ve bien con ese traje, Vamenos —dijo Manulo tristemente.

—Gracias.

Vamenos se movió, acomodando el esqueleto allí donde acababan de estar todos los otros esqueletos.

—¿Puedo marcharme ahora? —preguntó en voz baja.

—¡Villanazul! —dijo Gómez—. Copia estos reglamentos.

Villanazul lamió la punta del lápiz.

—Primero —dijo Gómez—, ¡no te caigas con ese traje, Vamenos!

—No me caeré.

—No te apoyes en las paredes con ese traje.

—No me apoyaré.

—No camines debajo de los árboles donde haya pájaros con ese traje. No fumes. No bebas…

—Por favor, ¿puedo *sentarme* con este traje?

—En la duda, quítate los pantalones y dóblalos bien sobre una silla.

—Deséenme buena suerte —dijo Vamenos.

—Ve con Dios, Vamenos.

Vamenos salió y cerró la puerta.

El sonido de una tela que se desgarra.

—¡Vamenos! —gritó Martínez.

Abrió rápidamente la puerta.

Vamenos estaba allí, con la mitad de un pañuelo en cada mano.

—¡Rrrip! —rió—. ¡Mírense las caras! ¡Rrrip! —Desgarró otra vez el pañuelo—. ¡Oh, qué caras, qué caras! ¡Ja!

Riéndose a carcajadas, Vamenos dio un portazo, dejándolos perplejos y solos.

Gómez se tomó la cabeza con las manos y dio media vuelta.

—Lapídenme, mátenme. ¡He vendido nuestras almas a un demonio!

Villanazul buscó en el bolsillo, sacó una moneda de plata y la estudió un buen rato.

—Mis últimos cincuenta centavos. ¿Quién me ayudará a comprar la parte de Vamenos en el traje?

—Es inútil. —Manulo le mostró diez centavos—. Apenas nos alcanza para comprar las solapas y los ojales.

Gómez, junto a la ventana abierta, se asomó y gritó:

—¡Vamenos, no!

Abajo, en la calle, Vamenos, sorprendido, sopló un fósforo y arrojó a lo lejos una vieja colilla de cigarro que había encontrado en alguna parte. Hizo un gesto extraño a todos los hombres de la ventana, saludó con la mano, y se alejó lentamente.

De algún modo, los cinco hombres no podían apartarse de la ventana.

—Apuesto a que se come una salchicha con ese traje —musitó Villanazul—. Pienso en la mostaza.

—¡No! —gritó Gómez—. ¡No, no!

Manulo estuvo de pronto en la puerta.

—Necesito un trago.

—Manulo, aquí hay vino, en esa botella que está en el piso.

Manulo salió y cerró la puerta.

Un momento después Villanazul se estiró con actitud afectada y empezó a pasearse por el cuarto.

—Creo que iré a dar una vuelta por la plaza.

Apenas un minuto después, Domínguez, sacudiendo su libreta negra frente a los demás, parpadeó y tomó el picaporte.

—Domínguez —dijo Gómez.

—¿Sí?

—Si ves a Vamenos, por casualidad —dijo Gómez—, trata de alejarlo del café *El Gallo Rojo* de Mickey Murillo. Allí las riñas no sólo se ven en la TV, sino también frente a la TV.

—No irá a lo de Murillo —dijo Domínguez—. Ese traje significa mucho para Vamenos. No hará nada que pueda estropearlo.

—Antes mataría a su madre —dijo Martínez—. Claro que sí.

Martínez y Gómez, solos ahora, oyeron que Domínguez bajaba rápidamente las escaleras.

Dieron vueltas alrededor del maniquí desnudo.

Durante largo rato, mordiéndose los labios, Gómez se quedó en la ventana, mirando hacia la calle. Se tocó dos veces el bolsillo de la camisa, y retiró la mano. Al fin sacó algo del bolsillo. Sin mirarlo se lo tendió a Martínez.

—Martínez, toma.

—¿Qué es?

Martínez miró el papel rosado con nombres y números impresos.

—¡Un pasaje en ómnibus para El Paso, de aquí a tres semanas!

Gómez asintió. No podía mirar a Martínez. Tenía los ojos fijos en la noche de estío.

—Devuélvelo. Consigue el dinero —dijo—. Cómpranos un lindo sombrero panamá blanco y una corbata celeste que haga juego con

el traje blanco de crema helada. Sí, Martínez.

—Gómez…

—Cállate. ¡Chico, hace calor aquí! Necesito aire.

—Gómez. Estoy emocionado. Gómez…

La puerta estaba abierta. Gómez se había ido.

El café y coctelería *El Gallo Rojo*, aplastado entre dos enormes edificios de ladrillos, era estrecho y largo. Afuera se encendían y apagaban unas serpientes de neón, rojas, verdes y sulfurosas. Adentro, unas formas vagas giraban y flotaban perdiéndose en un mar nocturno y pululante.

La pintura roja de la ventana tenía partes descascaradas. Martínez se acercó y espió.

Sintió a la izquierda una presencia, oyó una respiración a la derecha. Miró a un lado y a otro.

—¡Manulo! ¡Villanazul!

—No tenía sed —dijo Manulo—. De modo que di un paseo.

—Yo iba a la plaza —dijo Villanazul—, y decidí dar una vuelta.

Como de común acuerdo, los tres hombres callaron y se volvieron hacia la ventana descascarada.

Un momento después, los tres sintieron detrás una nueva presencia cálida, y oyeron una respiración todavía más anhelante.

—¿Está ahí nuestro traje blanco? —preguntó la voz de Gómez.

—¡Gómez! —dijeron todos, sorprendidos.

—¡Sí! —gritó Domínguez, que acababa de llegar y miraba también—. ¡Ahí está el traje! Y, alabado sea Dios, Vamenos está todavía *adentro*.

—¡No lo veo! —bizqueó Gómez, protegiéndose los ojos—. ¿Qué hace?

Martínez espió. ¡Sí! Allí, en el fondo, en la sombra, brillaba un copo de nieve, y la sonrisa idiota de Vamenos caracoleaba en lo alto, envuelta en humo.

—¡Está fumando! —dijo Martínez.

—¡Está bebiendo! —dijo Domínguez.

—Está comiendo un taco —informó Villanazul.

—Un taco jugoso —añadió Manulo.

—No —dijo Gómez—. No, no, no…

—Ruby Escuadrillo está con él.

Gómez empujó a un lado a Martínez.

—¡Déjenme ver!

¡Sí, allí estaba Ruby! Cien kilos de cequíes resplandecientes y seda negra en movimiento, y unas uñas escarlatas que aferraban el hombro de Vamenos. La cara bovina, cubierta de polvo, grasienta de lápiz de labios, se cernía sobre Vamenos.

—Ese hipopótamo —dijo Domínguez—. Está aplastando las hombreras. Miren, se le va a sentar en las rodillas.

—¡No, no, no con todo ese polvo y esa pintura! —dijo Gómez—. ¡Manulo, adentro! ¡Quítale esa copa! Villanazul, ¡el cigarro, el taco! ¡Domínguez, llévate a Ruby Escuadrillo, sácala de ahí! ¡*Ándale*, hombre!

Los tres desaparecieron, y Gómez y Martínez se quedaron boqueando, espiando por la mirilla.

—¡Manulo alza la copa, y se la bebe!

—¡Ay! ¡Y allí está Villanazul! ¡Le quitó el cigarro, y se come el taco!

—Eh, mira, Domínguez. Se lleva a Ruby. ¡Qué valiente!

Una sombra se deslizó rápidamente y bloqueó un instante la puerta del café de Murillo.

—¡Gómez! —Martínez apretó el brazo de Gómez—. Es Toro Ruiz, el amigo de Ruby Escuadrillo. Si la encuentra con Vamenos, el traje de crema helada quedará cubierto de sangre, *cubierto* de sangre…

—No me pongas nervioso —dijo Gómez—. Pronto.

Los dos corrieron. Alcanzaron a Vamenos en el instante en que Toro Ruiz se detenía a cincuenta centímetros de las solapas del maravilloso traje de crema helada.

—¡Afuera, Vamenos! —dijo Martínez.

—¡Afuera el traje! —corrigió Gómez.

Toro Ruiz, cercando a Vamenos, miró de soslayo a los dos intrusos.

Villanazul avanzó tímidamente.

Villanazul sonrió.

—No le pegues a él. Pégame a mí.

Toro Ruiz golpeó a Villanazul directamente en la nariz.

Villanazul se alejó, apretándose la nariz, y lagrimeando.

Gómez tomó a Toro Ruiz por un brazo, Martínez por el otro.

—Suéltalo, déjalo, *¡cabrón, coyote, vaca*!

Toro Ruiz retorció la tela de helado de crema, y los seis hombres sintieron una angustia mortal, y gritaron. Blasfemando, sudando, Toro Ruiz se desembarazó de todos. Cuando iba a golpear a Vamenos, Villanazul apareció otra vez, con lágrimas en los ojos.

—No le pegues, Toro. Pégame a mí.

Toro Ruiz golpeó a Villanazul en la nariz, y una silla se rompió sobre la cabeza de Toro.

—¡Ay! —dijo Gómez.

Toro Ruiz parpadeó, se tambaleó, como decidiendo si caería a la izquierda o a la derecha. Arrastró a Vamenos.

—¡Suelta! —gritó Gómez—. ¡Suelta!

Los hombres, con mucho cuidado, apartaron del traje los dedos de banana de Toro Ruiz. Un momento después, Toro Ruiz yacía en el piso.

—¡*Compadres*, por aquí!

Salieron a la calle y Vamenos se libró de las manos de los otros, con aire de dignidad ofendida.

—Bueno, bueno. Todavía no venció el plazo. Me quedan dos minutos y, a ver… diez segundos.

—¡Cómo! —dijeron todos.

—Vamenos —dijo Gómez—, ¿dejas que una vaca de Guadalajara se te suba encima, te peleas, fumas, bebes, comes tacos, y aun dices que tu tiempo no pasó todavía?

—Me quedan dos minutos y un segundo.

Una voz femenina llamó desde el extremo de la calle. —¡Eh, Vamenos, qué guapo estás!

Vamenos sonrió y se abotonó el saco.

—¡Es Ramona Álvarez! ¡Ramona, espera!

Vamenos se dispuso a cruzar la calle.

—Vamenos —suplicó Gómez—. ¿Qué puedes hacer en un minuto y —miró el reloj— cuarenta segundos?

—¡Ya verás! ¡Eh, Ramona!

Vamenos galopó.

—Vamenos, cuidado.

Vamenos, sorprendido, dio media vuelta, vio un coche, oyó el chirrido de los frenos.

—No —dijeron los cinco hombres en la vereda.

Martínez oyó el impacto y trastabilló. Alzó la cabeza. Parece ropa blanca, pensó, que vuela por el aire. Bajó la cabeza.

Ahora se oía a sí mismo y a cada uno de los hombres: todos emitían un sonido distinto. Algunos tragaban demasiado aire. Otros lo dejaban salir. Algunos se ahogaban. Otros mascullaban. Algunos clamaban justicia. Algunos se cubrían las caras. Martínez sintió una angustia en el corazón. No podía dar un paso.

—No quiero vivir —dijo Gómez en voz baja—. Mátame tú, cualquiera.

Martínez miró hacia abajo y les ordenó a sus pies que caminaran, arrastrándose, uno detrás de otro. Tropezó con los demás, que trataban de correr. Corrieron al fin y de algún modo vadearon una calle que era como un río profundo y miraron el cuerpo de Vamenos.

—¡Vamenos! —dijo Martínez—. ¡Estás vivo!

Tendido de espaldas, con la boca abierta, los ojos muy cerrados, Vamenos movió la cabeza hacia atrás y adelante, atrás y adelante, gimiendo.

—¡Dime, dime, oh, dime, dime!

—¿Que te diga qué, Vamenos?

Vamenos apretó los puños, apretó los dientes.

—¡El traje, qué le hice al traje, el traje, el traje!

Los hombres se agacharon más.

—Vamenos, está… bueno, está perfectamente.

—¡Mientes! —dijo Vamenos—. Está roto, tiene que estar roto, por todas partes, por abajo.

—No.

Martínez se arrodilló y tocó aquí y allá.

—Vamenos, por arriba, por abajo, por todas partes, está todo bien.

Vamenos abrió los ojos y dejó que las lágrimas le corrieran libremente.

—Un milagro —sollozó—. ¡Alabados sean los santos!

Se tranquilizó.

—¿Y el coche?

—Te golpeó y huyó. —Gómez recordó de pronto y miró la calle desierta—. Por suerte no se detuvo. Hubiéramos…

Todos escucharon.

A lo lejos, gemía una sirena.

—Alguien telefoneó pidiendo una ambulancia.

—Pronto —dijo Vamenos, poniendo los ojos en blanco—. Levántenme. ¡Sáquenme nuestra chaqueta!

—Vamenos…

—¡Cállense, idiotas! —gritó Vamenos—. ¡La chaqueta, eso es! Ahora los pantalones, pronto, peones, pronto. Esos doctores. ¿Vieron en las películas? Te sacan los pantalones abriéndolos con navajas. No les importa. Son maniáticos. Ah, Dios, ¡pronto, pronto!

La sirena vociferaba.

Los hombres, despavoridos, tironeaban de Vamenos todos a la vez.

—¡La pierna derecha, despacio; apúrense, vacas! Bueno, la izquierda, ahora, la izquierda, ¿me oyen? ¡Allí, despacio, despacio! ¡Oh, Dios! ¡Pronto! ¡Martínez, tus pantalones, sácatelos!

—¿Qué?

La sirena ululó.

—¡Imbécil! —lloriqueó Vamenos—. ¡Todo está perdido! Tus pantalones. ¡Dámelos!

Martínez se tironeó la hebilla del cinturón.

—¡Acérquense! ¡Un círculo!

Pantalones oscuros, pantalones claros ondearon en el aire.

—¡Pronto, aquí vienen los maniáticos con sus navajas! ¡Pierna derecha, pierna izquierda, así!

—¡El cierre, vacas, súbanme el cierre! —balbuceó Vamenos.

La sirena se extinguió.

—*Madre mía*, sí, a tiempo, justo a tiempo. Ya llegan. —Vamenos se tendió de espaldas y cerró los ojos—. *Gracias*.

Los enfermeros pasaron entre los hombres. Martínez se dio vuelta, abrochándose, impasible, los pantalones blancos.

—Una pierna rota —dijo un enfermero mientras ponían a Vamenos en una camilla.

—*Compadres* —dijo Vamenos—, ¡no se enojen conmigo!

Gómez resopló.

—¿Quién está enojado?

En la ambulancia, la cabeza caída hacia atrás, contemplando a los otros de arriba abajo, Vamenos titubeó.

—*Compadres*, cuando… cuando salga del hospital… ¿estaré todavía en el asunto? ¿No me echarán? Miren, dejaré de fumar, no volveré a pisar lo de Murillo, renunciaré a las mujeres…

—Vamenos —dijo Martínez, dulcemente—, no prometas nada.

Vamenos, boca arriba, con los ojos húmedos, vio allí a Martínez, blanquísimo ahora contra las estrellas.

—Oh, Martínez, estás guapo por cierto con ese traje. *Compadres*, ¿no es cierto que está *hermoso*?

Villanazul trepó a la ambulancia al lado de Vamenos. La puerta se cerró de golpe. Los otros cuatro hombres observaron la ambulancia que se alejaba.

Luego, Martínez, dentro del traje blanco, fue escoltado cuidadosamente hasta el cordón de la acera.

Ya en la casa, Martínez sacó el líquido quitamanchas y los otros lo rodearon y le dijeron cómo limpiar el traje, y, luego, cómo no calentar demasiado la plancha, y cómo planchar las solapas, y los pliegues, y todo. Cuando el traje estuvo limpio y sin arrugas, y parecía una gardenia recién abierta, lo pusieron de nuevo en el maniquí.

—Las dos de la mañana —murmuró Villanazul—. Espero que Vamenos duerma bien. Cuando lo dejé en el hospital, tenía buen aspecto.

Manulo carraspeó.

—Nadie más saldrá esta noche con el traje, ¿eh?

Los demás le clavaron los ojos.

Manulo se sonrojó.

—Quiero decir… es tarde. Y estamos cansados. Que nadie use el traje durante cuarenta y ocho horas, ¿eh? Le daremos un descanso. Claro. Bueno, ¿dónde dormimos?

El calor en el cuarto era ahora insoportable, y llevaron el maniquí hasta el pasillo, y también unas almohadas y mantas. Subieron las escaleras hacia la terraza de la casa. Allí, pensó Martínez, está el viento fresco, y el sueño.

Mientras subían, pasaron frente a una docena de puertas abiertas: los inquilinos traspiraban, desvelados, jugando a las cartas, bebiendo soda, apantallándose con revistas de cine.

Me pregunto, pensó Martínez, me pregunto… ¡Sí! En el cuarto piso había una puerta abierta.

La hermosa muchacha miró a los hombres que pasaban. Usaba anteojos y cuando vio a Martínez se los arrancó y los escondió debajo de un libro.

Los otros siguieron, sin advertir que habían perdido a Martínez, que parecía clavado a la puerta abierta. Durante largo rato, no pudo decir una palabra. Al fin susurró:

—José Martínez.

—Celia Obregón —dijo la muchacha.

Y luego los dos callaron.

Martínez oyó a los hombres que se movían en el tejado. Echó a andar.

—Lo vi, esta noche —dijo la joven rápidamente.

Martínez volvió.

—El traje —dijo.

—El traje —dijo la joven, y después de una pausa—: Pero no es el traje.

—¿Eh? —dijo Martínez.

La joven levantó el libro y le mostró los anteojos que tenía en el regazo. Tocó los cristales.

—No veo bien. Tal vez usted piense que debo usar mis anteojos, pero no. Hace años que ando así, escondiéndolos, sin ver nada. Pero esta noche veo, aun sin anteojos. Una blancura inmensa allá abajo en la oscuridad. ¡Tan blanca! Me puse en seguida los anteojos.

—El traje, como dije —comentó Martínez.

—El traje, sí, un momento, pero había otra blancura arriba del traje.

—¿Otra?

—¡Los dientes! ¡Oh, qué dientes blancos, y cuántos!

Martínez se llevó la mano a la boca.

—¡Y tan feliz, señor Martínez! —dijo la muchacha—. No he visto nunca una cara tan feliz ni una sonrisa como la suya.

—Ah —le dijo Martínez, incapaz de mirarla ahora,

sonrojándose.

—De modo que ya ve —dijo la joven tranquilamente—. El traje me llamó la atención, sí, la blancura colmaba la noche, en la calle. Pero los dientes eran mucho más blancos, y ahora, me he olvidado del traje.

Martínez se sonrojó de nuevo. La joven también parecía abrumada por lo que acababa de decir. Se puso otra vez los anteojos, y luego se los quitó, nerviosamente, y los escondió como antes. Se miró las manos, y en seguida miró la puerta, por encima de la cabeza de Martínez.

—¿Puedo…? —dijo Martínez al fin.

—Puede…

—¿Puedo venir a verla la próxima vez, cuando me toque usar el traje?

—¿Por qué tiene que esperar el traje? —dijo la joven.

—Pensé que…

—No necesita el traje.

—Pero…

—Si fuera sólo eso —dijo la muchacha— todos estarían bien con el traje. Pero no, yo miraba esta noche. Vi a muchos hombres con ese traje, distintos todos. De modo que ya le dije, no necesita esperar el traje.

—*¡Madre mía, madre mía*! —exclamó Martínez, feliz Y luego, más sereno—: Necesitaré el traje algún tiempo. Un mes, seis meses, un año. Me siento inseguro. Tengo miedo de muchas cosas. Soy joven.

—Así tiene que ser —dijo la muchacha.

—Buenas noches, señorita…

—Celia Obregón.

—Celia Obregón —dijo Martínez y se alejó de la puerta.

Los demás aguardaban en la terraza. Martínez subió por la puerta trampa, y vio que habían puesto el maniquí con el traje en el centro y las mantas y almohadas alrededor. Y ahora estaban acostados. Allá arriba, cerca del cielo, soplaba un fresco viento nocturno.

Martínez se detuvo junto al traje blanco, y le acarició las solapas, susurrando entre dientes.

—Ay, *caramba*, qué noche. Parece que hubieran pasado diez años desde las siete, cuando esto empezó, y no tenía amigos. Dos de la mañana, tengo toda clase de amigos. —Hizo una pausa y pensó: Celia Obregón, Celia Obregón—. Toda clase de amigos —prosiguió—. Tengo una habitación, tengo ropa. ¿Saben una cosa? —Miró alrededor, a los hombres acostados en el tejado—. Es curioso. Cuando me pongo este traje, sé que ganaré al billar como Gómez. Que una mujer me mirará, como a Domínguez. Que sé cantar dulcemente como Manulo. Que sabré hablar de alta política, como Villanazul, y que soy fuerte, como Vamenos. ¿Y entonces? Entonces, esta noche soy más que Martínez. Soy Gómez, Manulo, Domínguez, Villanazul, Vamenos. Soy todos. Ay… Ay…

Se quedó un rato más junto al traje que era muchas maneras de sentarse, o de levantarse, o de caminar. Ese traje que podía andar nerviosamente como Gómez, o reflexivamente como Villanazul, o flotando de un lado a otro como Domínguez, que nunca pisaba el suelo, que siempre encontraba un viento que lo llevaba a alguna parte. Ese traje que les pertenecía a todos pero que también los contenía a todos. Ese traje que era… ¿qué? Un cortejo.

—Martínez —dijo Gómez—. ¿Te duermes?

—Sí. Estoy pensando.

—¿En qué?

—Si un día nos hacemos ricos —murmuró Martínez—, será un poco triste. Porque entonces todos tendremos trajes. Y no habrá más noches como esta noche. No estaremos juntos. No será como antes.

Los hombres, acostados, reflexionaron.

Gómez asintió, lentamente.

—Sí, no será como antes…

Martínez se acostó sobre la manta. En la sombra, junto con los demás, observó la terraza y el maniquí, que era la vida de muchos hombres.

Y los ojos de los hombres brillaban, resplandecían, mirando en la oscuridad las luces de neón de los edificios vecinos que se encendían y se apagaban, se encendían y se apagaban, mostrando y ocultando, mostrando y ocultando el maravilloso traje blanco de helado de crema de vainilla.

Sueño de fiebre

Lo habían puesto entre sábanas tersas, limpias, recién lavadas. Sobre la mesa, bajo la luz rosada del velador, había siempre un vaso de jugo de naranja, espeso y fresco. Bastaba que Charles llamase para que papá y mamá asomaran en seguida las cabezas y vieran cuán enfermo estaba. La acústica del cuarto era buena; se oían las gárgaras de la garganta enlozada, en el cuarto de baño, a la mañana; la lluvia que repiqueteaba en el techo, los ratones sigilosos que se escurrían entre paredes secretas, o el canario que cantaba en la planta baja. Si uno prestaba atención, no era tan malo estar enfermo.

Septiembre avanzaba y las tierras ardían en el otoño. Charles tenía trece años. Llevaba tres días en cama cuando sintió por primera vez aquel terror.

La mano le empezó a cambiar. La mano derecha. Charles la miraba y la mano estaba caliente y sudorosa, allí, sola, sobre el cubrecama. Tembló de pronto, sacudiéndose levemente. Luego se quedó quieta y cambió de color.

Esa tarde vino el doctor y le golpeó el pecho, delgado como el parche de un tambor pequeño.

—¿Cómo estás? —preguntó el doctor sonriendo—. Ya lo sé, no me lo digas: «El resfrío está bien, doctor, pero yo me siento horriblemente». ¡Ja, ja!

El médico se rió de su propia broma, tantas veces repetida.

Para Charles, allí, acostado, esa bufonada terrible y vieja era ya, casi, una realidad. La broma se le deslizó en la mente. La mente se apartó sintiendo un terror pálido. El doctor no entendía cuán crueles eran esas bromas.

—Doctor —murmuró Charles, abatido y descolorido—. La mano, ya no es mi mano. Esta mañana se convirtió en otra cosa. Quiero que usted me la cambie de nuevo. ¡Doctor, doctor!

El doctor mostró los dientes y le acarició la mano.

—Yo la veo bien, hijo. Soñaste, nada más. Fue un sueño de la fiebre.

—Pero cambió, doctor, oh, doctor —gritó Charles alzando penosamente la mano agitada y pálida—. ¡Cambió!

El doctor guiñó un ojo.

—Te daré una píldora rosada para eso. —Puso una tableta sobre la lengua de Charlie—. ¡Traga!

—¿Hará que mi mano cambie y sea yo otra vez?

—Sí, sí.

Había silencio en la casa cuando el doctor se alejó en el automóvil, bajo el cielo de septiembre, tranquilo y azul. Lejos, en la planta baja, en el mundo de la cocina, sonaba el tic-tac de un reloj. Charles, acostado, se miraba la mano.

No era aún como antes. Seguía siendo otra cosa.

Afuera soplaba el viento. Las hojas golpeaban los vidrios fríos.

A las cuatro le cambió la otra mano. Parecía casi una fiebre. Latía y se trasformaba, célula a célula. Palpitaba como un corazón caliente. Las uñas se le pusieron azules, y luego rojas. Tardó casi una hora en cambiar, y al fin pareció casi una mano como todas. Pero no era como todas. Ya no era él. Charles, tendido, inmóvil, fascinado y horrorizado a la vez, cayó en un sueño pesado.

A las seis mamá trajo la sopa. Charlie no la tocó.

—No tengo manos —dijo con los ojos cerrados.

—Tus manos están perfectamente bien —dijo mamá.

—No —gimió Charlie—. No tengo manos. Me siento como si tuviese muñones. Oh, papá, mamá, ayúdame, ayúdame, estoy muy asustado.

Mamá tuvo que darle de comer.

—Mamá —dijo Charlie—, llama al doctor, otra vez. Sé buena. Estoy tan enfermo…

—El doctor vendrá esta noche, a las ocho —dijo mamá, y salió del cuarto.

A las siete, la noche envolvía la casa. Charles, sentado en la cama, sintió que se le trasformaba una pierna, y luego la otra.

—¡Mamá! ¡Ven, pronto! —gritó.

Pero cuando mamá llegó ya no pasaba nada.

Mamá se fue; y Charlie, otra vez acostado, ya no luchó mientras las piernas le latían y latían, se calentaban al rojo, y el calor de ese cambio febril se difundía por el cuarto. El fuego le trepó de los dedos a los tobillos, y de los tobillos a las rodillas.

—¿Puedo entrar?

El doctor sonreía, en el vano de la puerta.

—¡Doctor! —gritó Charles—. Pronto, ¡levante las mantas!

El doctor levantó pacientemente las mantas.

—Ya veo. Sano y fuerte. Estás sudando, sin embargo. Un poco de fiebre. Te dije que no te movieras, criatura. —Pellizcó la húmeda mejilla rosada—. ¿Te hicieron bien las píldoras? ¿Se te curó la mano?

—No, no; ahora es también la otra mano y las piernas.

—Bueno, bueno, tendré que darte tres píldoras más, una para cada extremidad, ¿eh, mi muchachito? —rió el médico.

—¿Me harán bien? Doctor, por favor, por favor, ¿qué tengo?

—Una escarlatina leve, complicada con un resfrío.

—¿Es un germen que vive y tiene en mí más gérmenes?

—Sí.

—¿Está seguro que esto es una escarlatina? ¡No hizo ningún análisis!

—Bueno, algo sé de enfermedades —dijo el doctor secamente tomándole el pulso al niño.

Charles se quedó acostado, sin hablar, hasta que el doctor empezó a guardar los instrumentos en el maletín negro. Entonces, en el cuarto silencioso la voz de Charles se alzó en un débil sonido. Habló con los ojos brillantes, recordando.

—Leí un libro una vez. Trataba de árboles petrificados. Decía cómo caían los árboles y se pudrían, y los minerales se metían en la madera y crecían, y entonces parecían árboles, pero no, eran piedras.

En el cuarto tranquilo y caldeado, el médico oyó la respiración

de Charles.

—¿Y bien? —preguntó.

—Estuve pensando —dijo Charles al cabo de un rato—. ¿Crecen los gérmenes? Quiero decir: en la clase de biología nos hablaron de animales unicelulares, amebas y otras cosas, que hace millones de años se juntaron y formaron el primer cuerpo. Y luego se juntaron más células y crecieron y así nació un pez y al fin aparecimos nosotros. Y todos nosotros somos un montón de células que se juntaron para ayudarse, ¿no es así?

Charles se humedeció los labios. El médico se inclinó sobre la cama.

—¿De qué hablas?

—Tengo que decírselo, doctor, oh, sí, ¡tengo que decírselo! —exclamó Charles—. ¿Qué pasaría, eh, piense, por Dios, qué pasaría si unos microbios se juntaran otra vez como en los tiempos antiguos, y luego, reproduciéndose?…

Charles tenía ahora las manos sobre el pecho, y las manos se le movían, trepando.

—¡Y decidieran ocupar una persona! —gritó Charles.

—¿Ocupar una persona?

—Sí, trasformarse en una persona. En mí, en mis manos, ¡en mis pies! ¿Qué sucedería si una enfermedad supiera cómo matar a una persona y luego seguir viviendo?

Charles chilló.

Tenía las manos en el cuello.

El doctor se adelantó, gritando.

A las nueve el padre y la madre escoltaron al doctor hasta el automóvil, le dieron el maletín y se quedaron conversando en el frío viento nocturno.

—Cuiden que tenga las manos atadas a las piernas —dijo el doctor—. No quiero que se lastime.

La madre retuvo un momento el brazo del médico.

—¿Mejorará, doctor?

El doctor le palmeó el hombro.

—¿No soy acaso el médico de la familia, desde hace treinta años? Es la fiebre. Se imagina cosas.

—Pero esas lastimaduras en el cuello, por poco se estrangula.

—Manténgalo atado. Mañana estará bien.

El coche se alejó por el oscuro camino de septiembre.

A las tres de la mañana, Charles estaba todavía despierto en el cuarto en sombras. Sentía la cama húmeda bajo la cabeza y la espalda. Se le estaba trasformando el cuerpo. No se movía, y miraba el vasto cielo raso desierto con una concentración demente. Durante un rato había gritado, debatiéndose, pero ahora estaba débil y ronco, y la madre se había levantado varias veces a refrescarle la frente con una toalla mojada. Ahora yacía en silencio, con las manos atadas a las piernas.

Sentía el cambio en las paredes del cuerpo y en los órganos. Los pulmones le ardían como fuelles encendidos de alcohol rosado. El cuarto parecía iluminado por el resplandor trémulo de una hoguera.

Ahora ya no tenía cuerpo. Todo había desaparecido. El cuerpo estaba ahí, debajo, pero parecía la inmensa pulsación de una droga ardiente y letárgica. Era como si una guillotina lo hubiese separado limpiamente de la cabeza, que yacía brillante sobre la almohada de medianoche, y el cuerpo, abajo, vivo, perteneciese a algún otro. La enfermedad había devorado el cuerpo, reproduciéndolo luego en un doble afiebrado. Allí estaba el vello de las manos, y las uñas y las cicatrices y los dedos de los pies, y el lunar en la cadera derecha, todo de nuevo y perfecto.

Estoy muerto, pensó Charles. Me han matado, y sin embargo todavía vivo. Mi cuerpo está muerto, es todo enfermedad, y nadie lo sabrá nunca. Caminaré y no seré yo, seré otra cosa. Seré algo dañino, maligno, tan poderoso y maligno que es casi inconcebible. Algo que se comprará zapatos y beberá agua y se casará algún día, quizá, y que hará en el mundo un daño que nadie hizo hasta ahora.

El calor le invadía el cuello, las mejillas, como un vino caliente. Sentía los labios, los párpados como hojas en llamas. Las ventanas de la nariz espiraban débiles fuegos azules.

Esto será todo, pensó. Se me meterá en la cabeza y en el cerebro y me cambiará los ojos y todos los dientes y las huellas del cerebro y todos los pelos y los pliegues de las orejas, y no quedará nada de mí.

Sintió que el cerebro se le llenaba de mercurio caliente. Sintió que el ojo izquierdo se le enroscaba como un caracol, se retraía, se trasformaba. Estaba ciego del ojo izquierdo, ya no le pertenecía. Había pasado a territorio enemigo. Había perdido la lengua, no la sentía ya. La mejilla derecha se le había dormido. El oído izquierdo dejó de oír. Ya era de otro. De esa cosa que estaba haciendo, de ese mineral que reemplazaba a la madera, de esa enfermedad que sustituía a la célula animal sana.

Trató de gritar y consiguió gritar, con una voz aguda y ronca, en el cuarto, cuando ya le zozobraba el cerebro y perdía el ojo derecho y el oído derecho y quedaba ciego y sordo, todo llamas, todo terror, todo pánico, todo muerte.

El grito cesó antes que la madre entrara corriendo en el cuarto.

Era una mañana clara y hermosa y el viento ayudó al doctor a subir por el sendero que llevaba a la casa. Arriba, en la ventana, estaba el niño, de pie, totalmente vestido. No contestó cuando el doctor lo saludó con la mano y gritó:

—¿Qué es esto? ¿Levantado? ¡Santo Dios!

Corriendo casi, el doctor, subió las escaleras y entró jadeando en el cuarto.

—¿Qué haces levantado? —le preguntó al niño. Le auscultó el pecho delgado, le tomó el pulso y la temperatura—. ¡Increíble! ¡Absolutamente increíble! Sano. Sano. ¡Dios!

—Nunca más me enfermaré —declaró el niño firmemente, siempre de pie, mirando hacia afuera por la ventana abierta—. Nunca.

—Así lo espero. Pero Charles, tienes muy buen aspecto.

—¿Doctor?

—¿Sí, Charles?

—¿Puedo ir a la escuela, ahora?

—Mañana, espera a mañana. ¿Por qué esa prisa?

—Me gusta la escuela. Y los chicos. Quiero jugar con ellos, y pelear con ellos, y escupirles, y tironear las trenzas a las chicas y estrecharle la mano a la maestra y frotarme las manos en todos los abrigos del guardarropa, y quiero crecer y viajar y casarme y tener muchos hijos, ir a las bibliotecas y ver libros y…, ¡quiero hacer todo

eso! —dijo el niño con la mirada fija en la mañana de septiembre—. ¿Cómo me llamó usted?

—¿Qué dices? —preguntó el doctor, perplejo—, Charles, no te he llamado de ningún otro modo.

El chico se encogió de hombros.

—Mejor eso en vez de ningún nombre, supongo.

—Me alegra que quieras volver a la escuela —dijo el doctor.

—Tengo muchas ganas —sonrió el niño—. Gracias por su ayuda, doctor. Déme la mano.

—Con mucho gusto. Se dieron la mano, gravemente, y el viento claro sopló por la ventana abierta. Se estrecharon la mano casi un minuto, el chico sonriéndole al viejo, dándole las gracias.

Después, riendo, el chico corrió con el doctor escaleras abajo y luego hacia el automóvil. El padre y la madre los siguieron para asistir a la feliz despedida.

—¡Fuerte como un roble! —dijo el doctor—. ¡Increíble!

—Sí, fuerte —dijo el padre—. Se desató anoche, solo. ¿No es verdad, Charles?

—¿Sí? —dijo el niño.

—¡Te desataste! ¿Cómo?

—Oh —dijo el niño—, eso fue hace mucho tiempo.

—¡Hace mucho tiempo!

Todos se rieron y mientras se reían, el niño, en silencio, movió el pie descalzo y rozó apenas unas hormigas rojas que se escurrían por la acera. Secretamente, con los ojos brillantes, mientras los padres y el viejo doctor conversaban, vio que las hormigas vacilaban, se estremecían y se quedaban quietas sobre el cemento. Sintió que estaban frías ahora.

—¡Adiós!

El doctor partió saludando con la mano.

El chico caminó delante de los padres, mirando a lo lejos, hacia la ciudad, y empezó a tararear una canción: *Los días felices de la escuela*.

—Qué alegría verlo sano otra vez —dijo el padre.

—Escúchalo, sueña con ir otra vez a la escuela.

El chico se volvió, en silencio. Abrazó al padre y a la madre, con fuerza. Los besó varias veces.

Luego, sin una palabra, subió la escalera y entró en la casa.

En el vestíbulo, antes que llegaran los otros, abrió rápidamente la puerta de la jaula, metió la mano, y acarició al canario amarillo, *una vez*.

Luego cerró la puerta de la jaula, dio un paso atrás, y esperó.

La componedora de matrimonios

A la luz del sol, la cabecera era como una fuente, y se alzaba en penachos de luz clara. Había allí figuras de leones y gárgolas y machos cabríos barbudos. Era algo pavoroso, aun a medianoche, cuando Antonio se sentaba en la cama, y se desataba los cordones de los zapatos, y extendiendo la manaza callosa tocaba el arpa brillante. Luego, se arrojaba en esa fabulosa máquina de sueños, y allí, acostado, respiraba pesadamente sintiendo que se le cerraban los ojos.

—Todas las noches —dijo la voz de su mujer— dormimos en la boca de una calíope.

La queja lo sacudió. Se quedó tendido largo rato antes de atreverse a acariciar con las endurecidas puntas de los dedos el metal frío de la cabecera laberíntica, las cuerdas de esa lira que había cantado tantos cánticos ardientes y hermosos, a lo largo de los años.

—No es una calíope —dijo.

—Grita como una calíope. Millones y millones de personas, en todo el mundo, duermen en camas, esta noche. ¿Por qué no nosotros, les pregunto a los santos?

—Es una cama —dijo Antonio con dulzura, tañendo detrás de su cabeza, en el arpa de bronce, un pequeño arpegio. Para él, el arpegio era *Santa Lucía*.

—Esta cama tiene jibas como si debajo hubiese un rebaño de camellos.

—Vamos, mamá —dijo Antonio. Cuando estaba enojada la llamaba mamá, aunque no tenían hijos—. Nunca fuiste así —prosiguió— hasta hace seis meses cuando esa mujer de abajo, la

señora Brancozzi, compró una cama nueva.

—La cama de la señora Brancozzi —dijo María melancólicamente—. Es como la nieve. Lisa y blanca y suave.

—¡No quiero ninguna maldita nieve, lisa, blanca y suave! —gritó Antonio, colérico—. Estos elásticos… tócalos. Me conocen. Saben que a esta hora de la noche yo me acuesto *así*, a las dos de la mañana, *¡así*! Y a las tres así, y a las cuatro *así*. Somos como volatineros, hace años que trabajamos juntos y conocemos todas las caídas, y todos los puntos de apoyo.

María suspiró.

—A veces —dijo— sueño que estamos en la máquina de hacer melcocha de la dulcería de Bartole.

—Esta cama —anunció Antonio a la oscuridad— ¡sirvió a nuestra familia desde antes de Garibaldi! De este solo manantial nacieron distritos enteros de honrados electores, un escuadrón de sanos y honrados militares, dos confiteros, un barbero, cuatro segundos tenores para *Il Trovatore* y *Rigoletto*, ¡y dos genios tan complejos que nunca supieron qué hacer con sus vidas! Sin olvidar a todas las mujeres hermosas que decoraron salones de baile. ¡Un cuerno de la abundancia, esta cama! Una verdadera cosechadora.

—Hace dos años que estamos casados —dijo María dominándose, con una voz temblorosa—. ¿Dónde están *nuestros* segundos tenores para *Rigoletto*, nuestros genios, nuestros decorados para los salones de baile?

—Paciencia, mamá.

—¡No me llames mamá! Esta cama está demasiado ocupada en halagarte a ti durante toda la noche, y nunca hizo nada por mí. ¡Ni siquiera una *hija*!

Antonio se incorporó.

—Has permitido que las mujeres de la casa te echaran a perder hablando de dólares ahorrados, dólares semanales. ¿Tiene hijos la señora Brancozzi? ¿Ella y su cama nueva? Han pasado ya cinco meses.

—¡No! ¡Pero los tendrá *pronto*! La señora Brancozzi dice… ¡Y la cama nueva es tan hermosa!

Antonio se echó en la cama y tironeó de las cobijas. La cama aulló como las Furias que cruzan el cielo nocturno y se pierden en

la aurora.

La luna cambió el dibujo de la ventana en el piso. Antonio despertó. María no estaba en la cama.

Se levantó y espió por la puerta entreabierta del cuarto de baño. María, de pie frente al espejo, se miraba el rostro fatigado.

—No me siento bien —dijo.

—Discutimos. —Antonio extendió la mano para acariciarla—. Perdóname. Lo pensaremos. Lo de la cama, quiero decir. Veremos qué pasa con el dinero. Y si mañana no estás bien, vé a ver al doctor, ¿eh? Ahora, vuelve a la cama.

Al día siguiente, a mediodía, Antonio dejó el aserradero y fue a mirar el escaparate de las camas nuevas; las cobijas apartadas invitaban a dormir.

—Soy una bestia —murmuró entre dientes.

Consultó el reloj. A esa hora, María iría a ver al médico. Había estado como leche fría esa mañana, y él le había dicho que viera al médico. Caminó hasta la dulcería y observó la máquina de hacer melcocha que plegaba, enroscaba, estiraba. ¿Gritará la melcocha?, se preguntó. Tal vez, pero tan alto que no podemos oírla. Se echó a reír. Luego, en la melcocha estirada, vio a María. Frunciendo el ceño, dio media vuelta y caminó hasta la casa de los muebles. No. Sí. No. ¡Sí! Apretó la nariz contra el vidrio helado. Cama, pensó, tú, que estás ahí, cama nueva, ¿me *conoces*? ¿Serás buena, de noche, con mi espalda?

Sacó lentamente la billetera y espió el dinero. Suspiró, contempló largo rato la lisa cabecera de mármol, el enemigo desconocido, la cama nueva. Luego, hundiendo los hombros, entró en la mueblería, con el dinero en la mano.

—¡María!

Subió de dos en dos los escalones, corriendo. Eran las nueve de la noche, y había dejado el trabajo extra en el aserradero. Sonrió, y se precipitó por la puerta abierta.

No había nadie en la casa.

—Ah —dijo decepcionado.

Puso el recibo de la cama nueva sobre el escritorio para que

María lo viera al entrar. Cuando él trabajaba hasta más tarde, María visitaba a las vecinas de la planta baja.

Iré a buscarla, pensó, y se detuvo. No. Quiero decírselo a solas. Esperaré. Se sentó en la cama.

—Vieja cama —dijo—, adiós. Perdóname.

Acarició nerviosamente los leones de bronce y se paseó por el cuarto. Ven, María. Imaginó la sonrisa de María.

Escuchó esperando oír los pasos rápidos en la escalera. Alguien subía despacio, tranquilamente. No es mi María, pensó, tan lenta, no, no es ella.

El picaporte giró.

—¡María!

—¡Volviste temprano! —María sonreía, feliz. ¿Habría adivinado? ¿Lo llevaré escrito en la cara?, pensó Antonio—. Estuve abajo —dijo María—, ¡diciéndoselo a todos!

—¿Diciéndoselo a todos?

—¡El doctor! ¡Fui a ver al doctor!

—¿Al doctor? —Antonio estaba desconcertado—. ¿Y?

—Y, papá, y…

—Quieres decir… ¿Papá?

—¡Papá, papá, papá, papá!

—Oh —dijo Antonio tiernamente—, por eso subías con tanto cuidado.

La abrazó, aunque no demasiado fuerte, y le besó las mejillas, y cerró los ojos y sollozó. Luego tuvo que ir a despertar a algunos vecinos y contarles, sacudirlos, y contarles otra vez. Un vinito inevitable, un vals cuidadoso, un abrazo, un estremecimiento, besos en la frente, en los párpados, en la nariz, en los labios, en las sienes, las orejas, el pelo, la barbilla… y luego… era ya medianoche.

—Un milagro —suspiró Antonio.

Estaban otra vez solos en el cuarto. La gente que había estado allí un minuto antes, riéndose, hablando, había templado el aire. Pero ahora estaban de nuevo solos.

Cuando apagó la luz, Antonio vio el recibo sobre el escritorio. Azorado, trató de decidir de qué manera sutil y deliciosa sorprendería a María con esa otra noticia.

María estaba sentada en el borde de la cama en la oscuridad,

hipnotizada de asombro. Movía las manos como si su cuerpo fuese una muñeca extraña, de partes separadas; y ahora había que armarla otra vez, pieza por pieza. Se movía muy lentamente como si viviese bajo un mar tibio, a medianoche. Al fin, tratando de no quebrarse, se apoyó en la almohada.

—María, tengo algo que decirte.

—¿Sí? —preguntó María con voz apagada.

—Ahora que estás como estás. —Le estrechó la mano—. Mereces las comodidades, el descanso, la belleza de una cama nueva.

María no lloró de felicidad ni lo miró ni lo abrazó. Guardó un silencio pensativo.

Antonio se sintió obligado a continuar.

—Esta cama no es más que un órgano, una calíope.

—Es una cama —dijo María.

—Debajo de la cama hay un rebaño de camellos.

—No —dijo María en voz baja—. De aquí nacieron distritos enteros de honrados electores, capitanes suficientes para tres ejércitos, dos bailarinas, un abogado famoso, un policía altísimo y siete cantantes: bajos, tenores y sopranos.

A la media luz del cuarto, Antonio miró el recibo sobre el escritorio. Tocó el colchón gastado. Los elásticos se movieron suavemente preparándose para reconocer cada miembro, cada músculo fatigado, cada hueso dolorido. Antonio suspiró.

—Nunca discuto contigo, pequeña.

—Mamá —dijo María.

—Mamá —repitió Antonio.

Y luego, cuando Antonio cerró los ojos y se subió las cobijas hasta el pecho, y se tendió en la oscuridad al pie de la fuente, ante un jurado de feroces leones metálicos y machos cabríos ambarinos y gárgolas sonrientes, escuchó. Y oyó. Al principio era algo remoto, incierto, pero que fue aclarándose poco a poco.

Dulcemente, con el brazo por encima de la cabeza, las puntas de los dedos de María empezaron a tocar una pequeña danza en las brillantes cuerdas del arpa, en los barrotes centelleantes de la vieja cama. La música era… sí, por supuesto: *Santa Lucía*. Los labios de Antonio se movieron en un suave murmullo. *¡Santa Lucía! ¡Santa Lucía*!

Era una música muy hermosa.

El pueblo donde no baja nadie

Atravesando el territorio de los Estados Unidos, de noche, de día, en tren, se pasa como un relámpago por pueblos desiertos donde no baja nadie. Es decir, nadie que no sea de allí, nadie que no tenga raíces en esos cementerios rurales se toma jamás la molestia de visitar las estaciones solitarias, o de prestar atención a los paisajes solitarios.

Yo hablaba de esto con un compañero de viaje, viajante también, en el tren de Chicago a Los Ángeles, mientras cruzábamos Iowa.

—Es cierto —dijo el hombre—, la gente baja en Chicago; allá bajan todos. La gente baja en Nueva York, Boston, en Los Ángeles. Los que no viven allí van a ver, y vuelven para contar. ¿Pero qué turista bajó alguna vez en Fox Hill, Nebraska, para *verla*? ¿Usted? ¿Yo? ¡No! No conozco a nadie, no tengo negocios allí, no es un sitio saludable, y entonces, ¿para qué?

—¿No sería un cambio fascinante —dije— planear de pronto unas vacaciones realmente distintas? ¿Elegir una aldea perdida de las llanuras, donde uno no conozca a nadie e ir allí porque sí?

—Se moriría usted de aburrimiento.

—¡No me aburre pensarlo! —Espié por la ventanilla—. ¿Qué estación es la próxima?

—Rampart. Junction.

Sonreí.

—Suena bien. Podría bajar ahí.

—Es usted un mentiroso y un tonto. ¿Qué busca? ¿Aventuras? ¿Romance? Vaya, salte del tren. Diez segundos después se dirá que ha sido un idiota, tomará un taxi y nos perseguirá hasta el pueblo

próximo.

—Puede ser.

Observé el vertiginoso desfile de los postes telefónicos, uno tras otro, uno tras otro. Lejos, los contornos borrosos de un poblado.

—Sin embargo, no lo creo —me oí decir.

El viajante me miró, ligeramente sorprendido.

Pues lenta, muy lentamente, yo empezaba a ponerme de pie. Busqué mi sombrero. Noté que mi mano buscaba a tientas mi única maleta. Yo mismo estaba sorprendido.

—¡Espere! —dijo el viajante—. ¿Qué hace?

De pronto, el tren entró en una curva. Me tambaleé. A la distancia vi la cúpula de una iglesia, un bosque frondoso, un campo de trigo estival.

—Parece que voy a bajar del tren —dije.

—Siéntese —dijo mi compañero.

—No —dije yo—. Hay algo en ese pueblo. Iré a ver. Tengo tiempo. En realidad, no necesito estar en Los Ángeles antes del lunes próximo. Si no bajo del tren ahora, siempre me preguntaré qué habré perdido, qué dejé escapar cuando tuve la oportunidad de verlo.

—Era una simple charla. No hay nada allí.

—Se equivoca —dije—. Hay algo.

Me puse el sombrero y alcé el maletín.

—Por Dios —dijo el viajante—. Creo que lo hará, realmente.

El corazón me latía apresuradamente. Me ardían las mejillas.

El tren silbó. El tren corría por las vías. ¡El pueblo estaba cerca!

—Deséeme buena suerte —dije.

—¡Buena suerte!

Corrí gritando, en busca del guarda.

Apoyada en la pared de la estación había una silla vieja y descascarada. En esa silla, tan flojamente que se hundía dentro de la ropa, estaba sentado un hombre de unos setenta años. El esqueleto parecía estar clavado allí desde que habían construido la estación. El sol le había quemado la piel de la cara y le había grabado en las mejillas unos pliegues de lagarto y unas arrugas que le achicaban los ojos. El cabello le flotaba como una ceniza blanca al viento del estío. La camisa azul, descolorida, de cuello abierto, y que dejaba

ver unos vellones blancos rizados, era pálida como el cielo del crepúsculo. Los zapatos estaban ampollados como si los hubiese abandonado para siempre a la boca de un horno. La sombra debajo del hombre era un dibujo de tinta negra, permanente.

Bajé del tren y los ojos del hombre fueron de una puerta a otra y se detuvieron, sorprendidos, en mí.

Pensé que iba a saludarme.

Pero sólo hubo un repentino cambio de color en los ojos velados; un cambio químico que era un reconocimiento. No obstante, no movió los labios, ni un párpado, ni un dedo. Una forma invisible se había movido dentro del hombre.

El tren se puso en marcha y yo tuve un pretexto para seguirlo con los ojos. No había nadie más en el andén. Ningún auto esperaba junto a la oficina clausurada, tapizada de telarañas. Sólo yo había abandonado el trueno de acero para poner el pie en las olas desvencijadas del andén de madera.

El tren silbó sobre la colina.

¡Tonto!, pensé. Mi compañero tenía razón. El tedio que ya sentía en este lugar sería espantoso. Muy bien, pensé, tonto, sí, pero huir, ¡jamás!

Arrastré mi maleta por el andén sin mirar al viejo. Cuando pasé a su lado, la delgada estructura cambió de posición, y esta vez pude oír el movimiento. Los pies del viejo bajaron y golpearon las tablas enmohecidas.

Yo seguí caminando.

—Buenas tardes —dijo una voz apagada.

Supe que no me miraba a mí, y que sólo veía la vastedad sin nubes del cielo incandescente.

—Buenas tardes —dije.

Eche a andar por el sendero que llevaba al pueblo. Cincuenta metros más adelante, miré hacia atrás.

El viejo, siempre sentado, miraba el sol, como preguntándole algo.

Apresuré el paso.

Avancé por el soñoliento pueblo vespertino, absolutamente solitario y anónimo: una trucha que nadaba río arriba, sin tocar las riberas del río claro, la vida que corría alrededor.

Mis sospechas se confirmaron: Era un pueblo donde nunca sucedía nada, sólo esto:

A las cuatro en punto, se golpeaba la puerta de la ferretería y un perro salía a revolcarse en el polvo del camino. A las cuatro y media, una pajilla sorbía el vacío en el fondo de un vaso de soda, y en el silencio del bar se oía el ruido de una catarata. A las cinco, los chicos y los guijarros se zambullían en el río del pueblo. A las cinco y quince, las hormigas desfilaban a la luz oblicua del sol, bajo los olmos.

Y sin embargo —me volví lentamente—, en alguna parte de este pueblo debe haber algo que vale la pena. Yo sabía que estaba allí. Tenía que seguir caminando y buscando, y lo encontraría.

Caminé y miré.

Durante toda la tarde no hubo más que un elemento constante, inmutable: el viejo de los pantalones descoloridos y la camisa azul nunca estaba demasiado lejos. Cuando me senté en el bar, se quedó afuera lanzando escupidas de tabaco que rodaban por el polvo como bolas de escarabajos. Me detuve junto al río, y el hombre se agachó en la orilla, como si fuera a lavarse, y metió las manos en el agua. Luego, a eso de las siete y media de la tarde, cuando yo recorría por séptima u octava vez las calles silenciosas, oí a mi lado unas leves pisadas.

Miré, y vi que el viejo caminaba a mi lado, mirando hacia adelante, con una brizna seca entre los dientes manchados.

—Fue una larga espera —dijo en voz baja.

A la luz crepuscular, proseguimos la marcha.

—Una larga espera —dijo—, en el andén de la estación.

—¿Usted? —dije.

Asintió entre las sombras de los árboles.

—Yo.

—¿Esperaba a alguien en la estación?

—Sí —dijo—. A usted.

—¿A mí? —La sorpresa debió notárseme en la voz—. ¿Pero por qué?… Nunca me vio antes, en toda su vida.

—¿Dije que lo había visto? Sólo dije que lo esperaba.

Estábamos a la orilla del pueblo. El viejo dio media vuelta, y yo volví con él a lo largo de la ribera ensombrecida, hacia las vías por

donde pasan los trenes nocturnos, cuando van hacia el este, cuando van hacia el oeste, y que rara vez se detienen.

—¿Quiere saber algo de mí? —pregunté, de pronto—. ¿Es usted el *sheriff*?

—No, no soy el *sheriff*. Y no, no quiero saber nada de usted. —El viejo se metió las manos en los bolsillos. El sol se había ocultado. El aire era frío de pronto—. Me sorprende que haya llegado al fin; nada más.

—¿Le sorprende?

—Me sorprende —dijo—, y… me complace.

Me detuve bruscamente y lo miré a la cara.

—¿Cuántos años estuvo sentado en ese andén?

—Veinte. Año más, año menos.

Yo sabía que decía la verdad. La voz del viejo era tan serena y natural como el río.

—¿Esperándome a mí? —pregunté.

—O a alguien como usted.

Seguimos caminando en la creciente oscuridad.

—¿Qué le parece nuestro pueblo?

—Agradable —dije—, tranquilo.

—Agradable, tranquilo. —El viejo asintió—. ¿Le gusta la gente?

—La gente parece agradable y tranquila.

—Sí —dijo—. Agradable, tranquila.

Yo quería regresar, pero el viejo siguió hablando y caminamos juntos en la oscuridad cada vez más inmensa, las olas de campo y de pradera, más allá del pueblo.

—Sí —dijo el viejo—. El día que me jubilé, hace veinte años, me senté en el andén de la estación y allí me quedé, sentado, sin hacer nada, esperando a que ocurriera algo, no sabía qué, no sabía, no sabía decirlo. Pero cuando por fin sucedió, entonces supe, miré y dije, sí, señor, eso es lo que yo esperaba. ¿Un descarrilamiento? No. ¿Alguna vieja amiga que vuelve al pueblo después de cincuenta años? No. No. Es difícil decirlo. Alguien. Algo. Y parece que tiene relación con usted. Me gustaría poder explicárselo…

—¿Por qué no lo intenta? —dije.

Aparecían ya las estrellas. Seguimos caminando.

—Bueno —dijo el hombre lentamente—. ¿Se conoce usted bien

por dentro?

—¿Habla usted de mi estómago, o psicológicamente?

—Ésa es la palabra. Hablo de su cabeza, de su cerebro. ¿Sabe mucho de *eso*?

El pasto susurraba bajo mis pies.

—Un poco.

—¿Odia a mucha gente?

—A alguna.

—Todos odiamos. Es normal odiar, creo, y no sólo odiar, pues aunque no hablemos de eso, ¿no es cierto que a veces queremos golpear a la gente que nos hace daño, y hasta matarla?

—No pasa una semana sin que uno lo piense —dije—, y aleje la idea.

—Nos pasamos la vida alejando ideas —dijo el viejo—. El pueblo dice esto y aquello, mamá y papá dicen esto o aquello, la ley dice esto y lo otro. Y así uno aleja la idea de una muerte y de otra y de otras dos. Cuando se llega a mi edad uno tiene un montón de muertes metidas en la cabeza. Y a menos que uno vaya a la guerra, nunca pasa nada que le permita sacárselo de encima.

—Algunos hombres cazan animales salvajes o patos —dije—. Otros boxean o practican esgrima.

—Y otros no. Hablo de los que no. Yo. Me he pasado la vida salando cadáveres, conservándolos en hielo, en mi cabeza. A veces uno se enfurece con un pueblo y con la gente del pueblo por tener que apartar las cosas de ese modo. Y simpatiza con el hombre de las cavernas que gritaba de pronto como un demonio y le daba a alguien un mazazo en el cráneo.

—Y esto, ¿adónde lleva?…

—¿Y esto adónde lleva? A todos nos gusta matar a alguien, una vez en la vida, para librarnos, como quien dice, de ese enorme peso, de esos asesinatos mentales que nunca nos atrevimos a cometer. Y una vez en la vida, el hombre tiene una oportunidad. Alguien que corre frente al automóvil y él se olvida de los frenos y sigue avanzando. Nadie puede probar nada en esta clase de cosas. Ni siquiera el hombre mismo se confiesa la verdad. Simplemente no pisó el freno a tiempo. Pero usted y yo sabemos qué pasó realmente, ¿no es cierto?

—Sí —dije.

El pueblo estaba lejos ahora. Cruzamos un puente de madera, sobre un arroyo, junto al terraplén del ferrocarril.

—Bien —dijo el viejo mirando el agua—, el único asesinato que vale la pena es ése en que nadie puede sospechar quién lo cometió ni por qué, ni quién es la víctima, ¿no le parece? Pues bien, la idea se me ocurrió hace veinte años. No lo pienso todos los días, ni siquiera todas las semanas. A veces pasan meses, pero la idea es ésta: un tren se detiene aquí todos los días, a veces ni siquiera uno. Bueno, si usted quiere matar a alguien tendrá que esperar, ¿no le parece? Años y años, hasta que llegue al pueblo un hombre absolutamente desconocido, un desconocido que baja del tren sin motivo ninguno, un hombre a quien nadie conoce y que no conoce a nadie en el pueblo. Entonces, solo entonces, pensé, sentado allí, en la silla de la estación, uno puede levantarse y cuando no hay nadie cerca, matarlo y echarlo al río. Lo encontrarían a muchos kilómetros río abajo. A lo mejor no lo encuentran nunca. A nadie se le ocurriría venir a Rampart Junction a buscarlo. No iba allí. Iba a otro lugar. Bueno, ésa es mi idea. Y reconocí al hombre en el mismo instante en que usted bajó del tren. Lo reconocí, con tanta claridad…

Yo había dejado de caminar. Era noche cerrada. La luna no saldría hasta dentro de una hora.

—¿Sí? —dije.

—Sí —dijo él. Vi que movía la cabeza y contemplaba las estrellas—. Bueno, ya he hablado bastante. —Se me acercó y me tocó el codo. La mano del viejo estaba caliente, como si la hubiese tenido frente a una estufa antes de tocarme. La otra mano, la derecha, estaba oculta, apretada y cerrada, en el bolsillo—. He hablado bastante.

Algo chilló.

Volví bruscamente la cabeza.

Arriba, un fugitivo tren nocturno cruzó como un cuchillo por los rieles invisibles, sembrando luz sobre el cerro, el bosque, los sembrados, el caserío, el campo, las zanjas, las praderas, surcando la tierra y el agua, y se alejó ululando, y finalmente desapareció. Los rieles trepidaron un rato. Después, silencio.

El viejo y yo, de pie, nos miramos en la oscuridad.

La mano izquierda del viejo seguía aferrada a mi codo. La otra mano estaba siempre oculta.

—¿Puedo decir algo? —pregunté finalmente.

El viejo asintió.

—Acerca de mí mismo —dije. Tuve que hacer una pausa. Me faltaba el aliento—. Es curioso. A menudo he pensado lo mismo que usted. Hoy mismo, cuando atravesábamos el campo, pensé, qué perfecto, qué perfecto, qué maravillosamente perfecto podría ser. Me fue mal en los negocios, últimamente. Mi mujer, enferma. Mi mejor amigo murió la semana pasada. El mundo en guerra. Yo endeudado. Me haría tanto bien…

—¿Qué? —dijo el viejo, con la mano en mi brazo.

—Bajar del tren en un pueblo —dije— donde nadie me conozca, con el revólver bajo el brazo, y buscar a alguien y matarlo y enterrarlo y volver a la estación y seguir viaje y regresar a casa, y ni el más astuto sabría jamás quién lo hizo, jamás. Perfecto, pensé, un crimen perfecto. Y bajé del tren.

Nos quedamos allí, en la oscuridad, durante otro minuto, mirándonos. Tal vez cada uno de nosotros escuchaba el corazón del otro, que latía rápidamente, muy rápidamente en verdad.

El mundo giraba a mis pies. Apreté los puños. Sentía que yo iba a caerme. Quería chillar como el tren. Pues descubrí de pronto que yo no había inventado una historia para salvarme del viejo.

Todas las cosas que acababa de decirle eran ciertas.

Y ahora sabía por qué había bajado del tren y había recorrido el pueblo de un lado a otro. Sabía lo que había estado buscando.

Oí la respiración corta y agitada del viejo. Me aferraba el brazo como si estuviera a punto de caerse. Apretaba los dientes. Se inclinó hacia mí cuando yo me incliné hacia él. Hubo un terrible instante de silencio, de tensión inmensa, como antes de una explosión.

Finalmente, el viejo habló, como abrumado bajo el peso de una carga.

—¿Cómo sé que tiene un revólver bajo el brazo?

—No lo sabe, es claro. —Mi voz era borrosa—. No puede estar seguro.

Esperé. Pensé que el viejo iba a desmayarse.

—¿Es así, entonces? —dijo.

—Es así, entonces —dije.

El viejo cerró los ojos. Cerró la boca.

Luego de cinco segundos, muy lentamente, pesadamente, logró apartar la mano de mi brazo, también inmensamente pesado. Se miró entonces la mano derecha, y la sacó, vacía, del bolsillo.

Nos separamos lentamente, y echamos a caminar a ciegas, totalmente a ciegas, en la oscuridad.

La señal nocturna que anunciaba un pasajero en el andén chisporroteó sobre las vías. El tren dejó la estación y me asomé y miré hacia atrás.

El viejo estaba allí, sentado, en la silla apoyada en el muro, vestido con una camisa y unos pantalones descoloridos y la cara quemada por el sol y los ojos blanqueados por el sol. No me miró cuando pasó el tren. Miraba hacia el este, a los desiertos rieles por donde mañana o al día siguiente, o al otro día llegaría un tren, algún tren, cualquier tren. Los ojos ciegamente inmóviles miraban el este. El viejo parecía tener cien años.

El tren ululó.

De pronto viejo yo también, me asomé, entornando los ojos.

La oscuridad que nos había acercado nos separaba ahora. El viejo, la estación, el pueblo, el bosque se perdieron en la noche. Durante una hora me quedé allí, en el viento y el estrépito, mirando toda aquella oscuridad.

El aroma de la zarzaparrilla

El señor William Finch estuvo tres días, mañana y tarde, en la bohardilla ventosa y oscura. Durante tres días, a fines de noviembre, estuvo allí sintiendo cómo los copos blancos del Tiempo caían del cielo infinito y acerado, unos copos blandos, silenciosos, que emplumaban el tejado y empolvaban los aleros. Allí estuvo tres días con los ojos cerrados. La bohardilla, anegada por mares de viento en los largos días sin sol, se desentumecía los huesos y se sacudía los polvos antiguos de las vigas y la urdimbre de los listones. Había suspiros y tormentos, que dolían alrededor, mientras el señor Finch aspiraba los exquisitos perfumes secos y palpaba los antiguos legados. Ah, ah.

Escuchando abajo, su mujer, Cora, no lo oía caminar, ni moverse, ni estremecerse. Se imaginaba que sólo oía cómo respiraba, aspirando y espirando lentamente, parecido a un fuelle polvoriento, allá arriba, en el altillo solitario, en lo alto de la casa sacudida por el viento.

—Ridículo —murmuró.

Cuando el señor Finch bajó deprisa a la hora del almuerzo, la tercera tarde, les sonrió a las paredes inhóspitas, a los platos resquebrajados, a la platería rayada, y hasta le sonrió a su mujer.

—¿Por qué tanto entusiasmo? —preguntó Cora.

—Buen humor, nada más. Un humor excelente —rió el señor Finch.

Parecía casi histérico de alegría. Estaba hirviendo en un gran fermento cálido que, evidentemente, le era difícil de ocultar. Cora frunció el ceño.

—¿Qué es ese olor?

—¿Olor, olor, olor?

—Zarzaparrilla —dijo Cora con aire suspicaz—. ¡Eso es!

—¡Oh, Imposible!

La histérica felicidad del señor Finch cesó bruscamente, como si su mujer la hubiese apagado. Parecía aturdido, turbado, y de pronto muy cauteloso.

—¿Adónde fuiste esta mañana? —Preguntó Cora.

—*Sabes* que estuve limpiando la buhardilla…

—Holgazaneando en medio de un montón de basura. No oí ningún ruido. Pensé que ni siquiera estabas en la bohardilla. ¿Qué es eso?

Cora señaló con el dedo.

—Bueno, ¿cómo fueron a parar ahí? —le preguntó el señor Finch al mundo.

Se miró de soslayo el par de broches negros de metal para ciclistas que le sujetaban los pantalones a los tobillos huesudos.

—Los encontré en la bohardilla —se contestó a sí mismo—. ¿Recuerdas Cora, cuando paseábamos en tándem por el sendero de grava, todas las mañanas, hace cuarenta años, y el mundo era nuevo y maravilloso?

—Si no terminas hoy con la bohardilla yo misma subiré y revolveré todo.

—Oh, no —exclamó el señor Finch—. La he ordenado a mi gusto.

—La mujer lo miró fríamente.

—Cora —dijo el señor Finch mientras almorzaba, más tranquilo, entusiasmándose otra vez— ¿sabes qué son las bohardillas? Son Máquinas del Tiempo y ahí dentro los viejos tontos como yo pueden retroceder cuarenta años hasta una época en la que era siempre verano y los niños asaltaban el carro del hielo. ¿Recuerdas el sabor? Tú lo guardabas en el pañuelo. Era como chupar al mismo tiempo el sabor del lino y de la nieve.

Cora se impacientaba.

No es imposible, pensó el señor Finch, entornando los ojos, tratando de verlo y de modelarlo. Piensa en una bohardilla. La atmósfera misma es ahí el Tiempo. Hay ahí otros años, capullos,

crisálidas de otra época. Todos los cajones son ataúdes pequeños donde esperan miles de pasados. Oh, es un sitio oscuro, amable, donde hay mucho Tiempo, y si uno se queda de pie en el centro mismo de la bohardilla, alto y erguido, y mira a todos lados y piensa y piensa, y huele el pasado, y extiende las manos para explorar los días de antes, bueno, entonces…

El señor Finch se detuvo, advirtiendo que había hablado en voz alta. Cora comía rápidamente.

—Bueno, ¿no sería interesante poder viajar en el tiempo? —preguntó el señor Finch—. ¿Y qué sitio más lógico, más adecuado que una bohardilla como la *nuestra*?

—No siempre era verano antes —dijo Cora—. Te engaña la memoria. Recuerdas las cosas buenas y olvidas las malas. No siempre era verano.

—Sí, Cora, metafóricamente hablando sí.

—No.

—Lo que quiero decir es esto —susurró el señor Finch excitado, inclinándose hacia delante para ver mejor la imagen que él mismo dibujaba ahora en la pared desnuda—. Si viajaras cuidadosamente en tu uniciclo entre los años, balanceándote, extendiendo las manos muy cuidadosamente, si viajaras de un año a otro y pasaras una semana en 1909, un día en 1900, un mes o quince días en otra parte, 1905, 1898, vivirías en verano el resto de tu vida.

—¿Uniciclo?

—Bueno, sabes, una de esas bicicletas altas, cromadas, de una sola rueda, y de un solo asiento, que los equilibristas montan en los circos, haciendo juegos malabares. Equilibrio, se necesita verdadero equilibrio para no caerse y mantener volando en el aire los objetos brillantes y hermosos, cada vez más arriba; una luz, un resplandor, una chispa, una bomba de colores brillantes: rojo, amarillo, azul, verde, blanco, oro; todos los junios, julios y agostos que hubo alguna vez, todos en el aire, a tu alrededor, al mismo tiempo, rozándote apenas las manos, volando, suspendidos, y tú, sonriente, entre ellos. Equilibrio, Cora, *equilibrio*.

—Bla —dijo Cora—, bla, bla. —Y luego—: ¡Bla!

El señor Finch trepó a la bohardilla por la fría y larga escalera,

tiritando.

Había noches de invierno en que despertaba con porcelana en los huesos, y un carillón helado le soplaba entonces en los oídos, y la escarcha le traspasaba los nervios con una luz hosca de bengalas frías que estallaban y caían en nieves llameantes sobre una tierra silenciosa en los abismos del subconsciente. Tenía frío, frío, frío, y necesitaba docenas de veranos interminables, con antorchas verdes y soles de bronce, para librarse de la vaina invernal. Era un enorme e insípido bloque de hielo quebradizo, un hombre de nieve que se metía en cama noche tras noche, rebosando de sueños de confetti, volutas de cristal, y ráfagas. Y allá afuera, el invierno eterno, la prensa plomiza del cielo que descendía y maceraba a los hombres como si fuesen uvas, y les estrujaba el color, el sentido y el ser, a todos, excepto a los niños que volaban en patines y trineos a lo largo de colinas espejeantes donde se reflejaba el pesado escudo de hierro, suspendido sobre la ciudad todos los días, todas las eternas noches.

El señor Finch levantó la puerta-trampa de la bohardilla. Pero aquí, *aquí*. Un polvo de verano flotó en el aire. El polvo de la bohardilla hervía lentamente en el calor de otras estaciones. El señor Finch cerró la puerta-trampa lentamente, sonriendo.

La bohardilla silenciosa parecía una nube gris antes de la tormenta. De cuando en cuando Cora Finch oía a su marido que murmuraba, murmuraba, allá arriba.

A las cinco de la tarde, cantando *La isla de los sueños de oro*, el señor Finch golpeó brevemente la puerta de la cocina con el ala de un sombrero de paja.

—¡Buuu!

—¿Dormiste toda la tarde? —dijo su mujer—. Te llamé cuatro veces y no respondiste.

—¿Si dormí? —El señor Finch pensó un instante y se echó a reír. Luego, rápidamente, se llevó la mano a la boca—. Bueno, sospecho que sí.

De pronto Cora lo vio.

—Dios santo —dijo—, ¿de dónde sacaste esa chaqueta?

El señor Finch llevaba una chaqueta roja, rayada como un

caramelo, un cuello alto, blanco y sofocante, y pantalones color crema, y se abanicaba con el sombrero de paja, que olía como un manojo de heno fresco.

—Lo encontré en un viejo baúl.

Cora olió.

—No huele a naftalina. Parece todo nuevo.

—¡Oh, no! —respondió rápidamente el señor Finch, turbado y tieso.

—La bohardilla no es una tienda de ropas de verano —dijo Cora, mirando la chaqueta.

—¿No puede uno divertirse un poco?

—Eso hiciste siempre. —Cora cerró bruscamente la puerta del horno—. Mientras yo me quedaba en casa, tejiendo, tú, Dios lo sabe, bajabas a la tienda a servir a las damas, adentro y afuera.

El señor Finch se resistía a enfadarse.

—Cora. —Clavó los ojos en el crujiente sombrero de paja—. ¿No sería hermoso dar un paseo de domingo, como hacíamos en otro tiempo, tú con la sombrilla de seda y el vestido largo y susurrante, y sentarnos luego en las sillas de patas de hierro del mostrador de la heladería y que todo tuviese el mismo olor? ¿Por qué la heladería no huele ya como antes? Y pedir dos zarzaparrillas para nosotros, Cora, y luego ir en nuestro Ford 1910 hasta el muelle de Hannahan a comer en un palco y escuchar la banda. ¿Qué te parece?

—La comida está lista. Quítate ese uniforme horrible.

—Si pudieses pasear otra vez por aquellas avenidas de robles, como antes, cuando aún no había autos, ¿no lo harías, Cora? —insistió el señor Finch, observándola.

—Aquellas avenidas eran sucias. Cuando llegábamos a casa parecíamos africanos. Como quiera que sea —Cora tomó un azucarero y lo sacudió—, esta mañana tenía aquí cuarenta dólares. Ahora han desaparecido. No me digas que pediste estas ropas en una tienda de trajes de disfraz. Son nuevas. ¡No salieron de ningún baúl!

—Yo… —dijo el señor Finch.

Cora rezongó durante media hora, pero el señor Finch no replicó. El viento de noviembre sacudía la casa, y mientras Cora hablaba las nieves invernales cayeron otra vez en el cielo frío y

acerado.

—Contéstame —gritó Cora al fin—. ¿Estás loco, gastando así nuestro dinero en ropas que no puedes usar?

—La bohardilla… —empezó a decir el señor Finch.

Cora salió de la cocina y se sentó en la sala.

La nieve caía ahora rápidamente. La noche de noviembre era oscura y fría. Cora oyó que el señor Finch subía por la escalera, lentamente, hacia la bohardilla, hacia ese polvoriento lugar de otros años, a ese lugar sombrío de trajes y refugios y Tiempo, hacia ese mundo apartado del mundo de abajo.

Cerró la puerta-trampa. Encendió la linterna, diciéndose que no necesitaba otra compañía. Sí, allí, comprimido en una flor japonesa de papel, estaba todo el tiempo. La memoria lo rozaría apenas y todo se desplegaría en el agua clara de la mente, en capullos hermosos, en brisas primaverales, de tamaño mayor que el natural. Si abría los cajones del escritorio, encontraría tías y primas y abuelas, armiñadas en polvo. Sí, aquí estaba el Tiempo. Se lo sentía respirar, un reloj atmosférico en lugar de un reloj mecánico.

Ahora la casa, abajo, era tan remota como un día del pasado. El señor Finch entornó los ojos y miró y miró a un lado y a otro de la expectante bohardilla.

Allí, en la araña de caireles, había arcos iris y mañanas y mediodías tan claros como ríos nuevos que fluían retrocediendo interminablemente en el tiempo. La linterna los iluminaba y los animaba, los arcos iris saltaban doblando y coloreando las sombras, y los colores eran como ciruelas y frutillas y uvas, como limones abiertos y como el color del cielo cuando las nubes retroceden después de la tormenta y se ve que el azul estaba allí. Y el polvo de la bohardilla era incienso que ardía incesantemente. Bastaba que uno escudriñara las llamas. Era en verdad una gran Máquina del Tiempo esta bohardilla, el señor Finch lo sabía, lo sentía, estaba seguro, y si rozaba aquí los caireles, más allá los picaportes, si tironeaba de las campanillas, de los cristales tintineantes, si removía el polvo y hacía saltar las cerraduras de los baúles y arrancaba ráfagas de voz humana a los fuelles del viejo hogar hasta que le lanzaran a los ojos el hollín de mil hogueras de antes, si tañía

realmente ese instrumento, esa máquina cálida de innumerables partes, si encerraba en un inmenso abrazo todas las piezas, las palancas, los engranajes y las ruedas, entonces, entonces, *¡entonces*!

Extendió las manos para orquestar, para conducir, para dibujar figuras en el aire. Tenía música en la cabeza, en la boca cerrada, y tocaba la gran máquina, el órgano tempestuosamente silencioso, bajo, tenor, soprano, barítono, alto, y por último, por último, un acorde que lo estremeció y lo obligó a cerrar los ojos.

A eso de las nueve de la noche Cora oyó que su marido la llamaba.

—¡Cora!

Cora subió al piso alto. El señor Finch asomaba la cabeza y le sonreía. Agitó el sombrero.

—Adiós, Cora.

—¿Qué quieres decir? —gritó Cora.

—Lo estuve pensando tres días y te digo adiós.

—¡Baja de ahí, imbécil!

—Ayer saqué quinientos dólares del banco. Lo pensé mucho. Y luego, cuando ocurrió… Bueno…

Tendió hacia abajo una mano ansiosa.

—Por última vez, Cora, ¿quieres venir conmigo?

—¿A la bohardilla? Alcánzame la escala, William Finch. Subiré y te echaré de ese lugar mugriento.

—Me voy al muelle de Hannahan a comer una cazuela de mariscos —dijo el señor Finch—. Y le pediré a la banda que toque *Claro de luna en la bahía*. Oh, Cora, ven…

Movió la mano extendida.

Cora seguía mirando el rostro amable, expectante.

—Adiós —dijo el señor Finch.

Agitó la mano, dulce, dulcemente. Luego el rostro del señor Finch desapareció, y el sombrero de paja desapareció.

—William —gritó Cora.

La bohardilla estaba oscura y silenciosa.

Chillando, Cora corrió y buscó una silla y trepó gimiendo a la musgosa oscuridad. Encendió una linterna.

—¡William! ¡William!

Los sombríos ámbitos estaban desiertos. Un viento invernal sacudía la casa.

Cora vio entonces la ventana que miraba al oeste, entreabierta…

Se acercó a tientas. Vaciló, contuvo el aliento. Luego, lentamente, la abrió. La escala colgaba fuera de la ventana y descendía hasta el tejado de un porche.

Cora se apartó bruscamente de la ventana.

Afuera resplandecía el follaje claro de los manzanos, caía la tarde de un día de estío, en el mes de julio. A lo lejos, débilmente, se oía explosiones y fuegos de artificio y risas y voces distantes. Los cohetes estallaban en el aire cálido, suavemente, rojos, blancos, azules, y se desvanecían.

Cora cerró bruscamente la ventana y se tambaleó.

—¡William!

La luz invernal de noviembre se filtraba en la bohardilla por la puerta-trampa desde el descanso. Inclinándose hacia adelante, Cora vio la nieve que susurraba contra los vidrios claros y fríos, allá abajo, en ese mundo de noviembre donde tendría que pasar los treinta años próximos.

No se acercó otra vez a la ventana. Se sentó a solas en la bohardilla oscura, oliendo el único olor que no se disipaba, que permanecía en el aire, como un suspiro de satisfacción. Cora aspiró larga, largamente.

El viejo, el familiar, el inolvidable aroma del refresco de zarzaparrilla.

Ícaro Montgolfier Wright

Estaba acostado y el viento que entraba por la ventana le soplaba en los oídos y en la boca entreabierta, murmurándole, mientras él soñaba. Era como el viento del tiempo, que ahondaba las cavernas de Delfos para decir lo que era necesario decir, de ayer, hoy y mañana. A veces una voz gritaba en la lejanía, a veces dos, una docena, toda una raza de hombres gritaba por su boca, pero las palabras eran siempre las mismas:

—¡Mirad! ¡Aquí! ¡Arriba!

Pues de pronto, él, ellos, uno o muchos, se alzaban en sueños, y volaban. El aire se extendía en un mar tibio y suave donde él nadaba, incrédulo.

—¡Mirad! ¡Aquí, arriba!

Pero él no le pedía al mundo que mirara, sólo quería alertar a sus propios sentidos para que vieran, olieran, gustaran, tocaran el aire, el viento, la luna que subía. Nadaba solo en el cielo. La Tierra pesada había desaparecido.

Pero espera, pensó, espera un momento.

Esta noche…, ¿qué noche es esta?

La noche anterior, por supuesto. La noche anterior al vuelo del primer cohete a la Luna. Fuera, en el suelo recocido del desierto, a cien metros de este cuarto, el cohete me espera.

Bien, ¿me espera de veras? ¿Hay realmente un cohete?

Aguarda, pensó, y se volvió de cara a la pared, sudando, con los ojos cerrados, y murmurando entre dientes: ¡Tienes que estar seguro! Tú, ahora ¿quién eres?

¿Yo?, pensó. ¿Mi nombre?

Jedediah Prentiss, nacido en 1938, graduado en 1959,

nombrado piloto de cohete en 1965. Jedediah Prentiss… Jedediah.

El viento le arrebató el nombre. Estiró la mano tratando de alcanzarlo, gritando.

Luego, ya sereno, esperó a que el viento le devolviera el nombre. Esperó largo rato y sólo hubo silencio, y el corazón le latió mil veces, y luego sintió el movimiento. El cielo se abrió como una flor azul y delicada. El mar Egeo agitó unos abanicos blandos y blancos en una distante marea vinosa. En las olas que batían la playa, oyó su nombre.

Ícaro.

Y otra vez en un murmullo apagado:

Ícaro.

Alguien le sacudió el brazo y era su padre que lo llamaba y alejaba la noche. Y él, acostado, pequeño, vuelto a medias hacia la playa y el cielo profundo, sintió que el primer viento de la mañana encrespaba las plumas doradas, embebidas en cera ambarina, junto a su cama. Unas alas doradas se movían, casi vivas, en los brazos de su padre, y el muchacho sintió que el vello suave de los hombros se le rizaba estremeciéndose mientras miraba esas alas, y el acantilado, más allá.

—Padre, ¿cómo está el viento?

—Suficiente para mí, pero nunca suficiente para ti…

—Padre, no te preocupes. Las alas parecen torpes ahora, pero mis huesos darán fuerza a las plumas, ¡mi sangre dará vida a la cera!

—*Mi* sangre, *mis* huesos también, recuérdalo. Todo hombre les presta su propia carne a los hijos, y les pide que la cuiden bien. Prométeme no elevarte mucho, Ícaro. *El* sol, o *mi* hijo, el calor de uno o la fiebre del otro, podrían fundir estas alas. ¡Cuidado!

Y llevaron las espléndidas alas de oro a la mañana, y oyeron que la luz susurraba el nombre de Ícaro o algún nombre que se alzaba, giraba, y flotaba suspendido como una pluma en el aire.

Montgolfier.

Las manos tocaron unas cuerdas ardientes, una tela brillante, costuras calientes como el verano. Las manos alimentaron la llama susurrante con lana y paja.

Montgolfier.

Y la mirada subió por la creciente y la bajante, el vaivén del océano, la pera de plata que se mecía inmensamente y se llenaba aún con el aire tembloroso que subía en oleadas desde el fuego. Silencioso como un dios que cabeceaba dormitando sobre la campiña francesa, el delicado envoltorio de tela, el henchido saco de aire horneado, se soltaría muy pronto. Subiría hacia los mundos azules del silencio, y él, Montgolfier, sentiría que su propio espíritu, y el de su hermano, navegaban también, callados, serenos, entre islas de nubes donde dormían los relámpagos incivilizados. En ese golfo ignoto, en ese abismo donde no podía oírse el canto de un pájaro ni el grito de un hombre, el globo callaría también. Y así, a la deriva, él, Montgolfier, y todos podrían oír la respiración inconmensurable de Dios y la marcha catedralicia de la eternidad.

—Ah… —Montgolfier se movió y la multitud se movió, a la sombra del globo caliente—. Todo está en orden, todo está listo.

Los labios le temblaron en sueños. Un siseo, un murmullo, un aleteo, un impulso.

De las manos de su padre un juguete saltó hacia el cieloraso, revoloteó en su propio viento, suspendido en el aire, mientras él y su hermano miraban cómo temblaba allá arriba, y oían cómo cuchicheaba, silbaba, y murmuraba el nombre de ellos.

Wright.

Susurros: viento, cielo, nube, espacio, ala, vuelo…

—¿Wilbur? ¿Orville? Mirad: ¿cómo es posible?

Ah. Suspiró, en sueños.

El helicóptero de juguete zumbaba, golpeaba el cielo raso, murmuraba, águila, cuervo, gorrión, petirrojo, halcón. Murmuraba, águila, cuervo, gorrión, petirrojo, halcón. Murmuraba águila, murmuraba cuervo, y al fin bajó revoloteando a las manos de los niños con un susurro, una ráfaga de veranos futuros, un último aleteo y una última exhalación.

Sonrió, en sueños.

Vio que las nubes descendían precipitadamente por el cielo Egeo.

Sintió que el globo se tambaleaba, borracho, esperando el viento claro y vertiginoso.

Sintió que las arenas siseaban a orillas del Atlántico,

deslizándose en las dunas suaves que le salvarían la vida, si el avecilla torpe fracasaba y caía. El armazón zumbó y cantó como un arpa.

Afuera, sintió que el cohete estaba preparado ya para alzarse sobre el desierto. Plegadas aun las alas de fuego, reteniendo el aliento de fuego, hablaría pronto en nombre de dos mil millones de hombres. Dentro de un momento él mismo despertaría y caminaría hacia el cohete.

Y se detendría al borde del acantilado.

A la sombra fresca del globo henchido de calor.

Azotado por las arenas volantes que tamborileaban sobre Kitty Hawk.

Y se cubriría las muñecas, los brazos, las manos y los dedos jóvenes con una vaina de alas embebidas en cera dorada.

Y tocaría por última vez el aliento retenido del hombre, el cálido suspiro de temor y de asombro, los soplos aspirados y canalizados que alzarían al cielo los sueños de los hombres.

Y encendería el motor.

Y tomaría la mano del padre y le desearía buena suerte con las propias alas, plegadas y listas, aquí, sobre el precipicio.

Luego el impulso y el salto.

Luego el cuchillo que corta las cuerdas para liberar el globo.

Luego el motor que se pone en marcha, y la hélice que lleva el aeroplano al aire.

Y la llave de contacto que enciende los motores del cohete.

Y juntos en un único salto, aletazo, impulso, batimiento y deslizamiento, de cara al sol, la luna, las estrellas, van sobre el Atlántico, el Mediterráneo; sobre los campos, los desiertos, las ciudades, las aldeas, en un silencio gaseoso, un susurro de plumas, una trepidación de maderas, una erupción volcánica, un rugido tímido y chisporroteante… El titubeo de la partida, la sacudida, y luego el ascenso regular, permanente. Y maravillosamente suspendidos, transportados asombrosamente, todos reirían y llorarían. O gritarían los nombres no nacidos aún, o los nombres de otros, muertos hace tiempo, y serían arrastrados por el viento de vino o el viento de sal o el soplo silencioso del globo o el viento del fuego químico. Todos sentirían el movimiento de las plumas

brillantes, tensas en los omoplatos. Todos dejarían detrás el eco del vuelo, un sonido que da una vuelta a la Tierra, y otra vuelta, en el viento, y que habla otra vez en otros años a los hijos de los hijos de los hijos, que duermen y escuchan el aire perturbado de la medianoche.

Arriba, y sin embargo más arriba aun. Una marea de primavera, un torrente de verano, un interminable río de alas.

El sonido de una campana.

No, murmuró, me despertaré en seguida. Espera…

El mar Egeo se deslizó bajo la ventana, desapareció. Las dunas del Atlántico, la campiña francesa se confundieron con el desierto de Nuevo México. En el cuarto el aire no rizaba ningún plumaje embebido en cera. Afuera no había ninguna pera esculpida por el viento, ninguna mariposa ronroneante. Afuera sólo había un cohete, un sueño combustible que para elevarse sólo esperaba la fricción de una mano.

En el último momento de sueño, alguien le preguntó cómo se llamaba.

Tranquilamente, dio la respuesta que él había oído durante horas, desde la medianoche.

—Ícaro Montgolfier Wright.

La repitió lentamente, para que el otro pudiera recordar el orden exacto de todas las letras:

—Ícaro Montgolfier Wright… Nacido novecientos años antes de Cristo. Escuela primaria: París, 1873. Escuela secundaria: Kitty Hawk, 1903. Diploma de la Tierra a la Luna, hoy mismo, Dios mediante, 1° de agosto de 1970. Muerto y enterrado, con suerte, en Marte, en el verano de 1999, año de Nuestro Señor.

Y salió a la vigilia.

Y no hubiera podido decir si había alguien o no detrás de él. Y no hubiera podido decir tampoco si esas voces que lo llamaban por sus tres nuevos nombres eran una voz o muchas, jóvenes o viejas, próximas o distantes, altas o bajas. No se dio vuelta.

Pues el viento se levantaba lentamente, y él dejó que ese viento lo llevara por el desierto hasta el cohete que estaba allí, esperándolo.

La peluca

El paquete llegó en el último correo de la tarde. El señor Andrew Lemon lo sacudió, oyó el susurro de una tarántula peluda, y adivinó qué había adentro.

Tardó un tiempo en armarse de coraje, deshacer el envoltorio con dedos temblorosos, y retirar la tapa de la caja blanca de cartón.

El objeto peludo descansaba sobre un níveo lecho de tela, impersonal como los resortes de crin de caballo que rellenan un viejo sofá. El señor Lemon rió entre dientes.

—Los indios que vinieron y pasaron, dejaron detrás este resto de una matanza como un signo, una advertencia. Bueno. Adelante.

Se puso la reluciente peluca negra sobre el cráneo desnudo. Tironeó de una punta como alguien que se toca la gorra para saludar a los transeúntes.

La peluca se adaptaba de un modo perfecto, cubriendo el orificio redondo como una moneda que le desfiguraba la parte superior de la frente. El señor Lemon contempló al desconocido en el espejo y gritó, deleitado:

—Eh, tú, ¿quién eres? Tu rostro me es familiar, pero, diantre, si pasara a tu lado en la calle seguiría de largo sin volver a mirarte. ¿Por qué? Porque ha desaparecido. El maldito agujero está tapado, nadie sospecharía que alguna vez estuvo allí. Feliz Año Nuevo, hombre, eso es, ¡Feliz Año Nuevo!

Dio una y otra vuelta por la casa, sonriendo, deseando hacer algo, pero sin decidirse a abrir la puerta y sorprender al mundo. Caminó frente al espejo, echando miradas de soslayo a alguien que pasaba por allí y meneando la cabeza. Luego se sentó en la mecedora y se meció, sonriendo, y trató de mirar un par de

ejemplares del *Semanario del Oeste Salvaje* y después la *Revista de Cinelandia*. Pero no podía evitar que la mano derecha le subiera a la cara, trémula, y palpase el borde de ese rizado junco nuevo por encima de las orejas.

—¡Permíteme que te invite con un trago, muchacho!

Abrió un armarito blanco, manchado por las moscas, y bebió tres sorbos de una botella. Lagrimeando, iba a cortarse un trozo de tabaco y de pronto se detuvo y escuchó.

Afuera, en el pasillo oscuro, se oyó el sonido de un ratón campesino que avanzaba suavemente, levemente, por la alfombra deshilachada.

—¡La señorita Fremwell! —le dijo al espejo.

En seguida, la peluca dejó la cabeza y se metió otra vez en la caja de cartón como un animal asustado. El señor Lemon puso rápidamente la tapa, sudando frío. Escuchó estremeciéndose el ruido que hacía la mujer, como una brisa de verano.

Se acercó en puntas de pie a una puerta clausurada e inclinó la cabeza desnuda, y ahora furiosamente roja. Oyó que la señorita Fremwell abría la puerta del cuarto de ella y la cerraba otra vez y se movía delicadamente con débiles tintineos de porcelana y de platería, girando como una calesita mientras preparaba la comida. El señor Lemon se apartó de la puerta aherrojada, cerrada con pasador y llave, y asegurada con clavos de acero de diez centímetros. Recordó las noches en que se había estremecido en la cama, creyendo oír a la señorita Fremwell que arrancaba silenciosamente los clavos, sacaba los cerrojos y levantaba el pasador… Y como siempre, había tardado mucho en dormirse.

La señorita Fremwell se afanaría aún en la habitación durante cerca de una hora. Caería la noche. Las estrellas saldrían y brillarían en el cielo y él iría entonces a golpearle la puerta y a preguntarle si quería sentarse con él en el porche o dar un paseo por el parque. Entonces, para que la señorita Fremwell pudiese saber algo de ese tercer ojo ciego, de mirada fija, que él tenía en la cabeza, hubiera tenido que tocarlo como en un movimiento de Braille. Pero los deditos blancos nunca se habían movido a menos de mil kilómetros de aquella cicatriz que no era para ella más que, bueno, una picadura de viruela a la luz del plenilunio. Los pies del señor Lemon

rozaron un ejemplar de *Maravillosas Historias Científicas*. Resopló. Si ella pensaba una vez en esa cabeza estropeada —escribía canciones y poemas, de vez en cuando, ¿no?— imaginaría quizá que un tiempo atrás había caído un meteoro y lo había golpeado y se había desvanecido allí, donde no había arbustos ni árboles, donde todo era blanco, encima de los ojos. Resopló de nuevo y sacudió la cabeza. Quizá, quizá. Pero, de cualquier modo, él iría a verla sólo cuando se pusiera el sol.

Esperó otra hora, escupiendo de vez en cuando por la ventana a la calurosa noche de verano.

—Ocho y media. Ya está.

Abrió la puerta del vestíbulo y se detuvo un momento a mirar la hermosa peluca nueva escondida en la caja. No, todavía no se atrevía a ponérsela.

Avanzó por el vestíbulo hacia la puerta de la señorita Naomi Fremwell, una puerta de construcción tan frágil que parecía latir junto con el corazoncito del otro lado.

—Señorita Fremwell —murmuró.

El señor Lemon ahuecó las manazas deseando tener ahí a la señorita Fremwell, como una avecilla blanca. Pero en seguida, al enjugarse la súbita traspiración de la frente, encontró otra vez el pozo, y sólo en un último y breve momento se salvó de caer, gritando. Extendió la mano para cubrir ese vacío. Luego de mantener la mano fuertemente apretada contra el agujero, un rato, tuvo miedo de levantarla.

Algo había cambiado. No caería allí, pero temía ahora que algo terrible, algo secreto, algo íntimo pudiese salir de allí a borbotones y ahogarlo.

Pasó la mano libre por la puerta, perturbando poco más que unas partículas de polvo.

—¿Señorita Fremwell?

Miró, por debajo de la puerta, si había demasiadas luces encendidas que pudieran golpearlo cuando ella abriese. La avalancha de esa luz podía bastar para sacarle la mano de la cara, descubriéndole la herida profunda. ¿Y ella no le espiaría la vida por ahí, como por el agujero de una cerradura?

Bajo la puerta, la luz era pálida.

El señor Lemon cerró el puño y golpeó suavemente, tres veces, la puerta de la señorita Fremwell.

La puerta se abrió retrocediendo lentamente.

Más tarde, en el porche, acomodando y reacomodando las piernas insensibles, traspirando, el señor Lemon pensaba cómo podría preguntarle a la señorita Fremwell si quería casarse con él. Cuando la luna brilló en lo alto, el agujero parecía la sombra de una hoja sobre la frente. Si se mantenía de perfil, el cráter no se vería; estaba oculto, del otro lado del mundo. Sin embargo, de ese modo, le parecía que sólo disponía de la mitad de las palabras y se sentía sólo la mitad de un hombre.

—Señorita Fremwell —logró decir al fin.

Ella lo miró como si no alcanzase a verlo del todo.

—¿Sí?

—Señorita Naomi, no creo que usted me haya mirado de veras, últimamente.

Ella aguardaba. El señor Lemon prosiguió:

—Yo la he mirado a usted. Bueno, sería mejor que se lo dijese directamente y me lo sacara de encima. Hemos venido a sentarnos en este porche durante muchos meses. Quiero decir que nos conocemos desde hace tiempo. Claro que usted es por lo menos quince años menor que yo, ¿pero a quién le haríamos daño si nos comprometiésemos, eh?

La señorita Fremwell era muy cortés.

—Muchas gracias, señor Lemon —dijo apresuradamente—. Pero yo…

—Oh, ya sé —dijo el señor Lemon, abriéndose paso con las palabras—. ¡Ya sé! ¡Es mi cabeza, es siempre esta maldita cosa que tengo en la cabeza!

La señorita Fremwell miró al señor Lemon, de perfil en la luz incierta.

—Oh, no, señor Lemon, yo no diría eso, no creo que sea eso de ninguna manera. Me ha intrigado un poco, sin duda, pero no creo que pueda ser un inconveniente, en ningún sentido. Una amiga mía, una amiga muy querida, se casó, recuerdo, con un hombre que tenía una pierna de palo. Me dijo que al cabo de cierto tiempo ni

siquiera recordaba que la tenía.

—Es siempre este maldito agujero —gimió amargamente el señor Lemon. Sacó el tabaco del bolsillo y lo miró como si fuera a morderlo, decidió que no, y lo guardó otra vez. Cerró los puños y se los miró sombríamente, como si fuesen dos peñascos—. Bueno, se lo voy a contar, señorita Naomi. Le contaré cómo ocurrió.

—No tiene por qué hacerlo si no quiere.

—Estuve casado tiempo atrás, señorita Naomi. Sí, estuve casado, maldición. Y un día mi mujer tomó un martillo y me golpeó directamente en la cabeza.

La señorita Fremwell jadeó, como si ella misma hubiera recibido el golpe.

El señor Lemon alzó un puño cerrado al aire caliente.

—Sí, señorita, me dio directamente un martillazo, así fue. Y le diré, el mundo estalló en mí. Se me vino todo encima. Fue como si la casa se hubiese desmoronado de pronto. Ese pequeño martillo me enterró, me *enterró*. ¿Y el dolor? ¡Indescriptible!

La señorita Fremwell se recogió en sí misma. Cerró los ojos y pensó, mordiéndose los labios. Luego dijo: —¡Oh, pobre señor Lemon!

—¡Tan tranquilamente! —dijo el señor Lemon, perplejo—. Estaba de pie junto a la cama, y yo estaba acostado, y era un martes por la tarde a eso de las dos y ella dijo: «¡Andrew, despierta!» y yo abrí los ojos y la miré y entonces ella me dio el martillazo. ¡Oh, Señor!

—Pero ¿por qué? —preguntó la señorita Fremwell.

—Sin ninguna razón, sin ninguna razón. Oh, ¡qué mujer infame!

—Pero ¿por qué lo hizo? —dijo la señorita Naomi Fremwell.

—Ya se lo dije: sin ninguna razón.

—¿Estaba loca?

—Me imagino que sí. Oh, claro que estaba loca.

—¿Llevó usted el asunto a la justicia?

—Bueno, no, no. Al fin y al cabo, ella no sabía lo que hacía.

—¿Y usted se desmayó?

El señor Lemon hizo una pausa, y entonces el recuerdo se le presentó nítidamente.

—No, recuerdo que me puse de pie. Me quedé de pie y le dije:

«¿Qué hiciste?» y me tambaleé hacia ella. Había un espejo. Me vi el agujero en la cabeza, hondo, y la sangre que salía. Yo parecía un indio. Y mi mujer allí, como si tal cosa. Y por último gritó tres veces y arrojó el martillo al suelo y escapó por la puerta.

—¿Y usted entonces se desmayó?

—No, no me desmayé. Salí a la calle de algún modo y le murmuré a alguien que necesitaba un médico. Subí a un ómnibus, piénselo, a un ómnibus. ¡Y pagué mi boleto! Y pedí que me dejasen en la casa de un médico, en el centro de la ciudad. Todo el inundo gritaba, se lo aseguro. Me sentí un poco débil, entonces, y recuerdo que después de eso el doctor me trabajó en la cabeza, y me limpió como un dedal nuevo, como una boca de tonel…

El señor Lemon se llevó la mano a la frente, y los dedos se cernieron sobre el agujero como una lengua delicada se cierne sobre la zona vacía donde en otro tiempo creció un diente hermoso.

—Un buen trabajo. El doctor no me sacaba los ojos de encima, como si yo fuera a caerme muerto en cualquier momento.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el hospital?

—Dos días. Después me levanté y salí, sin sentirme mejor ni peor. Mi mujer, descubrí, había recogido sus bártulos y había puesto pies en polvorosa.

—¡Oh, Dios santo, Dios santo! —dijo la señorita Fremwell recobrando el aliento—. El corazón me late como una batidora. Puedo oírlo y sentirlo, y verlo todo, señor Lemon. ¿Por qué, por qué, oh, por qué lo hizo?

—Ya se lo dije, sin ninguna razón. Le dio por ahí, y nada más.

—Pero habrán discutido…

La sangre se agolpó en las mejillas del señor Lemon. Sentía que el agujero de la cabeza le resplandecía como un cráter en erupción.

—No discutimos. Yo estaba recostado, pacíficamente. Me gusta recostarme, sacarme los zapatos, con la camisa desprendida, por las tardes.

—¿No había… otra mujer?

—No, nunca, ninguna.

—¿No bebía?

—Un poquito, de cuando en cuando.

—¿Jugaba?

—¡No, no, no!

—Pero un agujero en la cabeza así porque sí, señor Lemon. Dios, Dios santo. ¡Y por nada!

—Ustedes las mujeres son todas iguales. En seguida se imaginan lo peor. Le digo que no hubo ninguna razón. Era aficionada a los martillos, nada más.

—¿Qué dijo antes de golpearlo?

—Sólo «Despiértate, Andrew».

—No, antes de eso.

—Nada. Nada, durante media hora, o una hora, por lo menos. Oh, me pidió que fuese a comprar no sé qué, pero le dije que hacía mucho calor. Yo quería descansar, no me sentía del todo bien. Ella no se daba cuenta de cómo me sentía. Se enfureció, seguramente, y no pensó en otra cosa durante una hora, y luego tomó el martillo y vino y perdió los estribos. Quizá la trastornó el calor, también.

La señorita Fremwell se reclinó pensativa, a la sombra del porche, y alzó las cejas.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Un año. Recuerdo que nos casamos en julio, cuando yo caí enfermo.

—¿Enfermo?

—No era un hombre sano. Trabajaba en un garaje. Entonces empecé a tener esos dolores de espalda que no me permitían trabajar, y tenía que recostarme por las tardes. Ellie, bueno, ella trabajaba en el First National Bank.

—Ya veo —dijo la señorita Fremwell.

—¿Qué?

—Nada.

—Soy un hombre sencillo. No hablo mucho. Soy sencillo y tranquilo. No gasto dinero, soy económico. Hasta Ellie lo reconocía. No discuto. Bueno, a veces Ellie me hablaba y me hablaba, como si arrojase una pelota contra una pared, pero yo no contestaba. Me quedaba callado. Lo tomaba con calma. ¿Para qué sirve remover constantemente las cosas, hablar y hablar siempre, no le parece?

La señorita Fremwell miró la frente del señor Lemon a la luz de la luna. Se le movieron los labios, pero el señor Lemon no pudo oír lo que ella decía.

De pronto la señorita Fremwell se enderezó y aspiró profundamente, y parpadeando, sorprendida, miró el mundo más allá del porche. Los ruidos del tránsito llegaban ahora hasta el porche, como recién sintonizados; durante largo rato habían sido tan débiles. La señorita Fremwell aspiró y espiró profundamente.

—Como usted dice, señor Lemon, discutiendo no se llega a ninguna parte.

—¡Claro! —dijo el señor Lemon—. Soy un hombre tranquilo, le digo…

Pero la señorita Fremwell tenía los ojos cerrados, y una expresión rara en la boca. El señor Lemon se dio cuenta y la miró con atención.

Un viento nocturno movía el vestido de verano de la señorita Fremwell y las mangas de la camisa del señor Lemon.

—Es tarde —dijo la señorita Fremwell.

—¡Apenas las nueve!

—Tengo que levantarme temprano mañana.

—Pero todavía no me contestó, señorita Fremwell.

—¿No le contesté? —La señorita Fremwell parpadeó—. Oh, oh.

Se levantó de la mecedora. Buscó a tientas en la oscuridad el picaporte de la puerta de alambre.

—Bueno, señor Lemon, déjeme que lo piense.

—Oh, eso es justo —dijo el señor Lemon—. ¿Para qué discutir, no es cierto?

La puerta se cerró. El señor Lemon oyó que ella avanzaba por el pasillo oscuro y caluroso. Jadeó, palpándose el tercer ojo, el ojo que no veía.

Sentía ahora una desdicha sorda en el interior del pecho, como una enfermedad nacida de un exceso de charla. Y entonces pensó en la caja blanca, cerrada y nueva, que lo esperaba en el cuarto, y se animó. Abrió la puerta de alambre, y avanzó por el pasillo silencioso. Entró en el cuarto, y resbaló tropezando con un ejemplar de *Historias Románticas de la Vida Real*. Encendió nerviosamente la luz, sonriendo, abrió torpemente la caja y sacó la peluca. Se detuvo frente al espejo brillante y siguiendo las instrucciones trabajó con las cintas, y rizó la peluca por aquí, y la pegó por allá y la acomodó de nuevo y la peinó cuidadosamente. Salió del cuarto y fue por el

pasillo hasta la puerta de la señorita Fremwell.

—¿Señorita Naomi? —llamó, sonriendo.

La luz se apagó debajo de la puerta.

El señor Lemon se quedó mirando la cerradura oscura, incrédulo.

—Oh, ¿señorita Naomi? —repitió, rápidamente.

Nada ocurrió en el cuarto. Al cabo de un momento, el señor Lemon probó el picaporte. El picaporte se resistió. Oyó que la señorita Fremwell suspiraba, y decía algo. Luego unos pies ligeros se acercaron a la puerta. La luz se encendió.

—¿Sí? —dijo la señorita Fremwell detrás de la puerta.

—Mire, señorita Naomi —suplicó el señor Lemon—. Abra la puerta. Mire.

El cerrojo se descorrió. La señorita Fremwell abrió la puerta, unos pocos centímetros. Un ojo miró fijamente al señor Lemon.

—Mire —anunció el señor Lemon con orgullo, y se ajustó la peluca cubriendo decididamente el cráter profundo.

Se imaginó mirándose en el espejo del escritorio y se sintió complacido.

—Mire, señorita Fremwell, mire esto.

La señorita Fremwell abrió un poco más la puerta y miró. En seguida la cerró rápidamente y echó el cerrojo. Desde el otro lado del panel la señorita Fremwell habló Con una voz opaca.

—Todavía veo el agujero, señor Lemon —dijo.

Eran morenos y de ojos dorados

El metal del cohete se enfriaba en los vientos de la pradera. La tapa se alzó con un *pop*. De la relojería interior salieron un hombre, una mujer, y tres niños. Los otros pasajeros se alejaban ya, murmurando, por las praderas marcianas.

El hombre sintió que los cabellos le flotaban y que los tejidos del cuerpo se le estiraban como si estuviera de pie en el centro de un vacío. Miró a su mujer que casi parecía disiparse en humo. Los niños, pequeñas semillas, podían ser sembrados en cualquier momento, a todas las latitudes marcianas.

Los niños lo miraban, como la gente mira el sol para saber en qué hora vive.

—¿Qué anda mal? —preguntó la mujer.

—Volvamos al cohete.

—¿A la Tierra?

—¡Sí! ¡Escucha!

El viento soplaba como si quisiera quitarles la identidad. En cualquier momento el aire marciano podía sacarle a uno el alma, como una médula arrancada a un hueso blanco. El hombre se sentía sumergido en una sustancia química capaz de disolverle la inteligencia y quemarle la memoria.

Miraron las montañas marcianas que el tiempo había carcomido con una aplastante presión de años. Vieron las ciudades antiguas perdidas en las praderas, y que yacían como delicados huesos de niños entre los lagos ventosos de césped.

—Ánimo, Harry —dijo la mujer—. Es demasiado tarde. Hemos recorrido más de noventa millones de kilómetros.

Los niños de pelo amarillo llamaban al eco en la profunda

cúpula del cielo marciano. Nada respondía; sólo el siseo apresurado del viento entre las briznas tiesas.

Las manos frías del hombre recogieron el equipaje. Un hombre de pie a la orilla de un mar, decidido a vadearlo, y a ahogarse.

—Vamos —dijo.

Fueron a la ciudad.

Se llamaban Bittering. Harry y su mujer Cora; Dan, Laura y David. Edificaron una casa blanca y tomaron buenos desayunos, pero el miedo nunca desapareció del todo. Acompañaba al señor Bittering y a la señora Bittering, como un intruso, en las charlas de medianoche, a la mañana, al despertar.

—Me siento como un cristal salino —decía Harry— arrastrado por un glaciar. No somos de aquí. Somos criaturas terrestres. Esto es Marte, y es para gente marciana. Escúchame, Cora, ¡compremos los pasajes para la Tierra!

Cora sacudía la cabeza.

—Algún día la bomba atómica destruirá la Tierra. Aquí estamos a salvo.

—¡A salvo, pero locos!

Tic-toc, son las siete, cantó el reloj parlante. *Hora de levantarse*.

Harry y Cora se levantaron.

A la mañana, Harry examinaba todas las cosas —el fuego del hogar, las macetas de geranios— como si temiera descubrir que faltaba algo. El periódico llegó caliente como una tostada en el cohete de las seis. Harry rompió el sello y puso el diario junto al plato del desayuno. Trató de mostrarse animado.

—Hemos vuelto a los días de la colonia —declaró—. Bueno, dentro de diez años habrá en Marte un millón de terráqueos. ¡Grandes ciudades, todo! Decían que fracasaríamos. Decían que los marcianos se resistirían a la invasión. ¿Pero encontramos a algún marciano? Ninguno. Oh, sí, encontramos las ciudades, pero estaban desiertas, ¿no es así? ¿No es así?

Un río de viento inundó la casa. Cuando las ventanas dejaron de temblar el señor Bittering tragó saliva y miró a los niños.

—No sé —dijo David—. Quizá haya marcianos aquí, y no los

vemos. A veces, de noche me parece oírlos. Oigo el viento. La arena golpea la ventana. Me asusto. Y veo esas ciudades allá en las montañas donde vivieron hace tiempo los marcianos. Y me parece entonces que algo se mueve en esas ciudades, papá. Y me pregunto si a esos marcianos les gustará que estemos aquí. Me pregunto si no nos harán algo por haber venido.

—¡Tonterías! —El señor Bittering miró por la ventana—. Somos gente sana, decente. —Miró a sus hijos—. Todas las ciudades muertas tienen fantasmas. Recuerdos, quiero decir. —Observó las colinas—. Ves una escalera y te preguntas qué parecerían los marcianos cuando las subían. Ves pinturas marcianas y te preguntas cómo sería el pintor. Inventas así un fantasma, un recuerdo. Es perfectamente natural. La imaginación. —Hizo una pausa—. No habrás visitado las ruinas, ¿verdad?

—No, papá.

David se miró los zapatos.

—Bueno, entonces no vayas. Alcánzame el dulce.

—Sin embargo —dijo el pequeño David—, creo que aquí pasa algo.

Algo pasó aquella tarde.

Laura corrió entre las casas, llorando.

Llegó al porche tropezando como una ciega.

—¡Mamá, papá, la guerra, en la Tierra! —sollozó—. Acaba de oírse en la radio. Bombas atómicas cayeron en Nueva York. Los cohetes del espacio estallaron todos. No más cohetes a Marte, ¡nunca más!

La madre se abrazó a su marido y a su hija.

—¡Oh, Harry!

—¿Estás segura, Laura? —preguntó el padre, serenamente.

Laura lloraba.

—¡Estamos en Marte para siempre, para siempre!

Durante un largo rato sólo se oyó el sonido del viento en el atardecer.

Solos, pensó Bittering. Y apenas mil de los nuestros. Sin posibilidades de regresar. Ninguna. Absolutamente ninguna. El sudor le bañaba la cara, las manos; el calor del miedo le empapaba

el cuerpo. Quería pegarle a Laura, quería gritarle: «¡No, mientes! ¡Los cohetes volverán!» En cambio la abrazó y le acarició la cabeza.

—Un día los cohetes volverán —dijo.

—Papá, ¿qué haremos?

—Ocuparnos de nuestras cosas, por supuesto. Cultivar campos, y criar hijos. Esperar. Seguir adelante hasta que la guerra termine, y los cohetes vengan otra vez.

Los dos niños entraron en el porche.

—Hijos —dijo Harry, mirando a lo lejos—. Tengo algo que decirles.

—Lo sabemos —dijeron los niños.

En los días siguientes, Bittering rondó a menudo por el jardín, a solas con su miedo. Mientras los cohetes habían tejido una tela de plata en el cielo, había podido aceptar a Marte. Siempre se decía: Mañana, si quiero, puedo comprar un pasaje y volver a la Tierra.

Pero ahora la tela había desaparecido. Las vigas derretidas y los cables sueltos de los cohetes yacían en montones, como piezas de un rompecabezas. Desterrados en el mundo extraño de Marte, de vientos de canela y aires vinosos, horneándose como hogazas de pan de jengibre en los veranos marcianos, conservados en despensas durante los inviernos marcianos. ¿Qué les pasaría a él y a los otros? Marte había estado esperando este momento. Ahora los devoraría.

Se arrodilló en el macizo de flores, con una pala en las manos nerviosas. Trabaja, pensó, trabaja y olvida.

Alzó los ojos y miró las montañas marcianas. Pensó en los antiguos y orgullosos nombres marcianos de esas cumbres. Los terrestres, caídos del cielo, habían contemplado las colinas, los ríos, los mares de Marte, todos anónimos, aunque tenían nombres. En otro tiempo los marcianos habían levantado ciudades, las habían bautizado; habían trepado a las montañas, las habían bautizado, habían navegado mares, los habían bautizado. Las montañas se fundieron, los mares se secaron, las ciudades se derrumbaron. Sin embargo, los terrestres se habían sentido culpables cuando pusieron nuevos nombres a las colinas y valles antiguos.

El hombre vive de símbolos y de signos. Inventaron los nuevos nombres.

El señor Bittering se sintió muy solo y anacrónico al sol marciano, plantando flores terrestres en un suelo inclemente.

Piensa, sigue pensando. En otras cosas. No en la Tierra, ni en la guerra atómica, ni en los cohetes perdidos.

Transpiraba. Miró alrededor. Nadie lo veía. Se quitó la corbata. Qué audacia, pensó. Primero la chaqueta, ahora la corbata. La colgó cuidadosamente en un duraznero que había traído de Massachusetts.

Volvió a su filosofía de los nombres y las montañas. Los terrestres habían cambiado los nombres. Ahora había en Marte valles Hormel, mares Roosevelt, montañas Ford, planicies Vanderbilt, ríos Rockefeller. No estaba bien. Los colonizadores norteamericanos habían usado acertadamente los nombres de las antiguas praderas indias: Wisconsin, Minnesota, Idaho, Ohio, Utah, Milwaukee, Waukegan, Osseo. Nombres antiguos, significados antiguos.

Mirando fijamente las montañas, Bittering pensó: ¿Están ustedes ahí? ¿Ustedes, todos los muertos, los marcianos? Pues bien, aquí estamos nosotros, solos, desamparados. Vengan, échennos.

El viento sopló una lluvia de flores de durazno.

El señor Bittering tendió una mano curtida por el sol y ahogó un grito. Tocó los capullos, los recogió. Los dio vuelta, los tocó de nuevo, una y otra vez.

—¡Cora! —gritó.

Cora se asomó a la ventana. El señor Bittering corrió hacia ella.

—Cora, ¡estas flores! —Se las puso en la mano—. ¿Ves? Son distintas. Han cambiado. Ya no son flores de durazno.

—Para mí están bien —dijo Cora.

—No, no están bien. ¡Les pasa algo! No sé qué. ¡Un pétalo de más, una hoja, el color, el perfume!

Los niños aparecieron cuando el padre corría por el jardín, arrancando rábanos, cebollas y zanahorias.

—¡Cora, ven, mira!

Se pasaron de mano en mano las cebollas, los rábanos, las zanahorias.

—¿Te parecen zanahorias?

—Sí…, no. —Cora titubeó—. No lo sé.

—Han cambiado.

—Quizá.

—¡Sabes que sí! Cebollas, pero no cebollas, zanahorias, pero no zanahorias. El mismo sabor, pero distinto. Otro olor también. —El señor Bittering sintió los latidos de su propio corazón y tuvo miedo. Hundió los dedos en la tierra—. Cora, ¿qué pasa? ¿Qué es esto? Tenemos que cuidarnos. —Corrió por el jardín, tocando los árboles —. Las rosas. Las rosas. ¡Son verdes ahora!

Se quedaron mirando las rosas verdes.

Y dos días más tarde Dan llegó corriendo:

—Vengan a ver la vaca. La estaba ordeñando y entonces lo vi. Vengan, pronto.

Fueron al establo y miraron la vaca.

Le estaba creciendo un tercer cuerno.

Y frente a la casa, muy silenciosa y lentamente, el césped tomaba el color de las violetas primaverales. Una planta de la tierra, pero de color púrpura.

—Tenemos que irnos —dijo Bittering—. Si comemos esto, nos trasformaremos también, quién sabe en qué. No puedo permitirlo. Sólo nos queda una cosa. Quemar las plantas.

—No están envenenadas.

—Sí, de un modo sutil, muy sutil. Un poquito, apenas. No hay que comerlas. —Miró desanimado la casa—. Hasta la casa. El viento le ha hecho algo. El aire la quemó. La niebla nocturna. Las maderas, todo tiene otra forma. Ya no es una casa terrestre.

—Oh, imaginaciones tuyas.

Harry se puso la chaqueta y la corbata.

—Me voy a la ciudad. Tenemos que hacer algo en seguida. Volveré.

—Espera, Harry —gritó la mujer.

Pero Bittering ya estaba lejos.

En la ciudad, en los escalones de la tienda de comestibles, a la sombra, los hombres sentados, con las manos en las rodillas, charlaban ociosamente.

El señor Bittering tuvo ganas de disparar una pistola al aire. ¡Qué hacen, imbéciles!, pensó. Sentados aquí. Sabrán ya que estamos clavados en este planeta. ¡Vamos, muévanse! ¿No tienen

miedo? ¿Qué piensan hacer?

—Hola, Harry —dijeron todos.

—Escuchen —dijo Bittering—. Habrán oído las noticias, el otro día, ¿verdad?

Los hombres asintieron y se echaron a reír.

—Claro, Harry, claro.

—¿Y qué piensan hacer?

—Pero, Harry, no podemos hacer nada.

—¡Sí, construir un cohete!

—¿Un cohete, Harry? ¿Y volver a esa pesadilla? Oh, Harry.

—Pero ustedes *desean* volver. ¿Han visto las flores de durazno, las cebollas, el césped?

—Bueno, Harry, sí, creo que sí —dijo uno de los hombres.

—¿Y no te asustaste?

—No mucho, Harry, me parece.

—¡Idiotas!

—Vamos, Harry.

Bittering quería llorar.

—Tienen que ayudarme. Si nos quedamos aquí, todos nosotros cambiaremos. El aire. ¿No huelen? Hay algo en el aire. Un virus marciano, tal vez; una semilla, un polen. ¡Escúchenme!

Todos lo miraron.

—Sam —le dijo Bittering a uno de los hombres.

—Sí, Harry.

—¿Me ayudarás a construir un cohete?

—Harry, tengo todo un cargamento de metal y algunos planos. Si quieres trabajar en mi taller, con mucho gusto. Te venderé el metal a quinientos dólares. Trabajando solo, podrías construir un bonito cohete, en unos treinta años.

Todos se echaron a reír.

—No se rían.

Sam lo miró de muy buen humor.

—Sam —dijo Bittering—. Tus ojos…

—¿Qué pasa con mis ojos, Harry?

—¿No eran grises?

—Bueno, francamente, no recuerdo.

—Eran grises, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas, Harry?

—Porque ahora son amarillentos.

—¿Sí? —dijo Sam, con indiferencia.

—Y estás muy alto y más delgado.

—Tal vez tengas razón, Harry.

—Sam, no debieras tener los ojos amarillos.

—Harry, ¿de qué color son *tus* ojos? —dijo Sam.

—¿Mis ojos? De color azul, naturalmente.

—Bueno, Harry, mira. —Sam le alcanzó un espejo de bolsillo—. Mírate los ojos.

El señor Bittering vaciló, y alzó el espejo y miró.

En las pupilas azules había débiles motitas de oro nuevo.

—Mira lo que hiciste —dijo Sam un momento después—. Rompiste el espejo.

Harry Bittering se instaló en el taller y empezó a construir el cohete. Los hombres se detenían junto a la puerta abierta y conversaban y bromeaban en voz baja. De cuando en cuando, ayudaban a Bittering cuando había que levantar una pieza demasiado pesada. Pero la mayor parte del tiempo se quedaban en la puerta sin hacer nada, mirándolo con unos ojos cada día más amarillos.

—Es la hora del almuerzo, Harry —le decían.

Cora le traía el almuerzo en una cesta de mimbre.

—No lo probaré —decía Harry—. Sólo comeré alimentos del congelador. Alimentos traídos de la Tierra. Nada de nuestra huerta.

Cora lo miró.

—No puedes construir un cohete.

—Trabajé en un taller, a los veinte años. Conozco el metal. Cuando empiece, los otros me ayudarán —dijo Bittering sin mirarla, extendiendo los planos.

—Harry, Harry —dijo Cora, desanimada.

—Tenemos que irnos, Cora. Tenemos que irnos.

El viento soplaba toda la noche en las desiertas praderas marinas, iluminadas por la luna, más allá de las ciudades ajedrezadas, tendidas en las playas desiertas desde hacía doce mil años. En la colonia terrestre, la casa de los Bittering se sacudía,

cambiando.

El señor Bittering, acostado, sentía que los huesos se le movían, se trasformaban, se fundían como el oro. Cora, tendida junto a él, tenía la piel bronceada por muchas tardes de sol. Era ahora morena y de ojos dorados, y los niños, metálicos en sus camas, y el viento salado rugía cambiando entre los viejos durazneros, el césped violeta, sacudiendo los pétalos verdes de las rosas.

El miedo del señor Bittering era incontenible. Le apretaba la garganta y el corazón. Le rezumaba en la humedad del brazo, de la sien, de la palma temblorosa.

En el este apareció una estrella verde.

Una palabra extraña brotó de los labios del señor Bittering.

—*Iorrt. Iorrt* —repitió.

Era una palabra marciana. El señor Bittering no sabía marciano. Se levantó en medio de la noche y llamó a Simpson, el arqueólogo.

—Simpson, ¿qué significa la palabra *Iorrt*?

—Bueno, es el antiguo nombre marciano del planeta Tierra. ¿Por qué?

—Nada en especial.

El teléfono se le cayó de las manos.

—Hola, hola, hola, hola —seguía diciendo el aparato mientras Bittering miraba fijamente la estrella verde—: ¿Bittering? ¿Harry? ¿Estás ahí?

Los días estaban llenos de ruidos metálicos. Ayudado de mala gana por tres hombres, Bittering montó el armazón del cohete. Al cabo de una hora se sintió muy fatigado y tuvo que sentarse a descansar.

—La altura —comentó uno de los hombres jocosamente.

—Dime, Harry, ¿tú comes? —preguntó otro.

—Sí, como —dijo Bittering, colérico.

—¿Del congelador?

—¡Sí!

—Estás más delgado, Harry.

—¡No es verdad!

—Y más alto.

—¡Mientes!

Unos días después, Cora lo llevó aparte.

—Harry, las provisiones congeladas se acabaron. No queda absolutamente nada. Tendré que prepararte unos sándwiches con comida de Marte.

Harry se desplomó en una silla.

—Tienes que comer, Harry —dijo Cora—. Estás débil.

—Sí —dijo Bittering.

Tomó un sándwich, lo abrió, lo miró, y empezó a mordisquearlo.

—¿Por qué no descansas hoy? —dijo Cora—. Hace calor. Los chicos quieren ir a nadar a los canales y pasear. Ven con nosotros.

—No puedo perder tiempo. Estamos en un momento crítico.

—Una hora, nada más —insistió Cora—. Te hará bien nadar un rato.

Harry se puso de pie, sudoroso.

—Bueno, bueno. Déjame solo. Iré.

—Me alegro mucho, Harry.

El día era sereno, el sol ardiente. Un incendio inmenso, único, inmutable. Caminaron a lo largo del canal: el padre y la madre; los niños correteaban en trajes de baño. Hicieron un alto y comieron sándwiches de carne. Bittering miró la piel bronceada y los ojos amarillos de Cora y los niños, los ojos que antes no habían sido amarillos. Sintió un temblor, que desapareció en oleadas de calor mientras descansaba al sol. Estaba demasiado cansado para sentir miedo.

—Cora, ¿desde cuándo tienes los ojos amarillos?

Cora parecía perpleja.

—Siempre los tuve así, creo.

—¿No eran castaños? ¿No cambiaron de color en los tres últimos meses?

Cora se mordió los labios.

—No. ¿Por qué?

—No tiene importancia.

Hubo un silencio.

—Los ojos de los chicos —dijo Harry—. También son amarillos.

—A los niños, cuando crecen, les cambia el color de los ojos.

—Quizá también nosotros seamos niños. Al menos para Marte. Es una idea. —Bittering se echó a reír—. Creo que voy a nadar.

Saltaron al agua, y Bittering se dejó ir, hasta el fondo, como una estatua dorada, y allí descansó, en el silencio verde. Todo era agua serena y profunda, todo era paz. Sintió que la corriente lenta y firme lo llevaba fácilmente.

Si me quedo aquí bastante tiempo, pensó, el agua me abrirá y carcomerá la carne hasta mostrar los huesos de coral. Sólo quedará mi esqueleto. Y luego el agua hará cosas con mi esqueleto: cosas verdes, cosas acuáticas, cosas rojas, cosas amarillas. Cambios. Cambios. Cambios lentos, profundos, silenciosos. ¿Y no es lo mismo *allá, arriba*?

Miró el cielo sumergido sobre él, el sol que era ahora marciano, en otra atmósfera, otro tiempo y otro espacio.

Allá arriba, un río inmenso, pensó, un río marciano, y todos nosotros en el fondo, en nuestras casas de guijarros, en hundidas casas de piedra, como cangrejos ocultos, y el agua que nos limpia los viejos cuerpos y nos alarga los huesos y…

Se dejó ir a la superficie a través de la luz suave.

Dan, sentado en el borde del canal, miraba a su padre seriamente.

—*Utha* —dijo.

—¿Cómo? —preguntó el padre.

El chico sonrió.

—Bueno, papá, tú sabes. *Utha* en marciano significa padre.

—¿Dónde lo aprendiste?

—No lo sé. Por ahí. *¡Utha*!

—¿Qué quieres?

El chico vaciló.

—Quiero…, quiero cambiarme el nombre.

—¿Cambiártelo?

—Sí.

La madre se acercó nadando.

—¿Qué tiene de malo el nombre Dan?

Dan se tironeaba de los dedos.

—El otro día tú me llamaste: Dan, Dan, Dan. Ni siquiera te oí. Ése no es mi nombre, pensé. Tengo un nombre nuevo.

El señor Bittering se tomó del borde del canal. Tenía el cuerpo frío, y el corazón le golpeaba lentamente.

—¿Qué nombre nuevo?

—*Linnl.* ¿No es bonito? ¿Puedo usarlo? Papá, por favor.

El señor Bittering se llevó la mano a la cabeza. Recordó el cohete absurdo, se vio trabajando a solas. Estaba solo hasta entre su propia familia, tan solo…

Oyó la voz de su mujer.

—¿Por qué no?

Y se oyó decir:

—Sí, puedes usarlo.

—¡Yaaa! —gritó el chiquillo—. Soy *Linnl. Linnl.*

Corría por la pradera, bailando y gritando.

El señor Bittering miró a su mujer.

—¿Por qué lo hicimos?

—No lo sé —dijo ella—. Me pareció una buena idea.

Fueron hacia las colinas. Pasearon por los viejos senderos de mosaicos, junto a las fuentes todavía vivas. Durante todo el verano una película de agua helada cubría los senderos. Chapoteando como en un arroyo, vadeando, los pies descalzos estaban siempre frescos.

Llegaron a una villa marciana con una hermosa vista al valle, en lo alto de un cerro. Vestíbulos de mármol azul, murales inmensos, una piscina. Una casa fresca en el caluroso estío. Los marcianos no habían creído en las grandes ciudades.

—Que bueno —dijo la señora Bittering— si pudiésemos instalamos aquí, en esta villa, a pasar el verano.

—Ven —dijo el señor Bittering—. Volvamos a la ciudad. Tengo que trabajar en el cohete.

Pero esa noche, mientras trabajaba, recordó la fresca villa de mármol azul. A medida que transcurrían las horas, el cohete le parecía menos importante.

Pasaron días, semanas, y el cohete quedó relegado, olvidado. La antigua fiebre había desaparecido. El señor Bittering se asustaba pensando cómo se había dejado estar. Pero el calor, la atmósfera, las condiciones de trabajo…

Oyó a los hombres que cuchicheaban en el porche del taller.

—Todo el mundo se marcha. ¿Te enteraste?

—Sí, todos se marchan. Y está bien así.

Bittering salió.

—¿Adónde se marchan?

Vio un par de camiones, cargados de niños y de muebles, que se alejaban por la calle polvorienta.

—A las villas —dijo el hombre.

—Sí, Harry. Yo también me marcho. Y Sam, ¿no es cierto, Sam?

—Por supuesto. ¿Y tú, Harry?

—Tengo que trabajar, aquí.

—¡Trabajar! Podrías terminar el cohete en el otoño, cuando el tiempo es más fresco.

Bittering tomó aliento.

—Ya tengo lista la armazón.

—En el otoño será mucho mejor.

Las voces eran indolentes en el calor.

—Tengo que trabajar —dijo Bittering.

—En el otoño —insistieron los otros. Y parecían tan sensatos, tan lógicos.

En otoño será mejor, pensó Bittering. Tengo tiempo de sobra.

¡No!, gritó una parte de sí mismo, muy adentro, desplazada, encerrada, sofocándose. ¡No! ¡No!

—En el otoño —dijo.

—Vamos, Harry —dijeron todos.

—Sí —dijo Bittering, sintiendo que la carne se le fundía en el líquido aire caliente—. Sí, en el otoño. Entonces empezaré a trabajar de nuevo.

—Conseguí una villa cerca del canal *Tirra* —dijo un hombre.

—Te refieres al canal Roosevelt, ¿verdad?

—*Tirra*. El antiguo nombre marciano.

—Pero en el mapa…

—Olvídate del mapa. Ahora es *Tirra*. Bueno, descubrí un lugar en las montañas *Pillan*…

—La cordillera Rockefeller, querrás decir —observó Bittering.

—Las montañas *Pillan* —repitió Sam.

—Sí, sí —dijo Bittering, hundido en el aire caliente, hormigueante—. Las montañas *Pillan*.

Todos ayudaron a cargar el camión en la tarde calurosa y apacible del día siguiente.

Laura, Dan y David llevaban paquetes. O, como ellos preferían que los llamasen, *Ttil, Linnl* y *Werr* llevaban paquetes.

Los muebles quedaron abandonados en la casita blanca.

—Quedaban muy bien en Boston —dijo la madre—, y aquí, en la cabaña. Pero allá arriba, en la villa… No. Los dejaremos aquí para nuestra vuelta, en el otoño.

Bittering no decía nada.

—Tengo algunas ideas para el mobiliario de la villa —dijo después de un rato—. Muebles cómodos, grandes.

—¿Y tu enciclopedia? Me imagino que querrás llevarla.

El señor Bittering apartó los ojos.

—Vendré a buscarla la semana que viene.

Los padres se volvieron hacia Laura.

—¿Qué harás con los vestidos que te compramos en Nueva York? ¿Piensas llevarlos?

La niña los miró perpleja.

—¿Para qué? No. No los necesito.

Cerraron el gas, el agua, atrancaron las puertas y se alejaron. El padre echó una mirada al camión.

—Diantre, no llevamos casi nada —dijo—. Trajimos tantas cosas a Marte, y esto cabe en un puño.

Puso en marcha el camión.

Miró largamente la casita blanca, y tuvo el deseo de correr hacia ella, de tocarla, de decirle adiós, porque sentía que partía en un largo viaje, que abandonaba algo que nunca recuperaría, que nunca comprendería.

En ese momento Sam y su familia pasaron en otro camión.

—¡Hola, Bittering! ¡Aquí vamos!

El camión avanzó bamboleándose por la antigua carretera hacia las afueras de la ciudad. Otros sesenta camiones iban en la misma dirección. En el pueblo flotó un polvo grávido, silencioso. Las aguas azules del canal resplandecían al sol, y un viento sereno movía los árboles raros.

—¡Adiós, pueblo! —dijo el señor Bittering.

—Adiós, adiós —dijo la familia, agitando los brazos.

No miraron hacia atrás.

El verano resecó los canales. El verano avanzó como una llama por encima de las praderas. En la desierta colonia terrestre, la pintura de las casas se resquebrajó y descascaró. Los neumáticos de automóvil que habían sido las hamacas de los niños, en los jardines, colgaban como relojes de péndulo, detenidos en el aire ardiente.

En el taller el casco del cohete empezó a enmohecerse.

Había llegado el otoño. Desde la escarpa que coronaba la villa, el señor Bittering, muy moreno ahora, con los ojos muy dorados, contemplaba el valle.

—Es hora de regresar —dijo Cora.

—Sí, pero no iremos —dijo Bittering con calma—. No queda nada allí.

—Tus libros —dijo ella—. Tus ropas buenas. Tus *llles* y tus *ior uele rre*.

—La ciudad está desierta. Nadie regresa —dijo Bittering—. No hay ninguna razón para volver, ninguna.

La hija tejía tapices y los hijos tocaban canciones en flautas y gaitas antiguas. Las risas resonaban en la villa de mármol.

El señor Bittering echó una mirada a la colonia terrestre, en la profundidad del valle.

—Qué casas tan absurdas, tan ridículas edifican los hombres de la Tierra.

—No conocían nada mejor —murmuró la mujer—. Qué gente tan fea. Me alegra que se hayan ido.

Se miraron, sorprendidos por lo que acababan de decir. Se rieron.

—¿Adónde se han ido? —se preguntó Bittering en voz alta.

Miró de soslayo a su mujer. Dorada y esbelta como la hija. Cora lo miró a su vez, y él también parecía casi tan joven como el hijo mayor.

—No lo sé —dijo Cora.

—Tal vez el año próximo, o el otro, o el siguiente, regresemos al pueblo —dijo Bittering, con calma—. Ahora…, tengo calor. ¿Te gustaría nadar un rato?

Dieron la espalda al valle. Tomados del brazo, caminaron silenciosamente por un sendero de aguas claras y primaverales.

Cinco años más tarde cayó un cohete del cielo. Se posó, humeando, en el valle. Unos hombres descendieron gritando.

—¡Ganamos la guerra! ¡Hemos venido a rescatarlos! ¡Eh!

Pero el pueblo norteamericano, el pueblo de durazneros y teatros estaba mudo. En un taller vacío encontraron la armazón de un cohete, cubierta de herrumbre.

La tripulación recorrió las colinas. El capitán había establecido sus cuarteles en un bar abandonado. El teniente llegó con el informe.

—El pueblo está desierto, pero encontramos nativos en las colinas, señor. Gente muy morena. De ojos amarillos. Marcianos. Muy amables. Hablamos un poco con ellos, no mucho. Aprenden inglés rápidamente. Creo que nuestras relaciones serán sumamente cordiales.

—¿Morenos, eh? —murmuró el capitán—. ¿Cuántos?

—Seiscientos, ochocientos quizá. Viven en las ruinas de mármol de las montañas, señor. Altos, sanos. Mujeres muy hermosas.

—¿No le dijeron qué les pasó a los terrestres que fundaron la colonia, teniente?

—No tienen la más remota idea.

—Curioso. ¿Le parece que los marcianos pueden haberlos matado?

—Parecen gente muy pacífica. Una peste probablemente, señor.

—Tal vez. Se me ocurre que nunca lo sabremos. Será cómo uno de esos misterios de los que hablan los libros.

El capitán miró el cuarto, las ventanas polvorientas, las montañas azules que se alzaban a lo lejos, los canales que se movían a la luz, y oyó el viento suave en el aire. Se estremeció. Luego, recobrándose, tocó con los dedos un mapa grande y nuevo que había desplegado sobre una mesa.

—Hay mucho que hacer, teniente. —La voz se arrastró mientras el sol se ponía detrás de las colinas azules—. Nuevas colonias. Minas, prospección de minerales. Especímenes bacteriológicos. Trabajo, tanto trabajo. Los viejos archivos se han perdido. Será una verdadera tarea dibujar los mapas, poner nuevos nombres a las montañas, a los ríos, a todo. Necesitamos imaginación… ¿Qué le parece si a estas montañas las llamamos las montañas Lincoln, a

este canal el canal Washington, a estas colinas…, a estas colinas podemos ponerle el nombre de usted, teniente? Diplomacia. Y usted, en cambio, puede darle mi nombre a un pueblo. Cortesía ante todo. ¿Y por qué no llamar a esto el valle Einstein y a aquello…? Teniente, ¿me escucha?

El teniente apartó bruscamente los ojos del color azul y de la bruma serena de las colinas, más allá del pueblo.

—¿Cómo? ¡Oh, sí, sí, señor!

La sonrisa

La cola se ordenó en la plaza del pueblo a las cinco de la mañana, cuando los gallos cantaban en los lejanos campos cercados y no había fuegos. En todas partes, entre los edificios ruinosos, había, al principio, restos de bruma, pero ahora se disipaba ya, con la nueva luz de las siete. Camino abajo, en parejas y tríos, se reunía cada vez más gente para el día de mercado, el día del festival.

El niño estaba inmediatamente detrás de dos hombres que hablaban en el aire claro, y las voces parecían más altas a causa del frío. El niño saltaba sobre un pie y otro pie y se soplaba las manos agrietadas y rojas, y observaba las ropas sucias de los hombres y la larga fila de hombres y mujeres.

—Eh, chico, ¿qué haces levantado tan temprano? —dijo el hombre que estaba detrás.

—Estoy en la cola —dijo el chico.

—¿Por qué no te haces humo, y dejas tu sitio a alguien que sepa?

—No lo molestes al chico —dijo el hombre que estaba adelante, volviéndose de pronto.

—Era una broma —El hombre de atrás puso la mano sobre la cabeza del niño. El niño se apartó fríamente—. Sólo que me pareció raro, un chico levantado tan temprano.

—Este chico entiende de arte, no lo olvides —dijo el defensor del niño, un hombre llamado Grigsby—. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Tom.

—Tom va a escupir como Dios manda, ¿verdad, Tom?

—¡Claro que sí!

La risa corrió por la fila.

Más adelante, un hombre vendía tazas resquebrajadas de café caliente. Tom miró y vio la pequeña hoguera y el brebaje que hervía en una olla oxidada. No era café en realidad. Lo hacían con unas bayas de los prados, y lo vendían a un penique la taza, para calentar los estómagos; pero no eran muchos los que compraban, no muchos tenían dinero.

Tom miró hacía el frente, hacia la cabeza de la fila, más allá de una combada pared de piedra.

—Dicen que *sonríe* —comentó.

—Ay, y cómo sonríe —dijo Grigsby.

—Dicen que está hecha de aceite y tela.

—Cierto. Y por eso pienso que no es el original. El original, he oído decir, fue pintado sobre madera hace mucho tiempo.

—Dicen que tiene cuatro siglos.

—Tal vez más. Nadie sabe en verdad en qué año estamos.

—¡2061!

—Sí, eso dicen, chico. Mienten. Podría ser también el año 3000 o 5000. Durante un tiempo todo fue aquí muy confuso. Sólo nos quedan restos y pedazos.

Arrastraron los pies sobre el empedrado frío.

—¿Cuánto tendremos que esperar para verla? —preguntó Tom, inquieto.

—Unos pocos minutos. La pondrán entre cuatro postes de bronce y cordeles de terciopelo, todo para mantener alejada a la gente. Y atención, Tom, piedras no; no permiten que le tiren piedras.

—Sí, señor.

El sol ascendía en el cielo, calentando el aire, y los hombres se sacaron los abrigos sucios y los sombreros grasientos.

—¿Por qué estamos todos aquí en fila? —preguntó por último Tom—. ¿Por qué venimos a escupir?

Grigsby no se volvió, y examinó el sol.

—Bueno, Tom, hay muchas razones. —Buscó distraídamente en un bolsillo desaparecido tiempo atrás un cigarrillo que no estaba allí. Tom había visto ese movimiento un millón de veces—. Mira, Tom, es el odio. El odio al pasado. Piensa, Tom. Las bombas, las ciudades destruidas, los caminos como piezas de rompecabezas, los

trigales radiactivos que brillan de noche. ¿No crees que es algo tremendo?

—Sí, señor, creo que sí.

—Así es, Tom. Odias siempre lo que golpea y te destruye. Es la naturaleza humana. Inconsciente, quizá, pero naturaleza humana al fin.

—Odiamos casi todas las cosas —dijo Tom.

—¡Claro! Toda esa gentuza del pasado que gobernaba el mundo. Y aquí estamos, un jueves por la mañana, con las tripas pegadas a los huesos, muertos de frío, viviendo en cuevas y otros agujeros semejantes, sin cigarrillos, sin bebidas, sin nada excepto estos festivales, Tom, *nuestros* festivales.

Tom recordó los festivales de los últimos años. El año en que rompieron todos los libros en la plaza y los quemaron y la gente estaba borracha y alegre. Y el festival de la ciencia del mes anterior cuando arrastraron el último automóvil y echaron suertes y todos los que ganaban tenían derecho a darle un mazazo al automóvil.

—¿Si recuerdo, Tom, si *recuerdo*? Cómo no recordarlo, si a mí me tocó hacer añicos el parabrisas, ¿oyes? ¡Y qué ruido maravilloso, oh Dios! ¡*Crash*!

Tom oyó cómo el vidrio caía en brillantes montones.

—Y Bill Henderson, a él le tocó romper el motor. Oh, hizo un buen trabajo, Bill es un hombre eficiente. ¡*Bam*! Pero lo mejor de todo —rememoró Grigsby— fue aquella vez que destruyeron una fábrica donde intentaban aún producir aeroplanos. Dios, cómo voló por el aire y qué felices nos sentimos. Y después descubrirnos esa fábrica de papel de diario y el depósito de municiones y volamos todo al mismo tiempo. ¿Entiendes, Tom?

Tom reflexionaba, perplejo.

—Creo que sí.

Era pleno mediodía. Ahora los olores de la ciudad en ruinas apestaban el aire caliente y unas cosas reptaban entre los edificios desmoronados.

—¿No volverá nunca, señor?

—¿Qué? ¿La civilización? Nadie la quiere. ¡No yo, al menos!

—Yo podría soportar una pequeña parte —dijo un hombre detrás de otro hombre—. Había algunas cosas hermosas.

—No se haga mala sangre —gritó Grigsby—. No hay ninguna posibilidad, además.

—Ah —dijo el hombre detrás de otro hombre—. Alguien aparecerá algún día, alguien con imaginación, y la reconstruirá. Recuerde lo que le digo. Alguien que tenga corazón.

—No —dijo Grigsby.

—Yo digo que sí. Alguien que tenga un alma para las cosas hermosas. Podría devolvernos una especie de civilización *limitada*, donde sería posible la paz.

—Lo primero que habrá será una guerra.

—Pero quizá la próxima vez sea distinto.

Habían llegado al fin a la plaza principal. Lejos, un hombre a caballo venía hacia el pueblo. Llevaba en la mano una hoja de papel. En el centro de la plaza estaba el área cercada por las cuerdas. Tom, Grigsby y los demás juntaban saliva y avanzaban, avanzaban preparados y listos, con los ojos muy abiertos. Tom sintió el corazón que le latía con fuerza, excitado, y la tierra caliente bajo los pies desnudos.

—Ahora, Tom, al vuelo.

Cuatro policías estaban de pie en las esquinas de la zona cercada, cuatro hombres con aros de cuerda amarilla en las muñecas, y que tenían autoridad sobre los otros. Estaban allí para evitar que arrojasen piedras.

—Así —dijo Grigsby a último momento— todo el mundo siente que tiene su oportunidad, ¿ves, Tom? Vamos, ahora.

Tom se detuvo frente al cuadro y lo miró largo rato.

—¡Tom, escupe!

El chico tenía la boca seca.

—¡Vamos, Tom! ¡Adelante!

—Pero —dijo Tom, lentamente— es tan *hermosa*.

—Vamos, ¡yo escupiré por ti!

Grigsby escupió y el proyectil voló a la luz del sol. La mujer del retrato sonreía a Tom serenamente, secretamente, y Tom la miraba con el corazón palpitante, y una especie de música en los oídos.

—Es hermosa —dijo.

—Vamos, adelante, antes que la policía…

—¡Atención!

Los hombres y las mujeres que le gritaban a Tom, porque no avanzaba, se volvieron hacia el jinete.

—¿Cómo la llaman, señor? —preguntó Tom, en voz baja.

—¿Al cuadro? *Mona Lisa*, Tom, creo. Sí, *Mona Lisa*.

—Atención, una proclama —dijo el jinete—. Las autoridades decretan que a partir del mediodía de hoy el retrato que está en la plaza será entregado a manos del pueblo, para que todos participen en la destrucción de…

Tom apenas tuvo tiempo de gritar antes que la multitud lo arrastrase, voceando y golpeando, hacia el retrato. Se oyó el rasguido de una tela. La policía escapó. La multitud aullaba ahora. Las manos de los hombres eran como pájaros hambrientos que picoteaban el retrato. Tom se sintió lanzado contra la tela rota. Tendió la mano, imitando ciegamente a los otros, tomó una punta de la tela pintada, tironeó, sintió que la tela cedía, y cayó, y rodó entre puntapiés. Ensangrentado, la ropa hecha jirones, vio a las viejas que masticaban trozos de tela, los hombres que destrozaban el marco, pateaban el cuadro y lo reducían a confetti.

Sólo Tom permanecía aparte, silencioso en el movimiento de la plaza. Se miró la mano, y apretó el trozo de tela contra el pecho.

—Eh, Tom, ¡aquí —gritó Grigsby.

Tom, sollozando, echó a correr. Corrió trepando y bajando por los cráteres de las bombas, y llegó a un campo, vadeó un arroyo, sin mirar atrás, con el puño apretado bajo la chaqueta.

Al atardecer cruzó la aldea. A las nueve llegó a la casa ruinosa de la granja. Del otro lado, en el silo, en la parte que aún se mantenía en pie, cubierta de lonas, oyó los ruidos del sueño, la familia, la madre, el padre y el hermano. Se escurrió por la puertita rápidamente, silenciosamente, y se tendió, jadeando.

—¿Tom? —preguntó la madre en la oscuridad.

—Sí.

—¿Dónde estuviste? —rezongó el padre—. Ya arreglaremos cuentas mañana.

Alguien le lanzó un puntapié a Tom. El hermano, que se había quedado trabajando la pequeña parcela de tierra.

—Duérmete —gritó la madre, débilmente.

Otro puntapié.

Tom, acostado, recobró el aliento. Tenía la mano contra el pecho, apretada, apretada. Se quedó así, en el silencio, inmóvil, media hora, con los ojos cerrados.

De pronto notó algo, y era una luz fría y blanca. La luna subía y el rectángulo de luz se movía en el silo y trepaba lentamente por el cuerpo de Tom. Entonces, sólo entonces, aflojó la mano. Lenta, cautelosamente, escuchando a los que dormían alrededor. Tom alzó la mano. Vaciló, contuvo el aliento, y entonces, poco a poco, abrió la mano y desarrugó el trozo diminuto de tela pintada.

Todo el mundo dormía a la luz de la luna.

Y allí, en la mano, estaba la Sonrisa.

La miró a la blanca lumbre del cielo de medianoche. Y pensó, una y otra vez, silenciosamente, *la Sonrisa, la hermosa Sonrisa*.

La veía aún una hora más tarde, aún después de plegarla y esconderla cuidadosamente. Cerró los ojos y la Sonrisa estaba allí en la oscuridad. Y seguía estando allí, cálida y dulce, cuando se durmió y el mundo calló y la luna navegó subiendo, y descendió por el cielo frío a la luz de la mañana.

La primera noche de Cuaresma

¿Así que quieres conocer los cómos y los porqués de los irlandeses? ¿Qué los lleva por esos caminos últimos? Bueno, escucha entonces. Porque aunque sólo conocí a un irlandés en toda mi vida, lo conocí, sin pausa, durante ciento cuarenta y cuatro noches consecutivas. Acércate; quizá veas en él a toda esa raza que sale de las lluvias para perderse en las nieblas. Espera, ¡aquí vienen! Mira, ¡allá van!

Este irlandés se llamaba Nick.

Durante el otoño de 1953 escribí las primeras páginas de un guión cinematográfico, en Dublín, y todas las noches un coche de alquiler me llevaba a sesenta kilómetros de distancia del río Liffey hasta la casa de campo georgiana, inmensa y gris, donde mi productor-director salía a cazar con sus lebreles. Allí, durante el largo otoño, el invierno y las primeras noches de la primavera, discutimos mis ocho páginas de guión diario. Y luego, a medianoche, listo para volver al mar de Irlanda y al Royal Hibernian Hotel, despertaba a la operadora de la aldea de Kilcock y le pedía que llamara al lugar más cálido, aunque desprovisto de calefacción, de toda la ciudad.

—¿La taberna de Heber Finn? —gritaba yo, en seguida—. ¿Está Nick ahí? ¿Podría llamarlo, por favor?

Yo veía entonces, con los ojos de la mente, a los muchachos del lugar, alineados, espiando por encima de la barricada ese espejo manchado, tan parecido a un lago de invierno, y a ellos mismos ahogados y hundidos bajo el hielo maravilloso. En medio de toda esa baraúnda de secretos sigilosos, en una conmoción de bambalinas, se alzaba Nick, mi conductor aldeano, abundoso en silencio. Yo oía cantar a Heber Finn. Oía a Nick que se acercaba al

teléfono y respondía:

—¡Míreme, iba hacia la puerta!

Me había enterado antes de que «iba hacia la puerta» no era un proceso aniquilador de nervios que pudiera herir la dignidad o destruir la delicada filigrana de cualquier discusión, tejida con grandiosa e irrespirable belleza en la taberna de Heber Finn. Era más bien una liberación gradual, una inclinación de la masa, de modo que la gravedad de uno fuese trasladada diplomáticamente a ese sector vacío de la taberna donde estaba la puerta, evitada por todos. Entretanto, había que ajustar, unir y clasificar una docena de tramas de conversación, para que a la mañana siguiente, con gritos roncos de reconocimiento, se descubrieran las pautas, y la lanzadera empezara a trabajar sin pausa alguna para respirar o para pensar.

Contando el tiempo, me imaginaba que la parte larga del viaje de Nick a medianoche —la longitud de la taberna de Heber Finn— llevaba una media hora. La parte corta —desde lo de Finn hasta la casa donde yo esperaba— llevaría sólo cinco minutos.

Esto ocurrió la noche antes de la primera noche de cuaresma. Llamé. Esperé.

Y por último, descendiendo por el bosque nocturno, se arrastró el Chevrolet 1931, color musgo arriba, como el propio Nick. Coche y conductor entraron en el jardín jadeando, suspirando, rechinando suavemente, dulcemente, fácilmente, y yo bajé los escalones bajo un cielo sin luna, pero brillante y estrellado.

Espié por la ventanilla la quieta oscuridad; el tablero del automóvil había estado muerto todos esos años.

—¿Nick…?

—El mismo —murmuró secretamente—. ¿No es una hermosa noche de verano?

La temperatura era de veinte grados. Pero Nick nunca había estado más cerca de Roma que en la línea costera del Tipperary; de modo que el clima era relativo.

—Una hermosa noche de verano.

Trepé al asiento delantero y di a la chirriante puerta un golpe absolutamente contundente, eliminador de herrumbre.

—Nick, ¿qué tal le ha ido?

—¡Ah! —Dejó que el automóvil se abriera paso por el camino

del bosque—. Tengo salud. ¿No basta y sobra ahora que empieza la cuaresma?

—La cuaresma —murmuré—. ¿A qué renunciará para la cuaresma, Nick?

—He estado pensándolo. —Nick chupó súbitamente su cigarrillo; la máscara rosada y arrugada del rostro parpadeó apartándose del humo—. ¿Y por qué no estas cosas terribles que ve en mi boca? Caras como emplomaduras de oro, y venenos que congestionan los pulmones, eso son. Póngalo todo junto, súmelo, y tiene usted una buena pérdida a fin de año. De modo que no encontrará estas sucias criaturas en mi boca durante toda la cuaresma, y quizá tampoco después.

—Bravo —dije yo, que no soy fumador.

—Bravo, me digo a mí mismo —jadeó Nick, con un ojo lagrimeando por el humo.

—Buena suerte —dije.

—La necesitaré —murmuró Nick— para romper con los hábitos del pecado.

Y avanzamos firmemente, con cuidadosas oscilaciones de peso, a lo largo y en torno de una enmarañada concavidad y a través de una niebla y entramos en Dublín a cincuenta kilómetros por hora.

Ten paciencia conmigo si es que insisto: Nick era el conductor más cauteloso de todo el mundo de Dios, incluso de cualquier país sano, pequeño, tranquilo, productor de leche y manteca que nombres.

Nick, principalmente, se eleva inocente y beatífico por encima de esos automovilistas que encienden el pequeño conmutador llamado paranoia cada vez que se adhieren a sus asientos en Los Ángeles, México o París. Y también por encima de esos hombres ciegos que, abandonando tazones de estaño y bastones, aunque usando siempre sus anteojos oscuros de Hollywood, se ríen como dementes en la Vía Veneto, lanzando por las ventanillas de los coches de carrera el asbesto de los frenos, como serpentinas de carnaval. Considera las ruinas romanas; son seguramente los despojos dispersos y abandonados por esas nutrias motociclistas que pasan vociferando todas las noches bajo la ventana del hotel, por

las oscuras alamedas, cristianos condenados al pozo de los leones del Coliseo.

Nick, ahora. Mírale las manos hábiles que acarician el volante en un movimiento circular, suave y silencioso como constelaciones invernales, una nieve que cae del cielo. Escucha esa voz que respira brumas, todo calma nocturna, mientras seduce al camino, y el pie benévolo que acaricia el acelerador susurrante, nunca un kilómetro menos de cincuenta, nunca cuatro por encima. Nick, Nick y su embarcación firme, atemperando un lago de dulce calma donde dormita el Tiempo. Mira, compara, y átate a ese hombre con hierbas del estío, regálalo con plata, estréchale cálidamente la mano al fin del viaje.

—Buenas noches, Nick —decía yo al llegar al hotel—. Hasta mañana.

—Si Dios quiere —murmuraba Nick.

Y se alejaba suavemente.

Dejemos pasar veintitrés horas de sueño, desayuno, almuerzo, comida, el gorro de dormir de la noche. Dejemos que las horas de escribir trasformando guiones malos en guiones buenos se desvanezcan en niebla de pantanos y lluvias, y aquí estoy otra vez, en otra medianoche, saliendo de la mansión georgiana, que arroja por la puerta una cálida hoguera de color mientras desciendo los escalones y palpo la neblina como un ciego, buscando el automóvil que me aguarda allí; oigo el henchido corazón asmático que jadea en el aire oscuro, y a Nick que tose su tos «el oro por onzas no es más precioso».

—¡Ah, aquí está usted, señor! —dijo Nick.

Y yo trepé al sociable asiento delantero y golpeé la portezuela.

—Nick —dije, sonriendo.

Y entonces ocurrió lo imposible. El coche salió disparado como de la boca ardiente de un cañón, rugió, brincó, se detuvo entre sacudidas, y se lanzó al camino, rebotando como una piedra, entre matorrales aplastados y sombras retorcidas. Yo me agarré las rodillas cuando mi cabeza chocó cuatro veces contra la capota del coche.

—¡Nick! —vociferé, casi—. ¡Nick!

Visiones de Los Ángeles, de México, de París, me asaltaban la mente. Observé con franca consternación el velocímetro. Ochenta, noventa, cien kilómetros; en un torbellino de arena saltamos al camino principal, nos bamboleamos sobre un puente, y nos deslizamos por la medianoche de las calles de Kilcock. A no menos de cien kilómetros, tan pronto dentro como fuera del pueblo, sentí que todo el pasto de Irlanda bajaba sus espigas cuando, con un grito, arremetimos una cuesta.

¡Nick!, pensé, y me volví, y allí estaba Nick, sentado, y sólo una cosa era la misma. En los labios le ardía un cigarrillo, haciéndole guiñar primero un ojo, después el otro.

Pero el resto de Nick, detrás del cigarrillo, había cambiado como si el Adversario en persona lo hubiese apretado y moldeado y horneado con mano tenebrosa. Allí estaba Nick, volteando el volante, a uno y otro lado; pasábamos furiosamente por debajo de andamios, cruzábamos túneles, y en las encrucijadas atropellábamos señales, que giraban como veletas en un remolino de viento.

La cara de Nick había perdido toda prudencia; la mirada no era ni dulce ni filosófica; la boca ni tolerante ni serena. Era una cara lavada y cruda, una papa escaldada, pelada; una cara como un faro deslumbrador que rastreaba con una mirada firme, insensata y enceguecedora, hacia adelante, mientras las manos rápidas reptaban y mordían y mordían la rueda para inclinarnos en las curvas y hacernos saltar de acantilado en acantilado, en medio de la noche.

No es Nick, pensé, es su hermano. O le ha ocurrido algo terrible, una pena o un golpe destructor, una desgracia o una enfermedad de familia, sí, esa es la respuesta.

Y entonces Nick habló, y la voz también le había cambiado. La blanda niebla de los pantanos, la turba húmeda, el fuego tibio dentro y fuera de la lluvia fría, el césped suave, se habían esfumado, habían desaparecido. La voz vibró; un clarín, una trompeta, puro hierro y estaño.

—¡Bueno, cómo le ha ido! —gritó Nick—. ¡Cómo le va! —aulló.

Y el automóvil, sí, también sufría esa violencia. Se resistía al cambio, sí, pues era un viejo y traqueteado artefacto que había dejado atrás los años buenos, y que ahora sólo quería pasearse,

como un mendigo harapiento hacia el cielo y el mar, cuidándose los pulmones y los huesos. Pero Nick no lo tenía en cuenta, y manejaba la ruina como si se precipitase tronando al infierno, para calentarse allí las manos frías en alguna hoguera especial. Nick se inclinaba, y el auto se inclinaba dejando atrás unos gases lívidos como fuegos de artificio. El esqueleto de Nick, mi esqueleto, el esqueleto del auto, todos al mismo tiempo, nos sacudíamos, nos estremecíamos, y naufragábamos.

Un simple acto impidió que mi cordura fuese arrancada de raíz. Mis ojos, que buscaban la causa de esa fuga endemoniada, recorrieron al hombre —ardía allí como una sábana de vapor incendiado que venía de los Abismos— y descubrieron la clave.

—Nick —susurré—, es la primera noche de cuaresma.

—¿Y qué? —dijo Nick, sorprendido.

—Bueno —dije—, recuerdo su promesa. ¿Qué significa ese cigarrillo?

Durante un momento Nick no entendió.

Luego bajó los ojos, vio el humo danzante, y se encogió de hombros.

—Ah —dijo—, abandoné lo *otro*.

Y súbitamente todo se aclaró.

Las otras ciento cuarenta noches, a la puerta de la antigua casa georgiana, yo había aceptado de mi empleador una fuerte dosis de *scotch* o de *bourbon*, o de cualquier otra bebida semejante «contra el frío». Entonces, echando trigo de estío o cebada o avena o lo que fuese por la boca ardiente y chamuscada, yo había entrado en un automóvil donde estaba sentado un hombre que en esas largas noches, esperando que lo llamaran por teléfono, había *vivido* en la taberna de Heber Finn.

—¡Imbécil, pensé, cómo puedes haberte olvidado!

Y allí en Heber Finn's, durante las largas horas de charla enlazada, que era como plantar y cosechar un jardín entre hombres ocupados, que contribuían con una semilla o una flor, y empuñaban las herramientas, las lenguas, y alzaban las copas coronadas de espuma, y acariciaban las queridas botellas, allí Nick había cultivado interiormente su propia ternura.

Y esa ternura se había destilado en una lluvia lenta que le

empapaba las brasas de los nervios, y le apagaba en todos los miembros los fuegos de la soledad. Esas mismas lluvias le lavaban el rostro revelando las huellas de la marca de la prudencia, las líneas de Platón y de Esquilo. La ternura de la cosecha le coloreaba las mejillas, le atemperaba la mirada, le apaciguaba la voz con una neblina, y se le extendía por el pecho sosegándole los latidos del corazón en un delicado paso de danza. Le llovía fuera de los brazos para aflojarle la tensa mordedura de las manos en el volante tembloroso, y para sentarlo con gracia y comodidad en el asiento de crin de caballo cada vez que cruzábamos las nieblas que nos separaban de Dublín.

Yo llevaba la malta de mi propia lengua, y los vapores ardientes en la nariz, y no había descubierto en Nick el olor espirituoso.

—¡Ah! —repitió Nick—. Sí, abandoné lo *otro*.

La última pieza del rompecabezas cayó en su sitio.

Esta noche, primera noche de cuaresma.

Esta noche, por primera vez en todas las noches que habíamos viajado juntos, Nick estaba sobrio.

Todas aquellas ciento cuarenta noches, Nick no había sido un conductor cuidadoso sólo para que no me pasara nada, no, sino a causa del dulce peso de la ternura que lo inclinaba ya hacia este lado, ya hacia este otro, cada vez que tomábamos una curva cerrada y peligrosa.

Oh, ¿quién conoce en verdad a los irlandeses, digo yo y qué mitad es ellos? ¿Nick? ¿Quién es Nick? ¿Y qué es Nick? ¿Quién es el verdadero Nick, el que todos conocen?

¡No quiero ni pensarlo!

Para mí sólo hay un Nick. Aquél que modeló la propia Irlanda con clima y agua, siembras, cosechas, afrechos y maltas, licores, cazuelas, tabernas del color de los granos de estío que giran y danzan al compás en el viento, entre el trigo y la cebada, por la noche. Puedes oír ese susurro agradable, en el bosque, en el pantano, cuando pasas por allí. Ése es Nick hasta los dientes, los ojos y el corazón, hasta las manos cuidadosas. Si me preguntas por qué los irlandeses son como son, te señalaré el camino y te diré cómo se llega a la taberna de Heber Finn.

La primera noche de cuaresma, y antes que cuentes hasta nueve,

llegamos a Dublín. Salgo del automóvil que jadea junto a la acera y me inclino para poner el dinero en la mano de Nick. Serio, suplicante, cordial, con toda la insistencia amistosa del mundo, miro el rostro salvaje y extraño, parecido a una antorcha, de ese hombre excelente.

—Nick —dije.

—¡Señor! —gritó Nick.

—Hágame un favor.

—¡Lo que usted quiera!

—Tome este dinero extra, y cómprese la botella más grande de musgo irlandés que pueda encontrar. Y antes de ir a buscarme mañana a la noche, Nick, bébasela, bébasela toda. ¿Lo hará, Nick? ¿Me lo promete, me lo jura?

Nick reflexionó, y el solo pensamiento bastó para humedecerle el ardor ruinoso del rostro.

—Me hace las cosas terriblemente difíciles —dijo.

Yo le cerré los dedos sobre el dinero. Al fin, Nick se lo puso en el bolsillo y miró en silencio hacia adelante.

—Buenas noches, Nick —dije—. Hasta mañana.

—Si Dios quiere —dijo Nick.

Tiempo de partir

El pensamiento creció tres días y tres noches. Durante el día lo llevaba en la cabeza como un durazno todavía verde. De noche le permitía tomar carne y sustancia, suspendido en el aire callado, coloreado por la luna del campo y las estrellas del campo; y le daba vueltas y vueltas en el silencio que precede al alba. En la cuarta mañana el hombre extendió una mano invisible, tomó el durazno, y se lo comió.

Se levantó rápidamente, quemó las cartas viejas, metió unas pocas en una diminuta valija, y se puso el traje de medianoche y una corbata color pluma brillante de cuervo, como si estuviese de luto. Sintió que su mujer, en la puerta, detrás, lo observaba con los ojos de un crítico que puede saltar al escenario, en cualquier momento, e interrumpir la función. Pasó junto a ella, rozándola.

—Perdón —murmuró.

—¡Perdón! —gritó la mujer—. ¿Y eso es todo lo que me dices? Escabulléndote, preparando un viaje.

—Yo no lo preparé; ocurrió —dijo el hombre—. Hace tres días tuve la premonición. Supe que iba a morir.

—No digas tonterías —dijo la mujer—. Me pones nerviosa.

Los ojos del hombre reflejaban débilmente el horizonte.

—Siento que la sangre me corre más despacio. Me escucho los huesos y es como si estuviese en una bohardilla escuchando como crujen la vigas y se deposita el polvo.

—Tienes apenas setenta y cinco años —dijo la mujer—. Estás de pie sobre tus piernas, ves, oyes, comes y duermes bien, ¿no es verdad? ¿Qué charla es ésta?

—La lengua natural de la existencia, hablándome —dijo el viejo

—. La civilización nos ha apartado de nuestra propia naturaleza. Piensa en los paganos de las islas…

—¡No se me antoja!

—Los paganos de las islas sienten cuando van a morir. Se despiden entonces de los amigos y abandonan los bienes terrenales…

—¿Y las mujeres, no tienen voz ni voto?

—Dejan a sus mujeres algunos bienes terrenales.

—No faltaba más.

—Y otros a sus amigos…

—¡Eso lo veremos!

—Y otros a sus amigos. Luego, al atardecer, se van remando en sus canoas, y nunca regresan.

La mujer lo miró de arriba abajo como si el viejo fuese una pila de leña seca lista para el hacha.

—¡Deserción! —dijo.

—No, no, Mildred; muerte, pura y simplemente. Tiempo de Partir, así lo llaman.

—¿Y nadie tomó nunca otra canoa y siguió a esos imbéciles, para saber a dónde iban?

—Por supuesto que no —dijo el viejo, ligeramente irritado—. Eso lo echaría todo a perder.

—¿Quieres decir que tenían mujeres y amigas bonitas en otra isla?

—No, no, pero el hombre necesita soledad, serenidad, cuando la savia empieza a enfriársele.

—Si pudieses probarme que esos tontos murieron realmente, me callaría. —La mujer guiñó un ojo—. ¿Encontraron alguna vez los huesos en esas islas?

—Sólo sé que zarpan, simplemente, al atardecer, como animales que presienten el Gran Momento. Si hay algo más, no lo sé ni me importa.

—Bueno, yo lo sé y me importa —dijo la anciana—. Estuviste leyendo más artículos en *National Geographic* acerca del Osario de Elefantes.

—¡Cementerio, no osario! —gritó el viejo.

—Cementerio, osario. Creí que había quemado las revistas,

¿tienes ejemplares escondidos?

—Escucha, Mildred —dijo el viejo severamente, tomando la maleta—. Mi mente señala el norte; nada de cuanto digas podrá volverme hacia el sur. Estoy en comunión con los manantiales secretos e infinitos del alma primitiva.

—¡Estás en comunión con lo último que lees en esa revistita de trotadores de pantanos! —La vieja apuntó con un dedo—. ¿Crees que no tengo memoria?

Los hombros del viejo cedieron.

—No pasemos lista otra vez, por favor.

—¿Qué me dices del episodio del mamut velludo? —preguntó la mujer—. Cuando descubrieron el elefante helado en la tundra rusa, hace treinta años. Qué idea tuvieron, tú y Sam Hartz, ese viejo loco: correr a Siberia y acaparar el mercado mundial de carne envasada de mamut. Te oigo aún «Imagina los precios que pagarán los miembros de la National Geographic Society. ¡Recibir en la casa de uno la carne tierna del mamut velludo siberiano, de diez mil años de edad, extinguido hace diez mil años!» Aún llevo encima las cicatrices.

—Las veo claramente —dijo el viejo.

—¿Y cuando fuiste a buscar la tribu perdida de los osseos, o lo que fuese, en algún sitio de Wisconsin? Te ibas al pueblo los sábados por la noche y te emborrachabas, y al fin te caíste en la cantera y te rompiste la pierna y pasaste allí tres noches.

—Tu memoria —dijo el viejo— es perfecta.

—Y ahora me hablas de nativos paganos y del Tiempo de Partir. Te diré qué tiempo es: ¡es Tiempo de Quedarse en Casa! Es tiempo en que la fruta no cae del árbol a la mano. Hay que ir a buscarla caminando a la frutería. ¿Y por qué hay que ir caminando? Alguien en esta casa, no lo nombraré, desarmó el automóvil, como si fuese un reloj, hace algunos años y lo desparramó en el jardín. Otros diez años y sólo quedará un montoncito de herrumbre. ¡Mira por la ventanal Es tiempo de rastrillar y quemar las hojas. Tiempo de podar y de serruchar la leña. Tiempo de limpiar las estufas y poner las persianas. Tiempo de reparar las tejas. Tiempo de todo eso y si crees que vas a evitarlo, piénsalo mejor:

El viejo se llevó la mano al pecho.

—Me duele que no confíes en mi propia sensibilidad natural ante el Destino inminente.

—A mí me duele que *National Geographic* caiga en manos de viejos locos. Lo lees y en seguida caes en esos sueños que tengo que barrer. A los editores de la *Geographic* y de la *Popular Mechanics* habría que traerlos a la bohardilla, el garaje y el sótano para que vieran ahí esos botes, helicópteros y máquinas volantes de alas de murciélago, todo sin terminar. No sólo para que los vieran, sino también para que se los llevaran a sus casas.

—Habla, habla —dijo el viejo—. Aquí estoy, como una piedra blanca que se hunde en la Marea del Olvido. Por Dios, mujer, ¿no puedo alejarme para morir en paz?

—Ya te llegará el Olvido cuando te encuentren caído en la leñera, frío como el mármol.

—¡Pilatos! —bufó el viejo—. El reconocimiento de la propia finitud no es sólo vanidad.

—Tú la mascas como si fuese tabaco.

—¡Basta! —dijo el viejo—. Mis bienes terrenales están apilados en el porche del fondo. Dáselos al Ejército de Salvación.

—¿Las *Geographic* también?

—¡Sí, maldición, las *Geographic* también! Y ahora, apártate.

—Si vas a morir no necesitarás esa valija —dijo ella.

—¡Quita esas manos, mujer! Quizá demore algunas horas. ¿Por qué privarme de los últimos consuelos del mundo? Ésta tendría que ser una tierna escena de despedida. Mira en cambio, recriminaciones, sarcasmos, dudas sembradas a todos los vientos.

—Muy bien —dijo la vieja—. Vete al bosque; y pasa ahí una noche de frío.

—No tengo por qué ir al bosque.

—¿Y a qué otro lugar puede ir a morir un hombre en Illinois?

—Bueno —dijo el viejo, y se detuvo—. Bueno, están también los anchos caminos.

—Donde te aplastarán, claro; me había olvidado.

—¡No, no! —El viejo cerró los ojos y los abrió—. Los desiertos caminos laterales que no van a ninguna parte, que van a todas partes, por los bosques nocturnos, los desiertos, hacia lagos distantes…

—Me imagino que no alquilarás una canoa y te iras remando. ¿Recuerdas aquella vez que zozobraste y por poco te ahogas en el Muelle de los Bomberos?

—¿Quién habló de canoas?

—¡Tú! Los isleños, los paganos que parten en canoas hacia la inmensidad de lo desconocido.

—Eso es en los Mares del Sur. Aquí el hombre tiene que buscar a pie sus fuentes naturales, su fin natural. Podría caminar por la costa del lago Michigan, las dunas, el viento, las grandes rompientes.

—Willie, Willie —dijo la vieja dulcemente, sacudiendo la cabeza —. Oh, Willie, ¿qué haré sin ti?

El viejo bajó la voz.

—Déjame seguir mi idea —dijo.

—Sí —dijo la vieja serenamente—. Sí.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Vamos, vamos —dijo el viejo.

—Oh, Willie… —La vieja lo miró largamente—. ¿Crees de veras, de todo corazón, que no vivirás?

El viejo se vio reflejado, diminuto pero perfecto, en los ojos de la mujer, y apartó la mirada, turbado.

—Durante toda la noche pensé en la marea universal que trae y se lleva al hombre. Ahora es de mañana y te digo adiós.

—¿Adiós?

Parecía que la vieja no hubiese oído nunca esa palabra.

La voz del viejo vaciló.

—Claro que si insistes, Mildred, me quedaré.

—¡No! —La mujer se dominó y se sonó la nariz—: ¡Tú sientes lo que sientes y yo no puedo impedírtelo!

—¿Estás segura?

—El que está seguro eres tú, Willie —dijo ella—. Vete ahora. Llévate el abrigo: Las noches son frías.

—Pero…

La mujer corrió, le trajo el abrigo, le dio un beso en la mejilla y retrocedió rápidamente antes que pudiese alcanzarla.

El viejo se quedó allí, buscando palabras, mirando de soslayo el sillón junto al fuego. La mujer abrió la puerta de calle.

—¿Llevas comida?

—No la necesito… —El viejo hizo una pausa—. Llevo un sándwich de jamón cocido en la valija. Uno, nada más. Pienso que no…

El viejo salió por la puerta y bajó las escaleras y tomó el sendero del bosque. De pronto se dio vuelta como para decir algo, pero cambió de idea, agitó la mano y se alejó.

—Bueno, Will —gritó la mujer—. No exageres. No camines demasiado la primera hora. Si te cansas, siéntate. Si tienes hambre, come. Y…

Pero aquí tuvo que interrumpirse y volverse y sacar el pañuelo.

Un momento después miró el sendero, y parecía que nadie hubiese pasado por allí en los últimos diez mil años. Tan desierto estaba que tuvo que entrar y cerrar la puerta.

Noche, las nueve, las nueve y cuarto, las estrellas brillantes, la luna redonda, las luces rosadas de las ventanas, las cometas de fuego en las chimeneas que suspiran calor. Bajo las chimeneas, ruido de marmitas y sartenes, cubiertos, fuego en el hogar, como un enorme gato de color anaranjado. En la cocina, el horno de hierro llameante, ollas que hierven, burbujean, fríen. Vapores y humos en el aire. De vez en cuando, la anciana se volvía y escuchaba con los ojos y la boca, el mundo fuera de la casa, fuera del fuego y la comida.

Las nueve y media, allá lejos un ruido sólido, entrecortado.

La anciana se enderezó y dejó la cuchara.

Afuera, otra vez, los golpes secos, sólidos a la luz de la luna. El ruido continuó durante tres o cuatro minutos, y la vieja se movió apenas, apretando los labios o los puños con cada nuevo golpe. Luego, la mujer se lanzó al fogón, a la mesa; revolviendo, vertiendo, levantando, llevando, ordenando.

En seguida se oyeron otros ruidos en la oscuridad, más allá de las ventanas. Un rumor de pasos lentos en él sendero, zapatos pesados en el porche.

La vieja se acercó a la puerta y esperó el llamado.

No se oyó nada.

La Vieja esperó un minuto.

Afuera en el porche un bulto se sacudía y se movía de un lado a

otro, tímidamente.

Al fin la vieja suspiró y le gritó a la puerta.

—Will, ¿eres tú quien respira ahí?

Ninguna respuesta. Un silencio tímido en el porche.

La mujer abrió bruscamente la puerta.

El viejo estaba allí, con un increíble haz de leña en los brazos. La voz llegó desde detrás de la leña:

—Vi humo en la chimenea; pensé que quizá necesitarías leña.

La vieja se hizo a un lado. El viejo entró y puso la leña cuidadosamente junto al hogar, sin mirar a la mujer.

La vieja fue al porche y recogió la valija y entró; cerró la puerta.

Vio que él se había sentado a la mesa.

Revolvió la sopa que hervía en la cocina.

—¿El asado está en el horno? —preguntó el viejo lentamente.

La mujer abrió la puerta del horno. El vapor flotó en el cuarto envolviendo al viejo. El viejo cerró ojos.

—¿Qué es ese otro olor?, —preguntó un momento después—. ¿El olor a quemado?

—La mujer esperó un momento, de espaldas, y dijo:

—*National Geographics*.

El viejo asintió lentamente, sin decir nada.

Luego la comida apareció sobre la mesa, caliente y trémula. Luego de un momento de silencio la vieja se sentó y miró a su marido, sacudió la cabeza, miró otra vez, y sacudió de nuevo la cabeza.

—¿Quieres pedir tú la bendición? —dijo.

—*Tú* —dijo el viejo.

Sentados en la habitación cálida junto al fuego brillante, inclinaron las cabezas y cerraron los ojos. La mujer sonrió y comenzó:

—Gracias, Señor…

Todo el verano en un día

—¿Ya?

—Ya.

—¿Ahora?

—En seguida.

—¿Sabrán los sabios, realmente? ¿Sucederá hoy?

—Mira, mira y verás.

Los niños se amontonaban, se apretujaban como muchas rosas, como muchas flores silvestres, y miraban hacia afuera buscando el sol oculto.

Llovía.

Llovía desde hacía siete años; miles de días sobre miles de días que la lluvia había tejido de extremo a extremo, con tambores y cataratas de agua, con el estrépito de tempestades que inundaban las islas como olas de una marea. La lluvia había triturado mil bosques que habían crecido mil veces para ser triturados de nuevo. Y así era para siempre la vida en el planeta Venus, y aquélla era, la escuela de los hijos de los hombres y mujeres del cohete que habían venido a un mundo de lluvias, a traer la civilización y a vivir sus vidas.

—¡Para! ¡Para!

—¡Sí, sí!

Margot no miraba con aquellos niños que no podían acordarse de un tiempo en que no todo era lluvia y lluvia y lluvia. Tenían todos nueve años, y si había habido un día, siete años atrás, en que había salido el sol una hora, mostrando su cara a un mundo sorprendido, no podían recordarlo. A veces, de noche, Margot oía cómo se movían en sueños, y ella sabía entonces que recordaban el

oro, o un lápiz amarillo, o una moneda tan grande que con ella uno podía comprarse el mundo. Sabía que creían recordar un calor, un ardor en las mejillas, en el cuerpo, en los brazos y las piernas, en las manos temblorosas. Pero luego despertaban siempre al tamborileo trepidante, al interminable tintineo de unos collares de perlas trasparentes sobre el tejado, el sendero, los jardines, los bosques…, y los sueños se desvanecían.

Todo el día anterior, en clases, habían leído acerca del sol. De cómo se parecía a un limón, y de cuán caliente era. Y habían escrito cuentos o ensayos o poemas a propósito del sol.

El sol es una flor
que sólo se abre una hora.

Eso decía el poema de Margot, leído en voz baja en el aula silenciosa, mientras afuera caía la lluvia.

—¡Bah! ¡No lo escribiste tú! —protestó uno de los chicos.

—¡Sí! —dijo Margot—. ¡Yo!

—¡William! —dijo la maestra.

Pero eso había sido ayer. Hoy la lluvia amainaba y los niños se apretaban contra los gruesos cristales del ventanal.

—¿Dónde está la maestra?

—Ya viene.

—Pronto, o no veremos nada.

Los niños eran como una rueda febril de rayos que subían y caían.

Margot no se acercaba a ellos. Era una niña frágil y parecía que hubiese andado muchos años perdida en la lluvia, y que la lluvia le hubiese desteñido el color azul de los ojos, el rojo de los labios y el oro del pelo. Era como la vieja fotografía de un álbum, polvorienta, borrosa, y hablaba poco, y con una voz de fantasma. Ahora, alejada de los otros, miraba la lluvia y el turbulento mundo líquido más allá de los vidrios.

—¿Qué miras? —dijo William.

Margot no respondió.

—Contesta cuando te hablan.

William le dio un empujón. La niña no se movió; es decir, dejó que el empujón la moviera, y nada más.

Siempre la apartaban así. Margot no jugaba con ellos en los túneles sonoros de la ciudad subterránea, y nunca corría con ellos y se quedaba atrás, parpadeando. Cuando la clase cantaba canciones que hablaban de la felicidad, de la vida, de los juegos, apenas movía los labios. Sólo cantaba cuando los cantos hablaban del verano y del sol, y entonces clavaba los ojos en los ventanales húmedos.

Y además, por supuesto, había otro crimen, más grave. Margot había llegado de la Tierra hacía sólo cinco años y aún se acordaba del sol. Recordaba que cuando tenía cuatro años el sol aparecía en el cielo de Ohio todas las mañanas. Ellos, en cambio, habían vivido siempre en Venus, y sólo tenían dos años cuando el sol había salido por última vez, y ya se habían olvidado de su color, su tibieza, y de cómo era en realidad. Pero Margot recordaba.

—Es una moneda —dijo una vez Margot, cerrando los ojos.

—¡No, no! —gritaron los niños.

—Es como el fuego de la chimenea —dijo Margot.

—¡Mientes, no! —gritaron los niños.

Pero Margot recordaba, y lejos de todos, en silencio, miraba las figuras de la lluvia en los vidrios.

Una vez, un mes atrás, no había querido bañarse en la ducha de la escuela, se había cubierto la cabeza con las manos, y había gritado que no quería que el agua la tocase. Luego, oscuramente, oscuramente, había comprendido: era distinta, y los otros notaban la diferencia, y se apartaban.

Se decía que los padres de Margot se la llevarían de nuevo a la Tierra el año próximo, pues era para ella cuestión de vida o muerte, aun cuando la familia perdería por ese motivo varios miles de dólares. Por eso la odiaban los niños, por todas esas razones, de mucha o poca consecuencia. Odiaban aquel pálido rostro de nieve, su silencio ansioso, su delgadez, y su futuro posible.

—¡Vete! —William la empujó de nuevo—. ¿Qué esperas?

Entonces, y por primera vez, Margot se volvió y lo miró. Y lo que esperaba se le vio en los ojos.

—¡Bueno, no te quedes ahí! —gritó William, furioso—. No verás nada.

Margot movió los labios.

—¡Nada! —gritó William—. Fue todo una broma, ¿no entiendes? —Miró a los otros niños—. Hoy no pasará nada, ¿no es cierto?

Todos lo miraron pestañeando, y de pronto comprendieron y se echaron a reír, sacudiendo las cabezas.

—¡Nada, nada!

—Oh —murmuró Margot, desconsolada. Pero si es hoy. Los sabios lo anunciaron, y ellos saben. Hoy el sol…

—Fue una broma, nada más —dijo William tomándola bruscamente por el brazo—. Eh, vamos, será mejor que la encerremos en un armario antes que vuelva la maestra.

—No —dijo Margot, retrocediendo.

Todos se le fueron encima, y entre protestas y luego súplicas y luego llantos, la arrastraron a un túnel, a un cuarto, a un armario, cerraron la puerta, y le echaron llave. Se quedaron un rato mirando cómo la puerta temblaba con los golpes de la niña y oyendo sus gritos sofocados. Después, sonriendo, dieron media vuelta, y salieron del túnel en el momento en que llegaba la maestra.

—¿Listos, niños?

La maestra miró su reloj.

—¡Sí!

—¿Estamos todos?

—¡Sí!

La lluvia menguaba cada vez más.

Fue entonces como si en la película cinematográfica de un alud, de un tornado, de un huracán, de una erupción volcánica, la banda de sonido se hubiera estropeado de pronto, y todos los ruidos, todas las ráfagas, todos los ecos y truenos se hubiesen apagado bruscamente, y como si en seguida hubiesen arrancado el film del aparato, que proyectaba ahora una apacible fotografía tropical que no se movía ni trepidaba. El mundo se había detenido. El silencio era tan inmenso, tan inverosímil que parecía que uno se hubiese puesto algodones en los oídos, o que uno se hubiera quedado sordo. Los chicos se llevaron las manos a los oídos.

La puerta se abrió, y el olor del mundo silencioso, expectante, entró en la escuela.

Salió el sol.

Tenía el color del bronce fundido, y era muy grande. Alrededor, el cielo era un deslumbrante mosaico azul. El hechizo se quebró al fin, y los niños se precipitaron gritando hacia el verano. La selva ardía bajo el sol.

—Bueno, no vayan muy lejos —les gritó la maestra—. Tienen sólo dos horas. Que la lluvia no los sorprenda afuera.

Pero los niños corrían ya con los rostros vueltos hacia el cielo, sintiendo que el sol les quemaba las mejillas como un hierro candente, y ya se quitaban los abrigos para que el sol les dorara los brazos.

—Es mejor que las lámparas de sol, ¿no es cierto?

—¡Oh, mucho, mucho mejor!

Dejaron de correr. Estaban en la enorme selva que cubría Venus, esa selva que nunca dejaba de crecer, tumultuosamente, que crecía mientras uno la miraba. La selva era un nido de pulpos y extendía unos tentáculos de zarzas carnosas, temblorosas, que florecían en la breve primavera. Tenía el color del caucho y de la ceniza esta selva, luego de tantos años sin sol. Tenía el color de las piedras, del queso blanco y de la tinta.

Los niños se echaban riéndose en el colchón de la selva, y oían cómo crujía y suspiraba, elástica y viva. Corrían entre los árboles, resbalaban y caían, se empujaban, jugaban; pero sobre todo miraban el sol con los ojos entornados hasta que las lágrimas les rodaban por las mejillas. Tendían las manos hacia el resplandor amarillo y el asombroso azul y respiraban el aire puro y escuchaban el silencio y descansaban en él como flotando en un mar inmóvil. Todo lo miraban, todo lo disfrutaban. Luego, impetuosamente, como animales que han escapado de sus madrigueras, corrían y corrían en círculos, gritando. Corrieron toda una hora.

Y de pronto…

En plena carrera, una niña gimió.

Todos se quedaron quietos.

De pie, en la selva, la niña extendió una mano.

—Oh, miren, miren —dijo.

Todos se acercaron lentamente y miraron la mano abierta.

En el centro de la palma, como una ventosa, una gota de lluvia.

La niña se echó a llorar, mirando la gota.

Todos alzaron rápidamente los ojos al cielo.

—Oh, oh.

Unas gotas frías les cayeron en las narices, las bocas, las mejillas. El sol se apagó tras una ráfaga de niebla. Alrededor de los niños sopló un viento frío. Todos se volvieron y echaron a caminar hacia la casa subterránea, con los brazos caídos, las sonrisas muertas.

El estampido de un trueno los estremeció, y como hojas arrastradas por un viento que se levanta echaron a correr tropezando y tambaleándose. Un rayo estalló a diez kilómetros de distancia, a cinco kilómetros, a dos, a uno. Las tinieblas de la medianoche cubrieron el cielo.

Se quedaron un momento en la puerta del subterráneo hasta que la lluvia arreció. Luego cerraron la puerta y escucharon el ruido de las toneladas de agua, la catarata que caía en todas partes y para siempre.

—¿Otros siete años?

—Sí, siete años.

De pronto un niño gritó.

—¡Margot!

—¿Qué?

—Está aún en el armario.

—Margot.

Los niños se quedaron como estacas clavadas en el suelo. Se miraron y apartaron los ojos. Miraron de reojo el mundo donde ahora llovía, llovía y llovía, inmutablemente. Tenían unas caras solemnes y pálidas. Cabizbajos, se miraron las manos, los pies.

—Margot.

—Bueno —dijo una niña.

Nadie se movió.

—Vamos —murmuró la niña.

Lentamente, recorrieron el pasadizo bajo el ruido de la lluvia fría, entraron en la sala bajo el estrépito de la tormenta y el trueno, con unas caras azules, terribles, iluminadas por los relámpagos. Se acercaron al armario, lentamente, y esperaron.

Detrás de la puerta sólo había silencio.

Abrieron la puerta, más lentamente aún, y dejaron salir a

Margot.

El regalo

Mañana sería Navidad, y aún mientras viajaban los tres hacia el campo de cohetes, el padre y la madre estaban preocupados. Era el primer vuelo por el espacio del niño, su primer viaje en cohete, y deseaban que todo estuviese bien. Cuando en el despacho de la aduana los obligaron a dejar el regalo, que excedía el peso límite en no más de unos pocos kilos, y el arbolito con sus hermosas velas blancas, sintieron que les quitaban la fiesta y el cariño.

El niño los esperaba en el cuarto terminal. Los padres fueron allá, murmurando luego de la discusión inútil con los oficiales interplanetarios.

—¿Qué haremos?

—Nada, nada. ¿Qué podemos hacer?

—¡Qué reglamentos absurdos!

—¡Y tanto que deseaba el árbol!

La sirena aulló y la gente se precipitó al cohete de Marte. La madre y el padre fueron los últimos en entrar, y el niño entre ellos, pálido y silencioso.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo el padre.

—¿Qué?… —preguntó el niño.

Y el cohete despegó y se lanzaron hacia arriba en el espacio oscuro.

El cohete se movió y dejó atrás una estela de fuego, y dejó atrás la Tierra, un 24 de diciembre de 2052, subiendo a un lugar donde no había tiempo, donde no había meses, ni años, ni horas. Durmieron durante el resto del primer «día». Cerca de medianoche, hora terráquea, según sus relojes neoyorquinos, el niño despertó y dijo:

—Quiero mirar por el ojo de buey.

Había un único ojo de buey, una «ventana» bastante amplia, de vidrio tremendamente grueso, en la cubierta superior.

—Todavía no —dijo el padre—. Te llevaré más tarde.

—Quiero ver donde estamos y adonde vamos.

—Quiero que esperes por un motivo —dijo el padre.

El padre había estado despierto, volviéndose a un lado y otro, pensando en el regalo abandonado, el problema de la fiesta, el árbol perdido y las velas blancas. Al fin, sentándose, hacía apenas cinco minutos, creyó haber encontrado un plan. Si lograba llevarlo a cabo este viaje sería en verdad feliz y maravilloso.

—Hijo —dijo—, dentro de media hora, exactamente, será Navidad.

—Oh —dijo la madre consternada. Había esperado que, de algún modo, el niño olvidaría.

El rostro del niño se encendió. Le temblaron los labios.

—Ya lo sé, ya lo sé. ¿Tendré un regalo? ¿Tendré un árbol? Me lo prometieron…

—Sí, sí, todo eso y mucho más —dijo el padre.

—Pero… —empezó a decir la madre.

—Sí —dijo el padre—. Sí, de veras. Todo eso y más, mucho más. Perdón, un momento. Vuelvo enseguida.

Los dejó solos unos veinte minutos. Cuando regresó, sonreía.

—Ya es casi la hora.

—¿Puedo tener tu reloj? —preguntó el niño.

Le dieron el reloj y el niño sostuvo el metal entre los dedos: un resto del tiempo arrastrado por el fuego, el silencio y el movimiento insensible.

—¡Navidad! ¡Ya es Navidad! ¿Dónde está mi regalo?

—A eso vamos —dijo el padre y tomó al niño por el hombro.

Salieron de la cabina, cruzaron el pasillo y subieron por una rampa. La madre los seguía.

—No entiendo.

—Ya entenderás. Hemos llegado —dijo el padre.

Se detuvieron frente a la puerta cerrada de una cabina.

El padre llamó tres veces y luego dos, en código. La puerta se abrió y la luz llegó desde la cabina y se oyó un murmullo de voces.

—Entra, hijo —dijo el padre.

—Está oscuro.

—Te llevaré de la mano. Entra, mamá.

Entraron en el cuarto y la puerta se cerró, y el cuarto estaba, en verdad, muy oscuro. Y ante ellos se abría un inmenso ojo de vidrio, ojo de buey, una ventana de un metro y medio de alto y dos metros de ancho, por la que podían ver el espacio.

El niño se quedó sin aliento.

Detrás, el padre y la madre se quedaron también sin aliento, y entonces en la oscuridad del cuarto varias personas se pusieron a cantar.

—Feliz Navidad, hijo —dijo el padre.

Y las voces en el cuarto cantaban los viejos, familiares villancicos; y el niño avanzó lentamente y aplastó la nariz contra el vidrio frío del ojo de buey. Y allí se quedó largo rato, mirando simplemente el espacio, la noche profunda, y el resplandor, el resplandor de cien mil millones de maravillosas velas blancas…

El gran choque del último lunes

El hombre cruzó bamboleándose las puertas abiertas de par en par de la taberna de Heber Finn, como golpeado por el rayo. Trastabilló, con sangre en la cara, la chaqueta, los pantalones desgarrados y gimió largamente, petrificando a todos los parroquianos de la taberna. Durante un momento, sólo se oyó la espuma suave que burbujeaba en los vasos mientras los parroquianos se volvían: unos pálidos, otros sonrosados, otros venosos y de un rojo encendido. Un parpadeo corrió por la fila.

El desconocido se balanceó, con los ojos muy abiertos, los labios temblorosos. Los bebedores apretaron los puños. ¡Sí!, gritaron, silenciosamente. Adelante, hombre, ¿qué ha *pasado*?

El desconocido se inclinó apoyándose en el aire.

—Un choque —murmuró—. Un choque en el camino. De pronto, se le doblaron las rodillas, y se desplomó.

—¡Un choque!

Una decena de hombres se precipitó sobre el cuerpo.

—¡Kelly! —Heber Finn saltó por encima del bar—. ¡Ve al camino! ¡Ocúpate de la víctima! ¡Pronto! ¡Joe, corre a buscar al doctor!

—Un momento —dijo una voz tranquila.

En la salita privada del fondo de la taberna, el cubículo donde hubiera podido meditar un filósofo, parpadeaba un hombre moreno, mirando a los parroquianos.

—¡Doctor! —gritó Heber Finn—. ¡Usted!

El médico y los hombres se confundieron en la noche.

El hombre caído torció la boca.

—Un choque…

—Cuidado, muchachos.

Heber Finn y otros dos alzaron suavemente a la víctima y la pusieron sobre el mostrador. Estaba tan hermosa como la muerte, sobre la madera finamente tallada y en el espejo biselado que la trasformaba en dos víctimas por el precio de una.

Afuera, en los escalones, la muchedumbre hizo un alto, sacudida como si un océano hubiese sumido Irlanda en la oscuridad. Una neblina de crestas y rompientes de cien metros apagó la luna y las estrellas. Parpadeando, maldiciendo, los hombres saltaron y desaparecieron en los abismos.

Atrás, bajo el iluminado dintel, se detuvo un hombre joven. No era de cara bastante roja ni bastante pálida ni de espíritu bastante oscuro ni bastante claro para ser irlandés, de modo que debía de ser norteamericano. Lo era, y esto explicaba que no quisiese interferir en lo que parecía un rito de aldea. Desde que llegara a Irlanda no había podido desprenderse de la impresión de estar viviendo en todo momento en el escenario del Abbey Theatre. Y ahora, como ignoraba su papel, no podía hacer otra cosa que mirar a los hombres que corrían en la noche.

—Pero —protestó débilmente— no oí ningún automóvil en el camino.

—¿No oyó, eh? —dijo un viejo casi orgullosamente.

La artritis lo obligaba a quedarse en el peldaño superior, y allí se balanceaba, vociferándole a la marea blanca donde se habían zambullido sus amigos.

—Busquen en la encrucijada, muchachos. Ahí es donde ocurren más a menudo.

Los pasos se apresuraron, distantes y cercanos.

—¡La encrucijada!

—Ni tampoco —dijo el norteamericano— oí ningún choque.

El viejo resopló.

—Ah, nosotros no hacemos mucha conmoción, ni mucho ruido. Pero choques, sí que los verá si se para allí afuera. Camine, ahora, no corra. Es una noche de todos los demonios. Si se descuida, puede chocar con Kelly, que es capaz de correr hasta exprimirse los pulmones. O atropellar a Feeney, demasiado borracho para encontrar el camino, y no hablemos de los obstáculos en el camino.

¿Tiene una antorcha, una linterna? No verá nada, pero úsela. Vaya ahora, ¿me oye?

El norteamericano marchó a tientas hasta el automóvil, encontró la linterna, y se hundió en la noche más allá de la taberna de Heber Finn. Se dejó guiar por el pesado ruido de los pasos y las voces confusas y lejanas. A unos cien metros de distancia, en la eternidad, encontró a los hombres que murmuraban y gruñían.

—¡Cuidado ahora!

—¡Ah, maldita oscuridad!

—¡Quietos, no lo muevan!

El norteamericano fue lanzado a un lado por una humeante masa humana que salió repentinamente de la niebla, trasportando en vilo un bulto contrahecho. Vio, allá arriba, un rostro lívido y sanguinolento, y luego alguien le golpeó la linterna.

Instintivamente, el catafalco flotó hacia la luz color whisky de Heber Finn, ese puerto seguro y familiar.

Detrás venían unas formas vagas y un estremecedor zumbido de insectos.

—¿Qué es eso? —gritó el norteamericano.

—Nosotros, con los vehículos —dijo una voz ronca—. Tenemos el choque, como quien dice.

La linterna se detuvo en ellos. El norteamericano se quedó boquiabierto. Un momento después, la batería falló.

Pero no antes de haber visto a dos muchachos de la aldea que trotaban fácil, ligeramente, sosteniendo bajo los brazos dos antiguas bicicletas negras sin luces delanteras ni traseras.

—¿Qué…? —dijo el norteamericano.

Pero los muchachos se alejaron al trote, llevándose el accidente. La neblina se cerró detrás. El norteamericano quedó abandonado en el camino desierto, con la linterna muerta en la mano.

Cuando abrió la puerta de la taberna, ambos «cadáveres», como ya los llamaban, estaban tendidos sobre el bar.

—Pusimos los cadáveres en el bar —le dijo el viejo, volviéndose.

Y allí estaban los parroquianos en fila, no para beber, sino bloqueando el camino, de modo que el doctor tenía que abrirse paso a empujones para ir de una a otra de esas reliquias de los caminos oscuros.

—Uno es Pat Nolan —murmuró el viejo—. Sin trabajo por el momento. El otro es el señor Peevey de Meynooth, comerciante en golosinas y cigarrillos principalmente. —Alzó la voz—. ¿Están muertos, Doc?

—Cállese, ¿quiere? —El doctor parecía un escultor que trataba de concluir dos estatuas de mármol de tamaño natural al mismo tiempo—. Vamos, pongamos a una víctima en el suelo.

—El suelo es una tumba —dijo Heber Finn—. Allí sí que se morirá. Mejor lo dejamos arriba donde pueda recibir el calor de la charla.

—Pero —dijo el norteamericano en voz baja, confundido— nunca en mi vida oí hablar de un accidente semejante. ¿Está seguro de que no hubo ningún automóvil? ¿Sólo dos hombres en bicicleta?

—¿Sólo? —El viejo gritaba—. Santo Dios, señor. Un hombre, sudando la gota gorda, puede subir a sesenta kilómetros por hora. Cuesta abajo, una bicicleta llega a noventa o noventa y cinco. Y ahí vienen estos dos, sin luces delanteras ni traseras…

—¿No hay una ley en contra?

—¡Al demonio con las intromisiones del gobierno! Y ahí vienen, sin luces, volando a casa, de un pueblo a otro. Pedaleando como si los persiguiera el mismísimo Pecado. En distintas direcciones, pero del mismo lado del camino. «Vaya siempre de contramano, es más seguro», dicen. Mire ahora a estos muchachos, bien destrozados por todos esos embustes oficiales. ¿Por qué? ¿No lo ve usted? ¡Uno lo recordó, y el otro no! Sería mejor que los funcionarios se callaran la boca. Pues aquí están los dos, moribundos…

El norteamericano miró, sorprendido.

—¿Moribundos?

—Bueno, señor, piénselo. ¿Qué hay entre dos hombres sanos de cuerpo que se lanzan endemoniadamente por el camino de Kilcock a Meynooth? Niebla. Nada más que niebla. Sólo la niebla para impedir que les choquen las cabezas. Bueno, cuando dos chocan así en un cruce, es como un choque en una cancha de bolos, diez palos que vuelan. Bang. Y ahí van los amigos, volando a tres metros de altura, con las cabezas juntas, como dos queridos amigos que se encuentran, agitando el aire, con las bicicletas agarradas como gatos. Entonces caen y se quedan allí, sintiendo que se acerca el

Ángel Oscuro.

—Pero supongo que estos hombres no…

—Ah, ¿no? Bueno, sólo el año pasado en todo el Estado Libre, ¡no hubo una noche en que un alma no se encontrase con otra en un choque fatal!

—¿Quiere decir entonces que más de trescientos ciclistas irlandeses mueren todos los años, chocando unos con otros?

—Por Dios que es verdad, y es una pena.

—Yo nunca salgo en bicicleta de noche. —Heber Finn echó una mirada a los cuerpos—. Camino.

—Y aun así las malditas bicicletas lo atropellan a uno —dijo el viejo—. En bicicleta o a pie, algún idiota anda siempre jadeando por el camino del infierno, en otra dirección. Y lo más probable es que lo atropellen y no que lo saluden. Oh, los buenos amigos que he visto estropeados, o con un saldo de jaquecas interminables para el resto de la vida. —El viejo cerró los párpados temblorosos—. Uno pensaría casi, ¿no le parece?, que los seres humanos no están hechos para manejar tan delicados instrumentos de poder.

—Trescientos muertos por año.

El norteamericano parecía perplejo.

—Y eso sin contar los peatones, atropellados por millares cada quincena. Arrojan las bicicletas al pantano, maldiciendo, y reciben pensiones. Salvan así cuerpos que son ya casi cadáveres.

—¿Vamos a seguir aquí, hablando? —El norteamericano señaló a las víctimas, con un ademán de impotencia—. ¿No hay un hospital?

—En una noche sin luna —siguió diciendo Heber Finn— lo mejor es cruzar por el campo ¡y malditos sean los caminos! Así llegué a los cincuenta.

Los hombres se movieron, inquietos.

El doctor, advirtiendo que había callado demasiado tiempo, y que el auditorio se dispersaba, se enderezó bruscamente.

—¡Bueno! —exclamó.

La taberna guardó silencio.

—Este hombre… —El doctor señaló—. Magulladuras, laceraciones, y atroces dolores de espalda durante dos semanas. En cuanto al otro muchacho, sin embargo…

Aquí el doctor se dedicó a mirar un buen rato, frunciendo el ceño, a la víctima más pálida, y que parecía pintada, encerada y lista para el ritual postrero.

—Conmoción.

—¡Conmoción!

El viento callado se levantó y se perdió en el silencio.

—Se salvará si lo llevamos en seguida a la clínica de Meynooth. ¿Quién tiene un automóvil?

Todos se volvieron como una sola cabeza. El norteamericano sintió que el movimiento lo arrastraba desde fuera del rito hasta su núcleo más íntimo y profundo. Se sonrojó, recordando el frente de la taberna de Heber Finn, donde había en aquel momento diecisiete bicicletas y un automóvil. Rápidamente, asintió.

—¡Aquí, muchachos! ¡Un voluntario! Pronto, ahora, lleven al muchacho, suavemente, al coche de nuestro buen amigo.

Los hombres estaban a punto de levantar el cuerpo, pero cuando el norteamericano tosió se quedaron inmóviles. Lo vieron tender la mano en círculo hacia todos ellos y llevarse el pulgar a la boca, empinando el codo. Todos ahogaron un grito, sorprendidos. La invitación no había concluido y ya la cerveza se derramaba en el estaño.

—¡Para el camino!

Ahora, hasta la víctima más afortunada, resucitada de improviso, con una cara como de queso, descubrió que le habían puesto un vaso en la mano, entre murmullos.

—Eh, muchacho, a ver… cuéntanos…

Luego el cuerpo desapareció del bar, llevándose consigo el posible velorio, y allí sólo quedaron el norteamericano, el médico, el resucitado y dos preocupados amigos. Afuera se podía oír a la multitud que instalaba a la víctima grave en el coche del voluntario.

El doctor dijo:

—Termine su vaso, señor…

—McGuire —dijo el norteamericano.

—¡Por todos los santos, si es irlandés!

No, pensó el norteamericano, remoto, mirando aturdidamente alrededor. El ciclista restablecido esperaba sentado a que volviese la gente; había manchas de sangre en el piso; las dos bicicletas estaban

apoyadas cerca de la puerta como objetos de utilería; la noche oscura aguardaba afuera con su neblina improbable; las voces se balanceaban dulcemente, en equilibrio, cada una en su propia garganta y en su propio ambiente. No, pensó el norteamericano llamado McGuire, soy casi irlandés, pero, por cierto, no del todo…

—Doctor —se oyó decir mientras dejaba el dinero en el estaño —, ¿hay también catástrofes, choques entre gente que anda en *autos*?

—¡No en nuestro pueblo! —El doctor bufó señalando el este con un movimiento de cabeza—. Pero si le gustan esas cosas. ¡Dublín es el sitio aconsejable!

El doctor tomó del brazo a McGuire como si fuese a confesarle un secreto que podía cambiarle la vida, y juntos cruzaron la taberna. Así, timoneado, McGuire sintió la cerveza en su interior como un peso oscilante que debía acomodar a un lado y a otro, mientras el doctor le susurraba en el oído.

—Mire, McGuire, admítalo, usted ha manejado muy poco en Irlanda, ¿verdad? Bueno, escuche. Cuando vaya a Meynooth, con la niebla y todo, es mejor que corra. Arme un escándalo. ¿Por qué? Asuste a los ciclistas, a las vacas del camino, a ambos lados. Si guía despacio, ¡tendrá que pasar por encima y eliminar docenas y docenas antes que sepan qué les sucedió! Y otra cosa: cuando se acerque un automóvil, baje las luces. Cuando se crucen, apáguelas, es más seguro. Esas luces endemoniadas han enceguecido muchos ojos y han demolido a muchos inocentes. ¿Está claro? Dos cosas: más velocidad, y menos luces, cuando hay coche a la vista.

En la puerta, el norteamericano asintió. Oyó detrás a la única víctima, cómodamente instalada, removiendo la cerveza con la lengua, pensando, preparándose, comenzando:

—Bueno, yo voy camino a casa, alegre como unas pascuas, y me lanzo cuesta abajo cuando…

Afuera en el automóvil, la otra víctima gemía calladamente en el asiento trasero. El doctor ofreció un consejo último.

—Use siempre una gorra, muchacho. Si quiere pasear de noche por los caminos, claro. Una gorra lo salvará de jaquecas. Una gorra lo salvará de jaquecas atroces si se encuentra con Kelly o Moran o una víctima cualquiera, viniendo en dirección opuesta, alegres, y de

cabeza dura. Esos hombres son peligrosos aun a pie. Sí, en Irlanda hay reglas, aun para peatones, y usar gorra de noche es lo primero.

El norteamericano se dejó caer en el asiento, sacó una gorra de tweed pardo que había comprado ese mismo día en Dublín y se la puso. Miró la niebla oscura que hervía en la noche. Miró la desierta carretera que lo aguardaba, silenciosa, silenciosa, silenciosa, pero de algún modo, no tan silenciosa. Pues, a cientos de largos y raros kilómetros, hacia uno y otro lado de Irlanda, había miles de encrucijadas neblinosas donde mil fantasmas de gorras de tweed y guantes grises pedaleaban en el aire, cantando, gritando, y oliendo a cerveza Guiness.

McGuire pestañeó. Los fantasmas se esfumaron. El camino se abría desierto, oscuro, expectante.

Tomando aliento, cerrando los ojos, el norteamericano llamado McGuire encendió el motor del coche y apretó el acelerador.

Los ratones

—Son muy raros —dije—. La pareja.

—¿Qué quieres decir? —preguntó mi mujer.

—Nunca un ruido. Escucha.

Nuestra casa estaba rodeada de otras casas, a las que habían añadido otra media casa. Cuando mi mujer y yo la compramos alquilamos las habitaciones aledañas, junto al vestíbulo. Ahora pegábamos la oreja a la pared y escuchábamos los latidos de nuestros propios corazones.

—Sé que están ahí —murmuré—. Pero en estos tres años nunca oí caer una sartén, ni pronunciar una palabra, ni el ruido de una llave de luz. Dios santo, ¿qué harán ahí adentro?

—No lo había pensado nunca —dijo mi mujer.

—Sólo una luz encendida, esa lamparita azul de veinticinco vatios que ilumina el saloncito. Si pasas y espías por la puerta lo ves a él, sentado en el sillón, mudo, con las manos en el regazo. Y a ella, sentada en otro sillón, mirándolo, sin decir nada. No se mueven.

—Al principio, piensas que no están en casa —dijo mi mujer—. La sala está tan oscura. Pero si miras un tiempo, y los ojos se te acostumbran a la oscuridad, puedes verlos ahí, sentados.

—Un día —dije yo— entraré de pronto, encenderé las luces y gritaré. Dios santo, si yo no puedo soportar ese silencio, ¿cómo pueden soportarlo ellos mismos? No serán mudos.

—Cuando él paga el alquiler, dice «hola».

—¿Y qué más?

—«¡Adiós!»

Yo sacudí la cabeza.

—Cuando nos cruzamos en la alameda sonríe y escapa.

Mi mujer y yo nos disponíamos a pasar la velada leyendo, escuchando radio, conversando.

—¿Tienen un aparato de radio?

—Ni radio, ni televisión, ni teléfono. Ni un libro, ni una revista, ni un diario en toda la casa.

—¡Ridículo!

—No te excites.

—Ya lo sé, pero nadie puede pasarse tres años sentado en la oscuridad sin hablar, sin escuchar radio, sin leer, sin ni siquiera comer, ¿no te parece? Nunca olí una chuleta ni un huevo frito. Maldición, ¡creo que ni siquiera oí que se fueran a la cama!

—Lo hacen para intrigarnos, querido.

—¡Lo consiguen!

Salí a dar una vuelta a la manzana. Era una hermosa noche de verano. Cuando volví eché una mirada indolente a la puerta. El oscuro silencio seguía allí, y las pesadas formas, sentadas, y el difuso resplandor azul. Me quedé largo rato, hasta que terminé el cigarrillo. Sólo cuando me di vuelta para irme lo vi en el pasillo, mirándome, con su cara blanda y redonda. No se movió. Se quedó allí, de pie, observándome.

—Buenas noches —dije.

Silencio. Después de un momento, el hombre se volvió y entró en el cuarto oscuro.

A la mañana siguiente, el pequeño mexicano salió de la casa a las siete, solo, recorriendo de prisa la alameda, silencioso como siempre. Ella lo siguió a las ocho, caminando con paso cauteloso, toda abultada bajo el abrigo oscuro, con un sombrero negro que se balanceaba sobre la cabeza rizada. Así, remotos y silenciosos, habían salido a trabajar desde hacia tres años.

—¿Dónde trabajan? —pregunté a la hora del desayuno.

—Él es fogonero aquí, en la acería U.S. Ella cose para una tienda.

—Son trabajos pesados.

Escribí algunas páginas de mi novela, leí, descansé, escribí un poco más. A las cinco de la tarde vi a la mexicanita que volvía a

casa, abría la puerta, entraba de prisa, enganchaba la persiana, y cerraba herméticamente la puerta.

Él llegó a las seis en punto, a la carrera. Una vez en el porche, sin embargo, se volvió infinitamente paciente. En silencio, raspando apenas la persiana con la mano, como un ratón gordo que araña la pared, aguardó. Al fin, ella le abrió la puerta. No vi que movieran los labios.

Ni un sonido a la hora de la comida. Ningún ruido de ollas. Ningún tintineo de vajilla. Nada.

La lamparita azul seguía encendida.

Mi mujer dijo entonces:

—Hace lo mismo cuando viene a pagar el alquiler. Raspa tan despacio que no lo oigo. Me asomo a la ventana, y ahí está. Sabe Dios cuánto habrá esperado, así, de pie, rozando apenas la puerta.

Dos días después, en una hermosa noche de julio, yo estaba trabajando en el jardín. El hombrecito mexicano salió al porche, y me dijo:

—¡Usted está loco!

Luego miró a mi mujer.

—¡Usted también está loca!

Movió en silencio la mano regordeta.

—Ustedes no me gustan. Demasiado *ruido*. No me gustan. Están locos.

Y el mexicano se metió otra vez en la casa.

Agosto, setiembre, octubre, noviembre. Los «ratones», como los llamábamos ahora, estaban siempre ahí, en el nido oscuro, callados. Una vez mi mujer le dio al marido, junto con el recibo del alquiler, unas revistas viejas. El hombre las aceptó cortésmente, con una sonrisa y una reverencia, pero sin decir una palabra. Una hora más tarde mi mujer vio que echaba las revistas en el incinerador del patio y encendía un fósforo.

Al día siguiente pagó el alquiler de tres meses por adelantado, pensando sin duda que de ese modo sólo tendría que vernos de cerca cada doce semanas. Cuando yo lo encontraba en la calle, el hombre cruzaba rápidamente para saludar a algún amigo imaginario. La mujer me evitaba también, y pasaba a mi lado

sonriendo tontamente, confusa, meneando la cabeza. Nunca la vi a menos de veinte metros de distancia. Si tenían que reparar una cañería, no nos decían nada, y traían un plomero que trabajaba, parecía, con una linterna.

—Maldito sea —me dijo el plomero cuando lo encontré en la alameda—. ¡Qué casa de locos! No hay lámparas eléctricas. Cuando les pregunté dónde estaban, ¡me *sonrieron*!

A la noche yo me quedaba pensando en los ratoncitos. ¿De dónde eran? De México, claro. ¿De qué parte? Del campo, de una pequeña aldea, cerca de algún río. No de una ciudad o de un pueblo. Pero sí de un sitio donde había estrellas y las luces y oscuridades naturales: las apariciones y desapariciones de la luna y el sol. Y aquí estaban ahora, lejos, muy lejos de aquellas tierras, en una ciudad imposible, él sudando como un demonio todo el día entre los altos hornos de la fundición; ella inclinada sobre escurridizas agujas en un taller de costura. Y luego volvían a casa, a esta manzana, cruzando una ciudad estrepitosa, evitando los tranvías ruidosos y los bares que cacareaban como papagayos. Entre un millón de alaridos corrían a la salita, a la luz azul, a los sillones cómodos, y al silencio. Yo lo pensaba a menudo. De noche, tarde, yo tenía la impresión de que si sacaba la mano, en la oscuridad del dormitorio, podía sentir el adobe y oír el canto de un grillo y el río que corría bajo la luna, y a alguien que cantaba suavemente acompañado por una guitarra tímida.

Una noche de diciembre, tarde, la casa vecina se incendió. Las llamas rugían contra el cielo, los ladrillos se desmoronaban, las chispas llovían sobre el tejado de los ratones sigilosos.

Golpeé la puerta.

—¡Fuego! —grité—. ¡Fuego!

Los ratones, sentados en la habitación iluminada de azul, no se movieron.

Golpeé otra vez, violentamente.

—¡Fuego! ¿Me oyen?

Llegaron los bomberos. Echaron agua a la casa. Cayeron más ladrillos. Cuatro de ellos abrieron boquetes en la casita. Me trepé al tejado, apagué los fuegos, y salté abajo, con la cara y las manos lastimadas. La puerta se abrió al fin. El pequeño mexicano

silencioso y su mujer estaban en el pasillo, impávidos e inconmovibles.

—Déjenme entrar —grité—. Hay un boquete en el techo de la casa. Quizá hay brasas en el dormitorio.

Empujé la puerta, los aparté y pasé.

—¡No! —gruñó el hombrecito.

La mujercita giraba en círculos como un juguete roto.

—¡Ah!

Yo estaba ya en el interior, con mi linterna. El hombrecito me tomó los brazos. Le olí el aliento.

Y luego mi linterna recorrió las habitaciones. La luz brilló sobre un centenar de botellas de vino en el vestíbulo, doscientas botellas en los armarios de la cocina, seis docenas en los anaqueles de la sala, más en los muebles y armarios del dormitorio. No sé qué me impresionó más: si el agujero en el cieloraso del dormitorio o el interminable resplandor de tantas botellas. Perdí la cuenta. Era como una invasión de escarabajos enormes, brillantes, muertos, abandonados, atacados por una peste antigua.

En el dormitorio, sentí que el hombrecito y su mujer me miraban desde el umbral. Oí que respiraban jadeando y sentí sus miradas. Aparté la linterna de las botellas relucientes y enfoqué, cautelosamente, y durante todo el tiempo que estuve allí, el boquete del cielo raso amarillo.

La mujercita se echó a llorar, débilmente. Nadie se movió.

A la mañana siguiente partieron.

Antes que nos diésemos cuenta, ya estaban en la alameda, a las seis de la mañana, trasportando el equipaje bastante liviano como para estar totalmente vacío. Traté de detenerlos, les hablé. Eran viejos amigos, les dije. Nada había cambiado, les dije. No tenían nada que ver con el incendio, les dije, ni con el tejado. Eran espectadores inocentes, *insistí*. Yo mismo repararía el tejado, ¡gratis!

Pero no me miraron. Miraban la casa y el otro extremo de la alameda, mientras yo hablaba. Entonces, cuando callé al fin, movieron la cabeza, asintiendo, mirando los árboles, como diciendo que era hora de partir, y echaron a caminar, y luego corrieron, para alejarse de mí, me pareció, hacia la calle donde había tranvías y ómnibus y automóviles y muchas avenidas ruidosas que se cerraban

como un laberinto. Corrieron orgullosamente, las cabezas altas, sin mirar hacia atrás.

Los encontré una vez por casualidad. En Navidad, al anochecer, vi que el hombrecito corría ante mí, en silencio, por la calle oscura. Decidí seguirlo. Al fin, a cinco cuadras de nuestro viejo barrio, arañó silenciosamente la puerta de una casita blanca. Vi que la puerta se abría, se cerraba, y cuando cayó la noche y yo pasé frente a la casa, vi una lucecita que ardía como una brasa azul. Me pareció ver también, aunque lo imaginé probablemente, dos siluetas; el hombrecito en su sillón, la mujer a su lado. Los dos sentados en la oscuridad, y una o dos botellas en el piso detrás de las sillas, y ningún ruido, ni un solo ruido entre ellos. Sólo el silencio.

No subí ni llamé. Me paseé por la avenida, escuchando las voces de los cafés. Compré un periódico, una revista, un libro barato. Luego fui a casa donde estaban encendidas todas las luces y había comida caliente en la mesa.

La costa en el crepúsculo

Tom, hundido en las olas hasta las rodillas, con una madera traída por las aguas en la mano, escuchó atentamente.

La casa estaba en silencio, allá arriba en el camino de la costa, en las últimas horas de la tarde. Todo se había apagado: el ruido de los trastos que ella había revuelto en los armarios, el de las cerraduras que habían chasqueado en las valijas, el de los floreros que ella había tirado al suelo, y el del estruendoso portazo final.

Chico, de pie en la arena pálida, sacudió la mano hasta que una cosecha de monedas perdidas floreció en el cedazo de alambre. Luego de un momento, sin echar una ojeada a Tom, dijo:

—Déjala ir.

Así era todos los años. Durante una semana, o un mes, la casa derramaba música por las ventanas, había nuevas macetas de geranios en la baranda del porche, y pintura nueva en los escalones y en las puertas. Del alambre de la ropa desaparecían los pantalones de arlequín y aparecían vestidos estrechos y túnicas mexicanas hechas a mano, blancas como las olas que rompían detrás de la casa. Adentro, las pinturas de las paredes no imitaban ya a Matisse sino a un seudo Renacimiento italiano. A veces, alzando los ojos Tom veía a una mujer que se secaba el pelo al viento, como una brillante bandera amarilla. A veces la bandera era roja o negra. A veces la mujer era baja, a veces alta, recortada contra el cielo. Pero nunca había más que una mujer por vez. Y, al fin, llegaba un día como este…

Tom dejó la madera en la pila donde Chico cernía el billón de pisadas, esas pisadas de una gente que había dejado muy atrás sus vacaciones.

—Chico. ¿Qué hacemos aquí?

—Viviendo la vida verdadera, muchacho.

—No lo siento así, Chico.

—Haz un esfuerzo, muchacho.

Tom vio la casa un mes atrás, con macetas que florecían en polvo, paredes con rectángulos desnudos, y sólo la alfombra de la arena en los pisos. Los cuartos resonaban como caracoles al viento. Y toda la noche, todas las noches, cada uno acostado en su cuarto, él y Chico oían una marea que se alejaba y alejaba en la costa larga, sin dejar huellas.

Tom asintió, con un movimiento de cabeza imperceptible. Una vez al año él mismo traía una hermosa muchacha a la casa, pensando que ella sí estaba bien, y que pronto se casarían. Pero estas mujeres siempre se escabullían silenciosamente antes del alba, sintiendo que las habían confundido con alguna otra, sintiéndose incapaces de desempeñar su papel. Las amigas de Chico se iban como aspiradoras de polvo, con tironeos, rugidos, embestidas terribles, volviendo del revés todas las redes, despojando a todas las ostras de sus perlas, arrebatando sus propios bolsos como perritas falderas que Chico había mimado, mientras les abría las bocas para contarles los dientes.

—Ya van cuatro mujeres este año.

—Muy bien, árbitro. —Chico sonrió con una mueca—. Muéstreme el camino de las duchas.

—Chico… —Tom se mordió el labio inferior, y luego continuó —: He estado pensando. ¿Por qué no nos separamos?

Chico se quedó mirándolo a Tom, sin contestar.

—Quiero decir —explicó Tom rápidamente— que quizá tuviéramos más suerte solos.

—Bueno, maldita sea —dijo Chico, lentamente, sosteniendo el colador entre sus grandes puños, ante él—. Oye, muchacho, ¿olvidas la realidad? Tú y yo estaremos aquí cuando llegue el año 2000. Un par de viejos y tontos pajarracos que se secan los huesos al sol. Ya nada nos puede pasar, nunca, Tom. Es demasiado tarde. Métetelo en la cabeza y cierra la boca.

Tom tragó saliva y miró serenamente al otro hombre.

—He estado pensando en irme… en irme la semana próxima.

—¡Cállate, cállate, y a trabajar!

Chico hizo caer la arena en una airada llovizna que le dio una cosecha de cuarenta y tres centavos. Se quedó mirando ciegamente las monedas que brillaban en los alambres como un juego de *pinball* en llamas.

Tom no se movió, reteniendo el aliento.

Parecía que los dos hombres estuviesen esperando algo. Y algo llegó.

—¡Eh… eh… oh, eh!

Una voz llamaba, muy lejos en la costa.

Los dos hombres se volvieron lentamente.

Un niño corría por la costa, a doscientos metros, gritando, haciendo ademanes. Había algo en la voz del niño, y Tom sintió de pronto un escalofrío. Se cruzó de brazos, apretándolos contra el pecho, y esperó.

—¡Eh!

El niño se detuvo, jadeando, señalando hacia atrás.

—¡Una mujer, una mujer rara, en la roca del norte!

—¡Una mujer! —Las palabras estallaron en la boca de Chico que empezó a reírse—. Oh, no, no.

—¿Qué es eso de una mujer «rara»? —preguntó Tom.

—No sé —dijo el niño, con los ojos muy abiertos—. ¡Vengan a ver! ¡Terriblemente rara!

—¿Ahogada, quieres decir?

—¡Quizás! Salió del agua, y está tendida en la playa ahora, tienen que verla… rara… —La voz del niño murió arrastrándose. Miró otra vez hacia el norte—. Tiene una cola de pescado.

Chico se rió.

—No antes de la cena, gracias.

—¡Por favor! —gritó el niño dando saltos ahora—. ¡No es mentira! ¡Oh, vengan rápido!

Echó a correr, notó que no lo seguían, y miró hacia atrás, desalentado.

Tom sintió que se le movían los labios.

—Esa criatura no hubiera corrido tanto para hacer sólo una broma, ¿no es cierto, Chico?

—Hay gente que ha corrido más por menos.

Tom echó a caminar.

—Muy bien, hijo.

—¡Gracias, señor, oh gracias!

El niño corrió. Veinte metros más allá, Tom volvió la cabeza. Detrás, Chico miraba de soslayo, se encogía de hombros, se sacudía cansadamente las manos, y se ponía a caminar.

Fueron hacia el norte por la playa crepuscular, dos hombres de piel curtida, arrugada como cuero de lagarto alrededor de los ojos de agua clara, opacos, y que parecían más jóvenes de lo que eran pues con el pelo cortado al rape no se les veían las canas. Soplaba el viento, y el océano subía y bajaba con prolongadas sacudidas.

—¿Y qué pasaría —dijo Tom— si llegásemos a las rocas y descubriésemos que es cierto? ¿Y si el océano hubiese traído *algo*?

Pero antes que Chico pudiese contestar, Tom ya pensaba en otra cosa, recorriendo con la mente la playa sembrada de cangrejos, almejas, algas y pedruscos. Habían hallado muchas veces las cosas que viven en el mar, y ahora los nombres volvían con la respiración de las olas. Argonautas, habían dicho, abadejos, anguilas, tencas, elefantes marinos, habían dicho, lenguados, y esturiones y ballenas blancas y orcas y leones de mar… siempre uno pensaba cómo serían aquellas criaturas que tenían esos nombres resonantes. Quizá uno nunca las veía salir de los seguros límites de los prados marítimos, pero allí estaban, y sus nombres, con miles de otros, despertaban imágenes. Y uno miraba y deseaba ser un albatros capaz de volar quince mil kilómetros y volver algún año con todas las dimensiones del océano en la cabeza.

—¡Oh, rápido! —El niño se había vuelto para mirar la cara a Tom—. ¡Puede irse!

—Tranquilo, muchacho —dijo Chico.

Llegaron a las rocas del norte. Había otro niño allí, que miraba hacia abajo. Quizá Tom vio algo de reojo, algo que lo hizo titubear y volver la cabeza y clavar los ojos en la cara del niño que miraba allí, de pie. El niño estaba pálido, y parecía como si no respirase. De cuando en cuando se acordaba de tomar aliento, y parpadeaba para ver mejor, pero cuanto más miraba aquello en la arena más se le nublaban los ojos, y menos veía y entendía. El mar le cubrió los zapatos de tenis y el niño no se movió ni se dio cuenta.

Tom apartó los ojos del niño y miró la arena.

Y la cara de Tom, en seguida, fue la cara del niño. Las manos se le retorcieron a los costados del cuerpo, del mismo modo, y se quedó así, mirando boquiabierto, y con ojos claros que parecían todavía más blancos de tanto mirar.

El sol poniente estaba a diez minutos del horizonte.

—Vino una ola grande y se fue —dijo el primer niño—, y ahí estaba ella.

Miraron a la mujer.

Los cabellos, muy largos, se extendían sobre la playa como cuerdas de un arpa inmensa. El agua subía, y los hilos flotaban y bajaban, y eran cada vez un abanico distinto y una figura distinta. El cabello debía de tener un metro y medio o más de largo y ahora estaba extendido sobre la arena dura y húmeda, y era del color de la cal.

El rostro…

Los dos hombres se inclinaron, maravillados.

El rostro de la mujer era una escultura de arena blanca, con unas pocas gotas de agua brillante, como una llovizna de verano sobre una rosa amarilla. Era el rostro de la luna, pálida a la luz del día, e increíble en el cielo azul. Era un mármol lechoso, levemente violáceo en las sienes. Los párpados cerrados tenían un débil color de acuarela, como si los ojos miraran a través del frágil tejido y vieran a los hombres que estaban allí mirándola y mirándola. La boca era una pálida rosa marina cerrada sobre sí misma. Y el cuello era delgado y blanco, y los pechos eran pequeños y blancos, cubiertos, descubiertos, cubiertos, descubiertos por el movimiento del agua, el agua que subía y se retiraba, subía y se retiraba. Y las puntas de los pechos eran rosadas, y el cuerpo era de un blanco sorprendente, casi como una luz, un rayo blanco verdoso en la arena. Y cuando el agua la envolvía, la piel resplandecía como la superficie de una perla.

La parte inferior del cuerpo era arriba de color blanco, y luego de color azul muy pálido, y el color azul pálido se trasformaba en verde pálido, y el verde pálido en verde esmeralda, y luego en el color verde del musgo, y en centellas y en oro verde que se curvaba como una fuente, un movimiento de luz y sombras que terminaba

en un abanico de encaje, una forma de espuma y joyas sobre la arena. Las dos mitades de la criatura estaban unidas de tal modo que no se veía dónde la mujer perlada, la mujer blanca de agua trasparente y de cielo claro, se confundía con la mitad anfibia, la corriente oceánica que había subido a la costa y se movía apuntando a su hogar verdadero. La mujer era el mar, el mar era la mujer. No había falla o costura, ni arruga ni puntada; la ilusión, si podía llamarse ilusión, era perfecta, y la sangre de una parte corría y se confundía con las aguas de hielo de la otra.

—Yo quería ir a pedir auxilio. —El primer niño hablaba como si no quisiese elevar la voz—. Pero Skip dijo que estaba muerta. ¿Está muerta?

—Nunca estuvo viva —dijo Chico—. Sí —continuó mientras todos lo miraban—, es algo de un estudio de cine. Goma líquida sobre un esqueleto de acero. Un muñeco, un maniquí.

—¡Oh, no, es real!

—Encontraremos un rótulo en alguna parte —dijo Chico—. Veamos.

—¡No! —gritó el primer niño.

—Diablos.

Chico tocó el cuerpo para darlo vuelta, y se detuvo. Se quedó arrodillado, con una cara que cambiaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom.

Chico apartó la mano y se la miró.

—Estaba equivocado —dijo con una voz apagada.

Tom tomó la muñeca de la mujer.

—Se siente un pulso.

—Es tu propio corazón.

—No sé… quién… quizá…

La mujer estaba allí, y la parte superior del cuerpo era perlas de luna y marea amarilla, y la parte inferior era un movimiento de antiguas monedas verdinegras que se volvía sobre sí mismo con el viento y con el agua.

—¡Es un truco! —gritó Chico, de pronto.

—No. ¡No! —Casi al mismo tiempo, Tom se echó a reír—. ¡No es un truco! Dios mío, ¿qué siento? Nunca sentí nada parecido desde que era pequeño.

Caminaron lentamente alrededor de la mujer. Una ola vino y tocó la mano blanca y los dedos se movieron suavemente. Era el ademán de alguien que llamaba a otra ola, para que juntas alzaran los dedos y luego la muñeca y luego el brazo y luego la cabeza y al fin el cuerpo, y se lo llevaran todo de vuelta al mar.

—Tom. —La boca de Chico se abrió y se cerró. ¿Por qué no traes el camión?

Tom no se movió.

—¿Me oyes? —dijo Chico.

—Sí, pero…

—¿Pero qué? Podemos vender esto en alguna parte, no sé dónde… la universidad, el acuario de la playa de la Foca o… bueno, diablos, ¿cómo no vamos a encontrar dónde? —Chico sacudió el brazo de Tom—. Lleva el camión al muelle. Compra ciento cincuenta kilos de hielo picado. Cuando sacas algo del agua *necesitas* hielo, ¿no es cierto?

—Nunca lo pensé.

—¡Piénsalo! ¡Muévete!

—No sé, Chico.

—¿Qué quieres decir? ¿Ella es real, no es cierto? —Se volvió hacia los niños—. Todos dicen que es real, ¿no? Bueno, entonces, ¿qué esperamos?

—Chico —dijo Tom—. Mejor que vayas tú a buscar el hielo.

—¡Alguien tiene que quedarse y cuidar de que no se la lleve la marea!

—Chico —dijo Tom—, no sé cómo explicártelo. No quiero traer ese hielo.

—Iré yo, entonces. Oigan, muchachos. Levanten aquí un muro de arena para que no entren las olas. Les daré cinco dólares a cada uno. ¡Vamos, aprisa!

El sol tocaba el horizonte ahora, y las caras de los niños eran bronces rosados, y los ojos eran como bronces que miraban a Chico.

—¡Dios mío! —dijo Chico—. ¡Esto es mejor que encontrar ámbar gris!

Corrió hacia la cima de la duna más próxima, gritó: ¡a trabajar! y desapareció.

Tom y los dos niños se quedaron solos con la mujer solitaria de

las rocas, y el sol comenzó a hundirse en el horizonte. La arena y la mujer eran oro y rosa.

—Sólo una línea —susurró el segundo niño. Se pasó el borde de la uña por debajo de la barbilla, suavemente, señalando a la mujer con un movimiento de cabeza. Tom se inclinó otra vez y vio la débil línea a cada lado de la barbilla firme y blanca de la mujer, la línea breve y casi imperceptible donde estaban o habían estado las branquias, cerradas ahora, invisibles.

Tom miró de nuevo la cara de la mujer y los largos cabellos extendidos como una lira en la playa.

—Es hermosa —dijo.

Los niños asintieron sin saber por qué.

Detrás de ellos, una gaviota remontó vuelo de pronto desde las dunas. Los niños se sobresaltaron y miraron.

Tom sintió que temblaba. Vio que los niños temblaban también. Se oyó la bocina de un coche. Los ojos de los niños y de Tom parpadearon, asustados. Los tres miraron el camino.

Una ola envolvió el cuerpo, enmarcándolo en agua clara.

Tom le dijo a los niños que se apartasen, con un movimiento de cabeza.

La ola movió el cuerpo un centímetro y luego dos centímetros hacia el mar.

La ola próxima vino y movió el cuerpo dos centímetros y seis centímetros hacia el mar.

—Pero… —dijo el primer niño.

Tom meneó la cabeza.

La tercera ola alzó el cuerpo y lo llevó cincuenta centímetros hacia el mar. La próxima ola arrastró el cuerpo otros treinta centímetros, y las tres siguientes dos metros más.

El primer niño gritó y corrió detrás del cuerpo.

Tom alargó la mano y tomó al niño por el brazo. El niño parecía impotente y asustado y triste.

Durante un rato no hubo más olas. Tom miró a la mujer, pensando, es verdadera, es real, es mía… pero… está muerta. O se morirá si se queda aquí.

No podemos dejarla ir —dijo el primer niño—. No podemos, ¡no podemos!

El otro niño se puso entre la mujer y el mar.

—¿Qué haremos con ella si la guardarnos? —preguntó mirando a Tom.

El primer niño trató de pensar.

—Podemos… podemos… —Calló y sacudió la cabeza—. Oh, Dios.

El segundo niño se hizo a un lado y dejó abierto el camino entre la mujer y el mar.

La próxima ola fue grande. Vino y se fue, y la arena quedó desierta. La blancura había desaparecido, y también los diamantes negros y las cuerdas del arpa.

Tom y los niños se quedaron de pie a orillas del mar, mirando, hasta que oyeron el camión que venía entre las dunas.

El sol ya se había puesto.

Tom y los niños oyeron unas pisadas que bajaban por las dunas y a alguien que gritaba.

Regresaron en silencio por la playa cada vez más oscura, en el camión de grandes neumáticos. Los dos niños iban en la caja del camión, sentados sobre los sacos de hielo picado. Al cabo de un rato Chico se puso a jurar entre dientes, escupiendo por la ventanilla.

—Ciento cincuenta kilos de hielo. ¡Ciento cincuenta kilos de *hielo*! ¡Y estoy empapado hasta los huesos, empapado! Ni siquiera te moviste cuando yo salté y me zambullí para buscarla. ¡Idiota, idiota! ¡No has cambiado! Como todas las otras veces, como siempre, no hiciste nada, nada, sólo te quedaste ahí, te quedaste ahí, sin hacer nada, nada, ¡sólo mirando!

—¿Y tú qué hiciste, eh, qué hiciste? —dijo Tom con una voz cansada, mirando hacia adelante—. Lo mismo que siempre, sin ninguna diferencia. Te hubieras visto.

Dejaron a los niños en una casa de la playa. El más pequeño habló con una voz que se confundió con el ruido del viento.

—Dios, nadie nos creerá nunca, nunca.

Los dos hombres siguieron adelante y al fin se detuvieron, y bajaron del camión.

Chico esperó dos o tres minutos a que se le aflojaran los puños y al fin lanzó un gruñido.

—Diablos, quizá sea mejor así. —Tomó aliento—. Acaba de ocurrírseme. Es gracioso. Pasarán veinte, treinta años y en medio de la noche sonará el teléfono. Será uno de esos niños, ya hombre, que llama desde larga distancia, de un bar cualquiera. En medio de la noche, llamarán para hacer una pregunta: ¿Es cierto, no? ¿Ocurrió, no es así? En 1958, nos ocurrió realmente a nosotros. Y nosotros nos sentaremos al borde de la cama, en medio de la noche, diciendo: Seguro, muchacho, seguro, ocurrió realmente, nos ocurrió a nosotros, en 1958. Y ellos dirán: Gracias; y nosotros diremos: No es nada, llamen cuando quieran. Y todos diremos buenas noches. Y quizá no vuelvan a llamar por un par de años.

Los dos hombres se sentaron en los escalones del porche, en la oscuridad.

—¿Tom?

—¿Qué?

Chico esperó un rato.

—No te irás.

No era una pregunta sino una tranquila afirmación.

Tom pensó un momento, con el cigarrillo apagado entre los dedos. Y comprendió que ahora ya no se iría nunca. Pues supo que al día siguiente y al otro y al otro caminaría playa abajo y nadaría en el encaje verde y los fuegos blancos y las cavernas oscuras bajo las olas. El día siguiente y el otro y el otro.

—Sí, Chico, no me iré.

Los espejos de plata avanzaron en una línea ondulada a lo largo de la costa desde mil kilómetros al norte hasta mil kilómetros al sur. Los espejos no reflejaron ninguna casa, ningún árbol, ningún camino, ni siquiera un hombre. Los espejos reflejaron sólo la luna serena, quebrándose en seguida en un billón de trozos de cristal que iluminaron la costa. Luego el mar se oscureció otra vez, preparando otra línea de espejos para alcanzar y sorprender a los dos hombres que estaban allí sentados desde hacía mucho tiempo, sin parpadear una sola vez, esperando.

La ventana de color frutilla

En el sueño, cerraba la puerta de calle con vidrios de color frutilla y vidrios de color limón y vidrios como nubes blancas y vidrios como el agua clara de un río campesino. Dos docenas de cristales enmarcaban el cristal grande de vino frutal, de gelatina y de escarcha. Recordó a su padre que lo alzaba en brazos, cuando era niño. «¡Mira!» Y del otro lado del cristal el mundo era esmeraldas, musgo y menta de estío. *«¡Mira»*! El cristal lila trasformaba en uvas moradas a todos los transeúntes. Y por último el cristal frutilla bañaba perpetuamente la ciudad en una calidez rosácea, tapizaba el mundo con el color de la aurora, y parecía que el césped había sido importado de un bazar de alfombras persas. La ventana frutilla, más que ninguna, quitaba la palidez a la gente, entibiaba la lluvia fría, incendiaba las nieves ásperas y móviles del mes de febrero.

—¡Sí, sí! ¡Allí…!

Despertó.

Antes de salir totalmente del sueño oyó hablar a sus hijos, y ahora, tendido en la oscuridad, escuchaba el triste ruido de aquella charla, como el viento que arrastra los blancos fondos del mar a las colinas azules, y entonces recordó.

—Estamos en Marte.

Su mujer gritó en sueños:

—¿Qué?

Él no tenía conciencia de haber hablado: siguió tendido en la cama, tan inmóvil como le era posible. Pero ahora, como en una rara y confusa realidad, vio que su mujer se levantaba y recorría la habitación como un fantasma, alzando el rostro pálido, mirando fijamente a través de las ventanas pequeñas y altas las estrellas

luminosas y desconocidas.

—Carrie —murmuró.

Ella no lo oyó.

—Carrie —murmuró él otra vez—. Tengo algo que decirte… mañana… mañana por la mañana…

Pero Carrie estaba de pie, absorta, al resplandor azul de las estrellas, y no lo miró.

Si por lo menos hubiese siempre sol, pensó él, si no hubiese noche. Porque durante el día clavaba maderas construyendo el pueblo, los chicos iban a la escuela, y Carrie tenía que limpiar, cultivar el jardín y la granja, cocinar. Pero cuando el sol desaparecía y las manos se les vaciaban de flores, martillos, clavos y textos de aritmética, los recuerdos, como pájaros nocturnos, los asediaban otra vez en las sombras.

Carrie se movió: un leve giro de la cabeza.

—Bob —dijo al fin—. Quiero volver a casa.

—¡Carrie!

—Éste no es mi hogar —dijo la mujer.

Bob vio que Carrie tenía los ojos húmedos y cuajados de lágrimas.

—Carrie, ten un poco de paciencia.

—Ya no me queda ninguna.

Como una sonámbula, abrió los cajones de la cómoda y sacó una pila de pañuelos, camisas, ropa interior, y los puso encima de la cómoda, sin verlos, tocándolos con los dedos, levantándolos y dejándolos caer. La rutina era ahora muy familiar. Hablaba, sacaba las cosas y se quedaba quieta un momento, y las guardaba otra vez, y volvía con el rostro seco, al lecho y a los sueños. Bob temía que una noche vaciara todos los cajones y buscase las viejas maletas, amontonadas ahora contra la pared.

—Bob… —La voz de Carrie no era amarga, sino suave, indefinida, incolora como la luz lunar que entraba en el cuarto—. Tantas noches, durante seis meses, he hablado así. Me siento avergonzada. Tú trabajas tanto construyendo las casas de la ciudad. Un hombre que trabaja de ese modo no tendría que escuchar las quejas de una esposa. Pero no puedo hacer otra cosa que decirlo. Lo que más extraño… no sé, son tonterías. La hamaca del porche. La

mecedora, las noches de verano. La gente que pasa caminando o en auto, de noche, allá en Ohio. Nuestro negro piano vertical, desafinado. La cristalería sueca. Los muebles de la sala… Oh, sí, parecían una manada de elefantes, lo sé, y todos viejos. Y los caireles de cristal que se entrechocan cuando sopla el viento. Y las charlas con los vecinos, allá en el porche, en las noches de julio. Todas esas cosas tontas, pequeñas… no son importantes. Pero son las cosas que me vienen a la cabeza a las tres de la mañana. Perdóname, Bob.

—No, no hay nada que perdonar —dijo Bob—. Marte es un lugar remoto. Tiene un olor extraño, un aspecto extraño, y deja una impresión extraña. Yo también pienso por la noche. Venimos de una ciudad hermosa.

—Era verde —dijo la mujer—. En primavera y en verano. Y amarilla y roja en el otoño. Y la nuestra era una casa bonita; era vieja, sí, ochenta o noventa años, o algo así. Hablaba de noche, murmuraba, y yo la oía. Todas las maderas secas, los balaustres, el porche de adelante, los umbrales. Los tocabas, y te hablaban. Cada cuarto en un tono diferente. Y cuando al fin hablaba toda la casa, era como tener alrededor a una familia, allí, en la oscuridad, ayudándote a dormir. Ninguna casa de ahora podría ser como aquella otra. Para que una casa se ablande del todo es necesario que vivan muchos en ella, que pase por ella mucha gente. Ésta de ahora, esta cabaña, no sabe que yo estoy aquí, no le importa que yo viva o muera. Suena a lata, y la lata es fría. No tiene poros para que entren los años. No tiene un sótano para que guardes las cosas del año próximo y del otro. No tiene una bohardilla para que guardes las cosas del año pasado y de todos los otros años antes que tú nacieras. Si al menos tuviésemos aquí algo pequeño, pero familiar, Bob, entonces podríamos aceptar lo extraño. Pero cuando todas las cosas son extrañas, entonces se necesita una eternidad para familiarizarse con ellas.

Bob asintió en la oscuridad.

—No hay en lo que dices nada que yo no haya pensado.

Carrie miraba a la luz de la luna las maletas arrumbadas contra la pared y tendió la mano.

—¡Carrie!

—¿Qué?

Bob sacó las piernas fuera de la cama.

—Carrie, he hecho un condenado disparate, una locura. Todos estos meses te oí soñar en voz alta, asustada, y a los niños por la noche, y el viento, y Marte allí afuera, los abismos del mar y todo y… —Se detuvo y tragó saliva—. Tienes que comprender qué hice y por qué lo hice. Todo el dinero que guardábamos en el banco hasta hace un mes, todo el dinero que economizamos durante diez años, Carrie, lo gasté.

—¡Bob!

—Lo tiré a la calle, Carrie, te lo juro, lo tiré por nada. Iba a ser una sorpresa. Pero ahora, esta noche, aquí estás tú, y ahí están esas malditas maletas en el suelo, y…

—Bob —dijo Carrie volviéndose—. ¿Quieres decir que hemos pasado por todo *esto*, en Marte, ahorrando dinero todas las semanas, para que tú lo quemes en unas pocas horas?

—No sé —dijo Bob—. Estoy completamente loco. Mira, no falta mucho para que amanezca. Nos levantaremos temprano y te llevaré a ver lo que hice. No quiero decírtelo, quiero que lo veas. Y si no anda, entonces, bueno, siempre están esas maletas y el cohete a la Tierra cuatro veces por semana.

Carrie no se movió.

—Bob, Bob —murmuró.

—No digas nada más.

—Bob, Bob…

Carrie meneó lentamente la cabeza, incrédula. Bob se dio vuelta y se tendió en la cama y Carrie se sentó del otro lado, y por un rato no se acostó, y se quedó mirando la cómoda donde estaban los pañuelos y las joyas y la ropa apilada. Afuera un viento del color de la luna movió el polvo dormido y roció el aire.

Al fin Carrie se acostó, pero no dijo nada más; se sentía como un peso frío sobre la cama, contemplando el largo túnel de la noche, esperando a que amaneciera en el otro extremo.

Se levantaron a las primeras luces y se movieron por la cabaña sin hacer ruido. Era una pantomima, prolongada casi hasta la hora en que alguien podía gritarle al silencio, cuando la madre y el padre

y los niños se lavaban y vestían y tomaban un rápido desayuno de tostadas y jugos de fruta y café. Sin que nadie mirara de frente a nadie todos vieron a los otros en las superficies espejeantes de la tostadora, de la vajilla, de los cubiertos, donde los rostros se descomponían en formas y parecían terriblemente extraños a aquella hora temprana. Entonces, al fin, abrieron la puerta de la cabaña y dejaron entrar el aire que soplaba sobre los mares marcianos, fríos, azules y blancos, donde las olas de arena se disolvían y cambiaban como formas fantasmales, y salieron bajo un cielo frío, fijo y duro, y marcharon hacia una ciudad que no parecía más que el lejano escenario de una película cinematográfica, en un estudio inmenso y desierto.

—¿A qué parte de la ciudad vamos? —preguntó Carrie.

—Al hangar del cohete —dijo Bob—. Pero antes que lleguemos tengo mucho que decirte.

Los niños aminoraron la marcha y caminaron detrás de los padres, escuchando. El padre miraba fijamente hacia adelante, y ni una sola vez, durante todo el tiempo que habló, miró a su mujer o a sus hijos.

—Creo en Marte —empezó a decir serenamente—. Pienso que un día será nuestro. Levantaremos casas. Afincaremos aquí. No escaparemos con el rabo entre las piernas. Se me ocurrió un día hace un año, justamente después de nuestra llegada. ¿Por qué vinimos?, me pregunté. Porque sí, dije, porque sí. Lo mismo le ocurre al salmón todos los años. El salmón no sabe por qué va adonde va, pero va, de todos modos. Remonta ríos que no recuerda, torrentes, cataratas, y al fin llega a un sitio donde se reproduce y muere, y todo vuelve a comenzar. Llamémoslo memoria racial, instinto, o no le pongamos ningún nombre, pero es así. Y aquí estamos nosotros.

Caminaron en la mañana silenciosa y el cielo inmenso los miraba, y las extrañas arenas azules, o blancas como el vapor, se movían a los pies de los terrestres en el camino nuevo.

—De modo que aquí estamos. ¿Y de Marte adónde iremos? ¿A Júpiter, Neptuno, Plutón, o más allá? Perfecto. Y más allá aún. ¿Por qué? Algún día el sol estallará como un horno defectuoso. Bum, allá va la Tierra. Pero quizá Marte no sufra ningún daño, y si Marte

desaparece, quizá quede Plutón, y si Plutón desaparece, entonces, ¿dónde estaremos nosotros, es decir, los hijos de nuestros hijos?

Miró fijamente el inmóvil casco del cielo color ciruela.

—Bueno, estaremos en algún mundo numerado, tal vez: ¡Planeta 6 del sistema astral 97; planeta 2 del sistema 99! ¡Tan lejos de aquí que parecerá una pesadilla! Nos habremos ido, entendéis, nos habremos ido para siempre y estaremos a salvo. Y pensé entonces, ah, ah. Por ese motivo vinimos a Marte, por ese motivo los hombres lanzaron cohetes al espacio.

—Bob…

—Déjame terminar; no para hacer dinero, no. No para ver nuevos panoramas, no. Ésas son las mentiras que cuentan los hombres, las razones imaginarías que se dan a sí mismos. Hacerse ricos, famosos, dicen. Divertirse, volar, dicen. Pero todo el tiempo, interiormente, algo, otra cosa, late lo mismo que en el salmón o en la ballena; lo mismo, por Dios, que en el microbio más diminuto que se nos ocurra. Y ese relojito que late en todos los seres vivos, ¿sabéis qué dice? Dice: «véte, propágate, avanza, sigue nadando. Corre a tantos mundos y funda tantas ciudades que nada pueda destruir al hombre». ¿Ves, Carrie? No somos nosotros los que hemos venido a Marte, es la raza, o toda la raza humana, según como nos vaya en la vida. Y esto es algo tan enorme que me dan ganas de reír, me hiela de espanto.

Bob sentía que los niños marchaban firmemente detrás, y que Carrie iba a su lado, y hubiera querido verle la cara, pero no la miró.

—Recuerdo ahora que papá y yo recorríamos así los campos, cuando yo era niño, arrojando semillas a mano, pues se nos había roto la sembradora y no teníamos dinero para hacerla arreglar. Hubo que hacerlo, de algún modo, para las cosechas siguientes. Dios santo, Carrie, Dios santo, ¿recuerdas esos artículos de los suplementos dominicales? ¡LA TIERRA SE CONGELARÁ DENTRO DE UN MILLÓN DE AÑOS! Yo me enloquecía, de muchacho, leyendo esos artículos. Mi madre me preguntaba por qué. Me desespero por toda esa pobre gente del porvenir, decía yo. No te atormentes por ellos, replicaba mamá. Pero Carrie, ésta es la cuestión, precisamente. Nos preocupamos por ellos. Si no, no

estaríamos aquí. Lo que importa es que el Hombre permanezca. El Hombre, así, con una H mayúscula. Soy parcial, por supuesto, ya que pertenezco también a la especie. Pero no hay otro modo de alcanzar esa inmortalidad de la que tanto habla el hombre. Hay que propagarse, diseminarse por el universo. Entonces tendremos en alguna parte una cosecha segura, a prueba de fracasos. No importa si en la Tierra hay hambre. La próxima cosecha de trigo estará en Venus o en el sitio adonde haya llegado el hombre en los próximos mil años. Es una idea que me enloquece, Carrie, que me enloquece de veras. Cuando lo pensé me sentí tan entusiasmado que quise correr y decírselo a la gente, a ti, a los niños. Pero, diantre, sabía que no era necesario. Sabía que un día o una noche vosotros mismos oiríais ese tictac interior, y que entenderíais entonces, y que nadie tendría que decir absolutamente nada. Son palabras grandes, Carrie, lo sé, y pensamientos grandes para un hombre que apenas mide un metro setenta, pero no digo más que la verdad.

Avanzaban por las desiertas calles del pueblo, escuchando el eco de sus propios pasos.

—¿Y esta mañana? —dijo Carrie.

—Ya llego a esta mañana. Una parte de mí también quiere volver a casa. Pero la otra parte me dice que si regresamos, todo se habrá perdido. Entonces pensé: ¿qué nos molesta más? Algunas cosas que tuvimos una vez. Algunas cosas de los niños, tuyas, mías. Y pensé que si para comenzar algo nuevo se necesita algo viejo, por Dios, usaré lo viejo. Los libros de historia cuentan que mil años atrás ponían carbones en un cuerno de vaca y soplaban durante el día, y así llevaban el fuego en procesiones de un sitio a otro. Y luego encendían el fuego a la noche con las chispas que quedaban de la mañana. Siempre una nueva antorcha, pero también algo de la antigua. De modo que lo pesé y lo medí cuidadosamente. ¿Acaso lo Viejo vale todo nuestro dinero?, me pregunté. No, sólo las cosas que hacemos con lo Viejo tienen valor. Bueno, ¿entonces lo Nuevo vale todo nuestro dinero?, me pregunté. ¿Estarías dispuesto a invertir para un día de la próxima semana? ¡Sí!, dije. Y si puedo luchar contra eso que nos ata a la Tierra, empaparé mi dinero en *kerosene* y encenderé un fósforo.

Carrie y los dos niños estaban inmóviles, detenidos en la calle,

mirando a Bob como si fuese una tormenta que soplaba encima y alrededor casi levantándolos del suelo, una tormenta que no amainaba.

—El cohete llegó esta mañana —dijo Bob, al fin, serenamente—. Trajo nuestra carga. Vamos a verla.

Subieron lentamente los tres escalones y entraron en el hangar y caminaron por el piso sonoro hacia el cuarto de la carga. Las puertas se deslizaban ahora a los costados, abriéndose al día.

—Háblanos otra vez del salmón —dijo a Bob uno de los niños.

A mediados de esa calurosa mañana regresaron de la ciudad en un camión alquilado lleno de cajones, paquetes y envoltorios, largos, altos, cortos, chatos, todos numerados y con unos claros letreros que decían Robert Prentiss, Nueva Toledo, Marte.

Detuvieron el camión junto a la cabaña y los niños saltaron al suelo y ayudaron a la madre a bajar. Bob se quedó sentado un rato detrás del volante, y luego, lentamente, echó a caminar de un lado a otro mirando la parte posterior del camión, los paquetes y cajones.

Hacia mediodía todas las cajas, excepto una, estaban abiertas, y las cosas habían sido puestas en el fondo del mar, donde esperaba la familia.

—Carrie…

Bob la llevó hasta los antiguos escalones del viejo porche que ahora estaban desembalados al borde del pueblo.

—Escúchalos, Carrie.

Los peldaños crujieron y susurraron bajo los pies de Carrie.

—¿Qué te dicen, cuéntame, qué dicen?

Carrie se quedó de pie sobre los viejos escalones de madera, absorta, sin saber qué decir.

Bob movió una mano.

—Porche delantero aquí, sala allí, comedor, cocina, tres dormitorios. En parte los haremos aquí, en parte los traeremos. Claro, por ahora sólo tenemos el porche y algunos muebles de la sala, y la vieja cama.

—¡Todo ese dinero, Bob!

Bob la miró, sonriente.

—Tú no estás loca ahora, mírame. No estás loca. Lo iremos

trayendo todo, el año próximo, en cinco años. La cristalería, esa alfombra armenia que nos regaló tu madre en 1961. ¡Deja que el sol estalle en pedazos!

Miraron los otros cajones, numerados y rotulados: Hamaca del porche del frente, mecedora del porche delantero, cristales colgantes chinos…

—Yo mismo los soplaré para que tintineen.

Pusieron la puerta con sus pequeños paneles de vidrios de colores, en lo alto de la escalera, y Carrie miró a través de la ventana de color frutilla.

—¿Qué ves?

Pero sabía lo que Carrie veía, pues también él miraba por el vidrio de color. Y allí estaba Marte, con el cielo frío entibiado y los mares muertos, ahora de color encendido. Las montañas eran montículos de helado de frutilla, y las arenas parecían carbones ardientes zarandeados por el viento. La ventana frutilla, la ventana frutilla soplaba tenues colores rosados sobre el paisaje, e iluminaba los ojos y la mente con la luz de un amanecer interminable. Allí encorvado, mirando, Bob se oyó decir:

—Así será la ciudad dentro de un año. Esto será una calle sombreada, tú tendrás tu porche y amigos. Ya no los necesitarás tanto entonces. Primero estas cosas pequeñas y familiares, y luego verás que Marte crece, y que se trasforma, y llegarás a conocerlo como si lo hubieses conocido toda la vida.

Bajó corriendo las escaleras hasta el último cajón, cerrado aún, y cubierto con una lona. Agujereó la lona con el cortaplumas.

—¡Adivina!

—¿Mi cocina? ¿Mi horno?

—No, no, nada de eso. —Bob sonrió muy dulcemente—. Cántame una canción —dijo.

—Bob, estás mal de la cabeza.

—Cántame una canción que valga todo el dinero que teníamos en el banco y que ahora no tenemos, pero que a nadie le importa un comino —dijo él.

—No sé ninguna más que *Genevieve, dulce Genevieve*.

—Cántala —dijo Bob.

Pero Carrie no podía abrir la boca y ponerse a cantar, así como

así. Bob vio que movía los labios, pero no salió ningún sonido.

Bob desgarró un poco más la tela y metió la mano en el cajón y palpó en silencio un momento, y él mismo empezó a cantar la canción, hasta que movió la mano una última vez y entonces un solo y límpido acorde de piano vibró en el aire de la mañana.

Ajá —dijo—. Cantemos juntos. ¡Todos! Éste es el tono.

El día que llovió para siempre

El hotel se alzaba en el desierto como un hueso descarnado y hueco, bajo el cenit donde el sol calcinaba el tejado todo el día. Toda la noche, el recuerdo del sol se movía en los cuartos como el fantasma de un viejo bosque incendiado. Mucho después del crepúsculo, pues la luz era calor, las luces del hotel permanecían apagadas. Los habitantes del hotel preferían andar a ciegas por los corredores, buscando un aire fresco.

Esa noche el señor Terle, el propietario, y sus dos únicos huéspedes, el señor Smith y el señor Fremley, que se parecían, y olían a dos viejas hojas de tabaco curado, se quedaron en la larga galería hasta muy tarde. Jadeaban a oscuras, en las chirriantes mecedoras, tratando de abanicar un viento.

—¿Señor Terle…? ¿No sería agradable, realmente… algún día… si pudiese comprar un equipo de aire acondicionado…?

El señor Terle se recostó un momento, cerrando los ojos.

—No tengo dinero para esas cosas, señor Smith.

Los dos viejos huéspedes se sonrojaron; hacia veintiún años que no pagaban una sola factura.

Muchas tarde el señor Fremley lanzó un suspiro doloroso.

—¿Por qué, por qué no salimos de aquí, y nos vamos a una ciudad decente? Dejaríamos de achicharrarnos, de cocinarnos, de sudar.

—¿Quién compraría un hotel muerto en un pueblo abandonado? —dijo tranquilamente el señor Terle—. No. No, nos quedaremos aquí y esperaremos el gran día, el 29 de enero.

Lentamente, los tres hombres dejaron de mecerse.

29 de enero.

El único día del año en que llovía realmente.

—No tenemos mucho que esperar.

El señor Smith sostuvo en la palma de la mano el reloj de oro, como una caliente luna de estío.

—Dentro de dos horas y nueve minutos será 29 de enero. Pero no veo una miserable nube en diez mil kilómetros a la redonda.

—¡Siempre llueve el 29 de enero! ¡Siempre, desde que nací! —El señor Terle se detuvo, sorprendido. Había hablado con una voz estridente—. Si este año se atrasa en un día, no iré a tirarle a Dios de los faldones.

El Señor Fremley tragó saliva y miró de este a oeste por encima del desierto, hacia los cerros.

—Me pregunto… si habrá alguna vez por aquí otra fiebre del oro.

—Nada de oro —dijo el señor Smith—. Y más aun, apuesto que tampoco nada de lluvia. No lloverá mañana, ni pasado, ni más adelante. No lloverá en todo el año.

Los tres viejos contemplaron, inmóviles, la luna inmensa, amarilla como un sol, que quemaba un agujero en la alta calma del cielo.

Al cabo de un rato, dolorosamente, empezaron a mecerse otra vez.

Las primeras ráfagas de la mañana enroscaron las páginas del calendario como la piel seca de una víbora contra la fachada descascarada del hotel.

Los tres hombres, ajustándose los tiradores a la desnuda percha de los hombros, bajaron descalzados, y miraron con ojos entornados el cielo idiota.

—29 de enero…

—Y ni una gota miserable.

—El día es joven.

—Yo no.

El señor Fremley dio media vuelta y se fue.

Tardó cinco minutos en encontrar su camino a lo largo de los pasillos delirantes, hasta la cama caliente, recién horneada.

A mediodía, el señor Terle asomó la cabeza.

—Señor Fremley…

—Malditos cactos del desiertos, eso somos —jadeó el señor Fremley, acostado, sintiendo que la cara, en cualquier momento, se le desprendería en cenizas calientes sobre el piso de madera—. Pero hasta el más maldito de los cactos tiene derecho a un sorbo de agua antes de volver por otro año a la misma hoguera maldita. Le diré algo: no puedo moverme más, me quedaré aquí, acostado, y me moriré si no oigo otra cosa que esos pájaros que repiqueteaban en el techo.

—Rece sencillamente y tenga el paraguas a mano —dijo el señor Terle, y se alejó en puntas de pie.

Al atardecer, resonó en el tejado un leve golpeteo…

La voz del señor Fremley cantó doliente desde la cama.

—Señor Terle, eso no es lluvia. Es usted con la manguera del jardín que arroja agua del pozo sobre el tejado. Gracias de todos modos.

El golpeteo cesó. Desde el patio se oyó un suspiro.

Al volver, un momento después, por la parte lateral del hotel, el señor Terle vio que el calendario volaba y caía en el polvo.

—Maldito 29 de enero —gritó una voz—. Doce meses más. ¡Tendremos que esperar otros doces meses!

El señor Smith estaba de pie en el umbral. Entró, tomó dos maletas estropeadas y las arrojó al porche.

—¡Señor Smith! —exclamó el señor Terle—. ¡No puede irse así después de treinta años!

—Dicen que en Irlanda llueve veinte días por mes —dijo el señor Smith—. Me buscaré un empleo allí y saldré sin sombrero y con la boca abierta.

—¡No puede irse! —El señor Terle trataba de pensar, frenéticamente, chasqueando los dedos—. ¡Me debe nueve mil dólares!

El señor Smith retrocedió. Le asomó a los ojos una expresión de resentimiento, tierno e imprevisto.

—Discúlpeme. —El señor Terle desvió la mirada—. No era lo que quería decir. Mire, vaya a Seattle. Allí llueve cinco centímetros por semana. Págueme cuando pueda, o nunca. Pero hágame un favor: espere hasta medianoche. De todos modos, siempre refresca.

Será un agradable paseo nocturno.

—Nada pasará, entre ahora y la medianoche.

—Debe tener fe. Cuando ya no queda nada, hay que creer en algo. Quédese aquí conmigo; no es necesario que se siente, quédese de pie y piense en la lluvia. Es la última cosa que le pido.

En el desierto, unos súbitos remolinos de polvo se levantaron, y volvieron a caer. Los ojos del señor Smith escudriñaron el horizonte crepuscular.

—¿Qué tengo que pensar? ¿Lluvia, oh, lluvia, ven? ¿Cosas así?

—Cualquier cosa. Cualquier cosa.

El señor Smith permaneció largo tiempo de pie, inmóvil, entre sus dos maletas sarnosas. Cinco, seis minutos trascurrieron. No se oía ningún sonido, salvo la respiración de los dos hombres en la tarde.

Entonces, al fin, el señor Smith se agachó para tomar las maletas.

En ese preciso instante, el señor Terle pestañeó. Se inclinó hacia adelante, con la mano ahuecada sobre la oreja.

El señor Smith se quedó inmóvil, con las manos siempre en las maletas.

Desde la distancia, entre las colinas, venía un murmullo, un rumor suave y trémulo.

—Llega la tormenta —susurró el señor Terle.

El ruido fue creciendo, una especie de nube blanca se levantó entre las colinas.

El señor Smith se enderezó en puntas de pie.

Arriba, el señor Fremley se sentó, como Lázaro.

Los ojos del señor Terle se agrandaban y se agrandaban cada vez más, para ver mejor. Se aferró a la baranda del porche como el capitán de un navío que zozobra en la calma, sintiendo las primeras ráfagas de una brisa tropical que olía a tilo y a la pulpa helada y blanca de los cocos.

Un viento ínfimo le goleaba las doloridas fosas nasales como campanas de una chimenea al rojo.

—¡Allí! —exclamó el señor Terle—. ¡Allí!

Y por encima del último cerro, levantando plumas de polvo ardiente, llegó la nube, el trueno, la tormenta ruidosa.

En lo alto del cerro el primer automóvil que había pasado en veinte días se lanzó cuesta abajo por el valle con un alarido, un golpe, un lamento.

El señor Terle no se atrevía a mirar al señor Smith.

El señor Smith miraba hacia arriba pensando en el señor Fremley encerrado en su cuarto.

El señor Fremley, desde la ventana, miraba hacia abajo y vio el automóvil que expiraba frente al hotel.

Porque el sonido que había hecho el automóvil era curiosamente definitivo. Había recorrido un largo camino ardiente y sulfuroso, cruzando planicies salitrosas, abandonadas por las aguas diez millones de años atrás. Ahora —las hilachas de cable le brotaban entre las costuras como la cabellera de un caníbal, y un párpado de lona había caído fundiéndose en pastillas de menta sobre el asiento trasero— el auto, un Kissel modelo 1924, se estremeció como exhalando el espíritu.

La anciana, sentada en el asiento delantero del coche, aguardo pacientemente, mirando a los tres hombres y el hotel como si dijese: «Perdónenme, mi amigo está enfermo; hace mucho que lo conozco, y ahora debo acompañarlo en su hora postrera». Se quedó sentada en el coche, esperando a que las ligeras convulsiones cesarán y que los huesos se aflojaran; los signos del proceso final. Estuvo así sentada más de medio minuto escuchando al coche, y había algo tan sereno en ella que el señor Terle y el señor Smith se inclinaron lentamente. Por último, la mujer los miró esbozando una grave sonrisa y alzó una mano.

El señor Fremley se sorprendió al ver que su propia mano salía por la ventana y contestaba al saludo.

En el porche, el señor Smith murmuró:

—¡Qué raro! No es una tormenta. Y no me siento decepcionado. ¿Qué será?

Pero el señor Terle bajaba ya por el sendero, hacia el automóvil.

—Creíamos que era… es decir… —Se contuvo—. Terle es ni nombre. Joe Terle.

La mujer le tomó la mano y lo miró con ojos azules límpidos y trasparentes, como nieve fundida que ha recorrido millares y millares de kilómetros, purificada por el viento y el sol.

—Blanche Hillgood —dijo en voz baja—. Graduaba en el Grinnel College, soltera y profesora de música; maestra, treinta años, de un club de canto en la escuela superior y directora de la orquesta estudiantil, en Green City, Iowa; veinte años de profesora particular de piano, arpa y canto; jubilada hace un mes, con una pensión vitalicia, y ahora, con mis raíces a cuestas, camino a California.

—Señora Hillgood, no me parece que vaya a ninguna parte desde aquí.

—Tuve un presentimiento.

Observó a los dos hombres que rodeaban cautelosamente el automóvil. Parecía estar sentada, como una niña indecisa, en el regazo de un abuelo reumático.

—¿No se podría hacer nada?

—Sí, un cerco con las ruedas, un gong para la cena con los tambores del freno. El resto, podría ser un bonito jardín de rocas.

El señor Fremley gritó desde el cielo.

—¿Muerto? Quiero decir, ¿está muerto el coche? ¡Lo siento desde aquí! Bueno… ya pasó la hora de la cena.

El señor Terle tendió la mano.

—Señorita Hillgood, éste es el hotel *El desierto*, de Joe Terle, abierto veintiséis horas por día. Se ruega a los monstruos y salteadores de caminos anotarse en los registros, antes de subir. Duerma tranquila esta noche, gratis; luego sacaremos nuestro Ford de sus cuarteles y la llevaremos a la ciudad mañana por la mañana.

La mujer les permitió que la ayudaran a bajar del coche. La máquina gruñó como protestando por ese abandono.

La mujer cerró cuidadosamente la portezuela.

—Mi compañero ha muerto, pero hay una amiga que todavía me acompaña. Señor Terle, ¿quisiera tener la bondad de librarla de la intemperie?

—¿Librarla, señorita?

—Perdóneme, nunca pienso en las cosas como cosas. Para mí son siempre personas. El coche era varón, supongo, porque me llevaba a distintos lugares. Pero un arpa es mujer, ¿no le parece?

Señaló con la cabeza el asiento trasero del automóvil. Allí, mirando el cielo, cortando el viento, por encima de cualquier posible conductor, se alzaba un estuche como la encorvada proa de

cuero de un antiguo navío.

—Señor Smith —pidió el señor Terle—, déme una mano.

Desataron el estuche enorme y lo alzaron cuidadosamente.

—¿Qué llevan ahí? —gritó desde arriba el señor Fremley.

El señor Smith tropezó. La señorita Hillgood jadeó. El estuche se balanceó entre los brazos de los hombres.

Del interior brotó un débil canturreo.

El señor Fremley, allá arriba, lo oyó. Era toda la respuesta que necesitaba. Boquiabierto, observó a la mujer y a los dos hombres que sostenían a la amiga encajonada. Al fin se metieron en el porche cavernoso.

—¡Cuidado! —dijo el señor Smith—. Algún condenado imbécil dejó aquí sus maletas… —Se interrumpió—. ¿Algún condenado imbécil? *¡Yo*!

Los dos hombres se miraron. Ya no traspiraban. De algún lado llegaba un viento, un viento suave que movía los cuellos de las camisas y arrastraba lentamente las hojas del calendario, desparramadas en el polvo.

—Mi equipaje… —dijo el señor Smith.

Todos entraron.

—¿Quiere más vino, señorita Hillgood? No hemos tenido vino en la mesa desde hace años.

—Sólo una gota, si es tan amable.

Estaban sentados a la luz de una sola bujía. La habitación era un horno y la platería y la vajilla intacta centelleaban. Todos hablaban, bebían vino caliente, y comían.

—Señorita Hillgood, cuéntenos más de su vida.

—Toda mi vida —dijo la mujer— he estado tan atareada corriendo de Beethoven a Bach y a Brahms, y al fin descubrí que ya tenía veintinueve años. Cuando miré otra vez, tenía cuarenta. Ayer, setenta y uno. Oh, hubo hombres; pero habían renunciado al canto a las diez y al vuelo a las doce. Siempre pensé que habíamos nacido para volar, de una u otra manera, y yo no soportaba que la mayoría de los hombres se arrastrasen con todo el hierro de la tierra en la sangre. Nunca conocí a ningún hombre que pesara menos de cuatrocientos kilos. Rodaban todos como coches fúnebres, en trajes

negros de faena.

—¿Y entonces usted voló?

—Sólo con la imaginación, señor Terle. Tarde sesenta años en soltar las últimas amarras. Durante todo ese tiempo viví aferrada a piccolos, flautas y violines, que son verdaderas corrientes en el aire, como los ríos y torrentes de la tierra. Recorrí todos los afluentes y gusté todos los vientos acuáticos, y frescos, desde Haendel hasta toda una estirpe de Strausses. Fue ese largo rodeo lo que me trajo aquí.

—¿Cómo fue que al fin se decidió a irse? —preguntó el señor Smith.

—La semana pasada miré a mi alrededor y me dije: «¡Bueno, mira, has estado volando sola! A nadie en toda Green City le importa si vuelas, ni a qué altura vuelas». Era siempre: «Magnífico, Blanche», o «Gracias por el concierto en el té de la PTA, señorita Hillgood». Pero en realidad nadie escuchaba. Y cuando yo hablaba, hace mucho tiempo, de Chicago o de Nueva York, la gente me palmeaba el hombro y se reía. «¿Por qué ser una ranita en un estanque cuando se puede ser la rana más grande de toda Green City?» Y entonces me quedaba mientras la gente que me daba consejos se iba o se moría o las dos cosas. Los otros tenían taponados los oídos. Hace una semana me desperté, de pronto, y me dije: «¡Vamos! ¿Desde cuándo las ranas tienes alas?»

—¿Así que ahora se va al Oeste? —dijo el señor Terle.

—Sí, quizá para actuar en películas o en esa orquesta a la luz de las estrellas. Pero, y sobre todo, necesito tocar para alguien que oiga y escuche realmente…

Estaban sentados ahí, en la penumbra cálida. La señorita Hillgood había terminado de hablar, lo había dicho todo, aunque pareciera absurdo, y se reclinó en silencio en la silla.

Arriba alguien tosió.

La señorita Hillgood lo oyó, y se puso de pie.

El señor Fremley tardó un momento en despegar los párpados y distinguir la figura inclinada de la mujer, que ponía la bandeja junto a la cama revuelta.

—¿De qué hablan ustedes abajo?

—Volveré más tarde y se lo contaré todo palabra por palabra —dijo la señorita Hillgood—. Ahora coma. La ensalada es excelente.

Fue hacia la puerta.

—¿Piensa quedarse? —preguntó apresuradamente el señor Fremley.

La señorita Hillgood se detuvo a mitad de camino y trató de descifrar la expresión de aquel rostro sudoroso en la oscuridad. El hombre, a su vez, no podía ver la boca y los ojos de ella. La señorita Hillgood se quedó allí un momento, en silencio, y luego bajo las escaleras.

—No me habrá oído —dijo el señor Fremley.

Pero sabía que lo había oído.

La señorita Hillgood cruzó el vestíbulo de la planta baja y buscó a tientas el cierre del estuche de cuero vertical.

—Debo pagarle mi cena.

—Va por cuenta de la casa —dijo el señor Terle.

—Debo pagarlo —dijo ella, y abrió el estuche.

Hubo un repentino destello dorado.

Los dos hombres revivieron en las sillas. Miraron de reojo a la anciana menuda, de pie junto al objeto tremendo que se alzaba como un corazón sobre un pedestal reluciente, y allá arriba un sereno rostro griego de ojos de antílope que los miraba serenamente, como la señorita Hillgood.

Los dos hombres se lanzaron la más rápida y las más sorprendida de las miradas, como si los dos adivinasen lo que iba a ocurrir. Cruzaron rápidamente el vestíbulo, respirando con dificultad, para sentarse en el borde mismo del caliente diván de terciopelo, enjugándose los rostros con pañuelos húmedos.

La señorita Hillgood acercó una silla, apoyó dulcemente el arpa dorada en el hombro y puso las manos en las cuerdas.

El señor Terle aspiró una bocanada de aire abrasador y aguardó.

El viento del desierto corrió de pronto por el porche, inclinando las sillas, que se mecieron como barcas en un lago nocturno.

La voz del señor Fremley protestó desde arriba.

—¿Qué pasa ahí abajo?

Y entonces la señorita Hillgood movió las manos.

Empezando en el arco que estaba junto al hombro, hizo correr

los dedos por el simple tapiz de alambre hacia la columna donde miraba la diosa, y luego de vuelta. Hizo una pausa entonces, y dejo que el aire caliente del vestíbulo llevará los sonidos a los cuartos vacíos.

Si el señor Fremley gritó, arriba, nadie lo oyó. Porque el señor Terle y el señor Smith estaban tan ocupados, poniéndose de pie en las sombras, que no oyeron nada excepto los propios latidos tormentosos, y las ráfagas de aire en los pulmones.

Boquiabiertos, en una especie de absoluta demencia, miraban a las dos mujeres, la musa ciega y orgullosa en la columna de oro, y la mujer sentada, de ojos dulcemente entornados, y de manos abiertas en el aire.

Como una niña, pensaron los dos locamente, como una niñita que saca la mano por la ventana, ¿para sentir qué? Bueno, por supuesto, por supuesto.

Para sentir la lluvia.

El eco de la primera lluvia se apagó, a la distancia, en empedrados y desagües.

Arriba, el señor Fremley se incorporó en la cama como si lo hubiesen levantado por las orejas.

La señorita Hillgood tocó.

Tocó, y no era una música que ellos conociesen, pero si una música que habían escuchado mil veces en sus largas vidas, con o sin palabras, con o sin melodía. La señorita Hillgood tocaba, y cada vez que movía los dedos la lluvia caía repiqueteando por el hotel oscuro. La lluvia caía fría en las ventanas abiertas y empapaba los tablones calcinados del piso del porche. La lluvia caía sobre el tejado, caía en una arena silbante, caía sobre el automóvil herrumbrado y en el establo vacío y en los cactos muertos del jardín. Lavaba las ventanas y depositaba el polvo y colmaba los barriles de agua de lluvia y tapizaba las puertas con hilos de perlas que se abrían y murmuraban. Pero, y sobre todo, el tacto suave y la frescura cayeron sobre el señor Smith y el señor Terle. El peso delicado entró en ellos, más y más, y los dos se sentaron. Sintieron en la cara los pinchazos y las agujas, y cerraron los ojos y las bocas y alzaron las manos, protegiéndose. Reclinando lentamente las cabeza, hacia atrás, dejaron que la lluvia cayera donde debía caer.

El repentino diluvio duró un minuto. Los dedos descendieron por las cuerdas, dejaron caer unos últimos lamentos y explosiones y luego se detuvieron.

El acorde final quedó en el aire como la fotografía de un relámpago que golpea y congela el vuelo descendente de un millón de gotas de agua. Luego el relámpago se apagó. Las últimas gotas cayeron en silencio, en la oscuridad.

La señorita Hillgood apartó las manos de las cuerdas, con los ojos todavía cerrados.

El señor Terle y el señor Smith abrieron los ojos y miraron a aquellas dos mujeres milagrosas, allí, en el otro extremo del vestíbulo, que de algún modo habían atravesado la tormenta intactas y secas.

El señor Terle y el señor Smith se estremecieron. Se inclinaron hacia adelante como si fuesen a hablar. Parecían impotentes, sin saber qué hacer.

Y entonces oyeron un sonido que venía de los corredores altos del hotel.

El ruido bajó flotando débilmente, revoloteando como un pájaro cansado que bate las alas antiguas.

Los dos hombres alzaron la mirada y escucharon.

Era el sonido del señor Fremley.

El señor Fremley, en su cuarto, aplaudiendo.

El señor Terle tardó cinco minutos en darse cuenta. Entonces le dio un codazo al señor Smith y empezó, también él, a aplaudir. Los dos hombres se golpeaban las manos en poderosas explosiones. Los ecos resonaban en las cavernas de hotel, arriba y abajo, conmoviendo las paredes, los espejos, las ventanas, tratando de dejar los cuartos.

Entonces la señorita Hillgood abrió los ojos, como si esta nueva tormenta la hubiese sorprendiendo a la intemperie, desprevenida.

Los hombres dieron su propio recital. Batían palmas fervorosamente como si tuviesen fuegos de artificio en las manos, y los aplastaran unos contra otros. El señor Fremley gritó. Nadie lo oyó. Las manos volaban, se entrechocaban una y otra vez hasta que los dedos se hincharon. Al fin los hombres se quedaron sin aliento y dejaron las manos sobre las rodillas, y un corazón quedo latiendo

dentro de cada mano.

Entonces, muy lentamente, el señor Smith se incorporó, y, mirando el arpa, entró las maletas. Se detuvo al pie de la escalera contemplando largamente a la señorita Hillgood. Miró en el suelo la maleta de la mujer que descansaba en el primer peldaño. Miró la maleta, y luego a la señorita Hillgood y alzó las cejas.

La señorita Hillgood miró el arpa, la maleta, al señor Terle y por último al señor Smith.

Asintió una sola vez.

El señor Smith se inclinó y con sus propias maletas bajo un brazo, y la de la señorita Hillgood en el otro, subió lentamente las escaleras en la dulce oscuridad. Mientras subía, la señorita Hillgood apoyó de nuevo el arpa en el hombro y tocó acompañando los pasos del señor Smith, o el señor Smith subió acompañando la música. Nadie lo supo bien.

A mitad de camino, el señor Smith se encontró con el señor Fremley que trataba de bajar lentamente, envuelto en una bata descolorida.

Pero allí se quedaron, mirando el vestíbulo; el hombre solitario en el extremo de las sombras, y las dos mujeres algo más allá, solo un movimiento y un destello. Los dos hombres pensaron los mismos pensamientos.

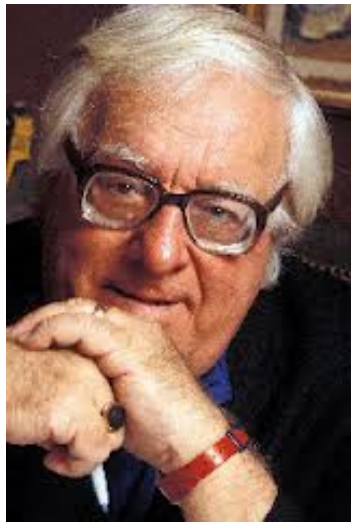
El sonido del arpa, el sonido del agua fresca que caería todas y todas las noches. Ya no era necesario regar el techo con la manguera del jardín. Bastaba sentarse en el porche o tender en la cama de noche y escuchar la lluvia… la lluvia… la lluvia…

El señor Smith siguió subiendo las escaleras. El señor Fremley bajó.

El arpa, el arpa. ¡Escuchen, escuchen!

Los cincuentas años de sequía habían quedado atrás.

Había llegado la temporada de las lluvias.



RAY DOUGLAS BRADBURY. (Waukenaun, Illinois, 1920 - Los Ángeles, California, 2012). Novelista y cuentista estadounidense conocido principalmente por sus libros de ciencia ficción. Alcanzó la fama con la recopilación de sus mejores relatos en el volumen *Crónicas marcianas* (1950), que obtuvieron un gran éxito y le abrieron las puertas de prestigiosas revistas. Se trata de narraciones que podrían calificarse de poéticas más que de científicas, en las que lleva a cabo una crítica de la sociedad y la cultura actual, amenazadas por un futuro tecnocratizado. En 1953 publicó su primera novela, *Fahrenheit 451*, que obtuvo también un éxito importante y fue llevada al cine por François Truffaut. En ella puso de manifiesto el poder de los medios de comunicación y el excesivo conformismo que domina la sociedad.

Pero Bradbury no sólo cultivó la ciencia ficción y la literatura de corte fantástico, sino que escribió también libros realistas e incluso incursionó en el relato policial. Su prosa se caracteriza por la universalidad, como si no le importara tanto perfeccionar un género como escribir acerca de la condición humana y su temática, a través de un estilo poético.

Aparte de los mencionados, son también muy conocidos títulos como *El árbol de las brujas* o *Cementerio para lunáticos*.

Murió el 5 de junio de 2012 a la edad de 91 años en Los Ángeles, California. A petición suya, su lápida funeraria, en el Cementerio Westwood Village Memorial Park, lleva el epitafio: «*Autor de Fahrenheit 451*».